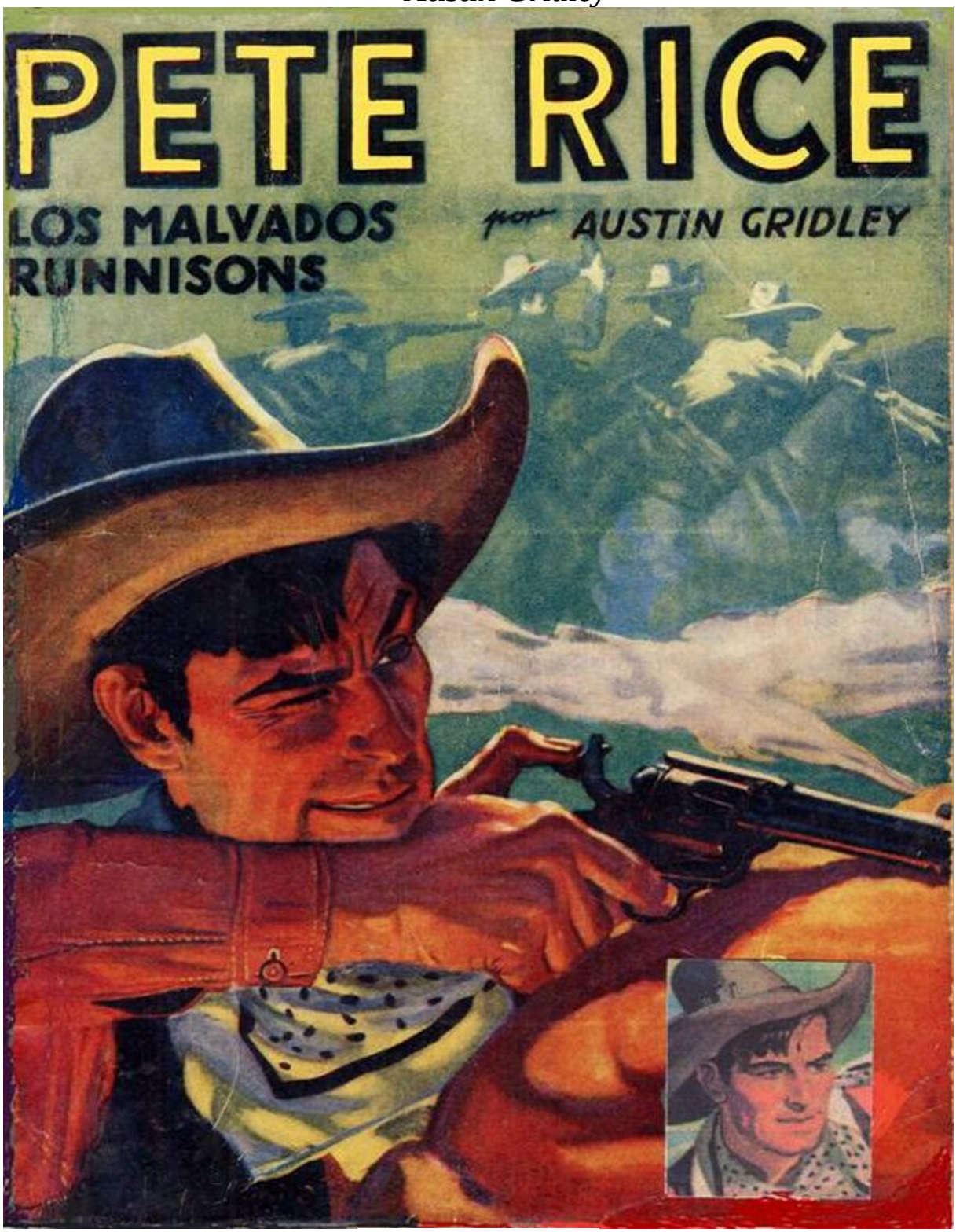
Los malvados Runnisons

Austin Gridley



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
CAMORRISTAS

Enormes peñascos alzaban sus cimas a ambos lados de las sendas que la Naturaleza había trazado a través de la Montaña Rocosa. Algunos de ellos estaban engarzados en las altas paredes de arenisca como joyas de oro viejo, y otras que pesaban varios millares de toneladas, parecían estar equilibrados sobre una punta, de modo tan incierto y amenazador, que daban la impresión de que sólo el repiqueteo de los cascos de los caballos iban a precipitarlos sobre jinetes y monturas.

El sheriff Pete Rice, a pesar de eso, mascaba plácidamente su habitual chicle, mientras hacía galopar su caballo alazán por la senda. Probablemente nunca pensó en la amenaza de tales rocas situadas a semejante altura, o si lo hizo confiaba, sin duda, en que, después de haber permanecido largos siglos donde estaban, por lo menos continuarían allí hasta que hubiese pasado él.

Su mente ni siquiera pensaba en el peligro del camino, sino en un lugar situado a doce millas al Noroeste, conocido por el nombre de Excavaciones del Hombre Muerto.

La muerte podía surgir de allí; es decir, del placer del arroyo del Spearfish, en el río Bonanza, donde hubo un moderado hallazgo de oro en las Excavaciones. Algunos hombres apenas ganaban el jornal diario, pero Long Tom Shaw, que había dado con el lugar más rico de aquella sección, había encontrado metal precioso suficiente para que se le considerase uno de los más prósperos habitantes del condado de Trinchera.

Shaw, que conocía el oficio de minero con tanta perfección como un granjero conoce el ganado, había llevado una vida llena de satisfacciones hasta que unos ladrones misteriosos comenzaron a robarle el fruto de su trabajo. Shaw quiso encargarse del asunto por sí mismo, pero sólo consiguió perder más de cien dólares en polvo y pepitas y también el lóbulo de su oreja izquierda. Entonces se quejó al sheriff «Pistol» Pete Rice, porque las excavaciones se hallaban más acá de los límites del condado de Trinchera.

El mensajero de Shaw llegó aquel mismo día a la Quebrada del Buitre a hora avanzada de la tarde. Pete Rice había trabajado mucho y no era raro que sus asuntos le ocupasen el día entero. No obstante, se dispuso a llegar a las Excavaciones del Hombre Muerto antes de que surgieran nuevas complicaciones.

El robo de oro siempre equivalió a la muerte en los primeros tiempos de Arizona, y si esta vez se conseguía coger a los autores, la pena sería la misma.

Por consiguiente, los criminales, que se jugaban la vida, estarían dispuestos a matar. Long Tom Shaw era un minero y no un pistolero y cabía en lo posible que estuviese en peligro.

Pete llegó a la parte superior del sendero y dirigió su alazán por la acentuada pendiente que describía algunas sinuosidades, cruzaba gargantas y pasaba por el borde de unos precipicios. Mucho más abajo, una estrecha senda avanzaba por entre un espeso bosque de pinos, abetos y enebros.

La luna, en su cuarto menguante, se encaramó por el cielo. Sus rayos iluminaban aquel lugar, trazando en el suelo unos mágicos dibujos plateados.

Todo el camino era cuesta abajo y Sonny, el alazán, descendía por él con la gracia de un halcón rojo del desierto.

Casi al pie de la montaña, Pete Rice oyó un estampido apagado por la distancia. Sucediéronse otros ruidos semejantes y los ojos grises del sheriff centellearon.

Entre aquellos muros de arenisca y granito, los ruidos resultaban engañosos, pues retumbaban de un lado a otro y se alteraba su tono. Aquellos estampidos podían significar que

en cualquiera de las viviendas instaladas entre las rocas y en la base de la montaña, un minero disparaba la carga de una pistola, pero también podía tratarse de otra cosa.

Pete espoleó suavemente a su caballo, el cual apresuró su marcha. Al pie del sendero montañoso, el sheriff dirigió su montura hacia la derecha, pues el camino más corto para su destino pasaba por el pueblo de Lucky Mac, fundado cuando la primera fiebre del oro; dirección que tomó Pete Rice.

Cuando Sonny atravesaba el puente del río Bonanza, el sheriff oyó otras detonaciones y ya entonces advirtió que procedían de las Excavaciones del Hombre Muerto; por lo tanto, sólo podían significar una cosa: tiros de fusil.

Estos se repitieron varias veces, seguidos por el estampido más agudo de los 45. Ello fue suficiente para que Pete Rice adivinase lo que ocurría.

Comprendió que los merodeadores habían ido nuevamente a robar oro y que Long Tom Shaw y algunos de sus compañeros acogían a los ladrones.

Cuando el sheriff llegó a la desierta población de Lucky Mac, había cesado ya el fuego. Sin duda, la lucha en las Excavaciones del Hombre Muerto había terminado. Pete acortó el paso de su sudorosa montura mientras subía la pendiente que, en otro tiempo, fue la calle principal del pueblo. Reinaba allí un pavoroso silencio, sólo interrumpido por el ruido de los cascos de su caballo. Aquel pueblo conoció en otro tiempo la agitación y el movimiento, la fiebre del oro, la juerga y las diversiones, y las fortunas hechas en veinticuatro horas. Esto fue en otro tiempo, pero en aquel momento reinaba allí un silencio absoluto.

Pete Rice contempló las casas con tristeza y respeto a la vez. El almacén general carecía de tejado y amenazaba derrumbarse. El molino de cuarzo estaba derrumbado. El pueblo no era más que una colección de ruinas, entre las cuales crecía la hierba.

Todo estaba estropeado por el calor y por la falta de uso y allí no corría la savia de la vida. El hotel presentaba un aspecto más lamentable aún, precisamente porque en otro tiempo fue el lugar más animado. Los marcos de sus ventanas, sin vidrios, causaban una impresión de tristeza extraordinaria.

Las puertas del bar, que en otro tiempo se abrieron y cerraron con tanta animación, debieron ser arrancadas para emplearlas como leña. Un rayo de luna iba a iluminar el mostrador del bar, comida de gusanos, en donde los mineros, vestidos con ropa cubierta de una costra de talco, gastaron su dinero como potentados orientales y elevaron pirámides de botellas vacías de champaña. Muchos de ellos habían muerto ya. El noventa por ciento de los restantes estaban arruinados y algunos llevaban una vida lamentable, de parásitos, en los salones de la Quebrada del Buitre.

Pete movió la cabeza y acarició el cuello de su caballo.

-Mira, hijo-murmuró-; es agradable nacer y vivir en este mundo para observar a los tontos y preguntarse qué van a hacer luego.

Pete Rice apenas podía recordar la gloria de aquel pueblo alegre y próspero y en aquel momento sumido en la sombra y cuyos únicos ciudadanos eran lagartos y ratas. La población humana desapareció en cuanto dejó de encontrarse oro. Lucky Mac era uno de los más desolados pueblos fantasmas del Oeste y su historia tan trágica como la de las bailarinas de café concierto, alegres antes y viejas ahora, en el supuesto de que aún viviesen.

Al pasar Pete Rice frente al hotel, decíase que algún día las Excavaciones del Hombre Muerto tendrían aquel aspecto silencioso, aunque menos trágico.

Nunca caerían tan bajo, porque tampoco se habían elevado tanto. En cuanto ya no se encontrase oro...

Pero, al llegar, a este punto, se interrumpieron las divagaciones de Pete. Su cuerpo, esbelto y endurecido, se puso tenso. A rienda suelta acercábase un jinete desde las Excavaciones del Hombre Muerto. Y el ruido de los cascos de su caballo obligó a Pete Rice a tirar de las riendas del suyo y echar pie a tierra. ¿Quién sería el jinete?

¿Acaso Long Tom Shaw u otro minero que se dirigiera a toda prisa en busca del médico de la vecina población de Yellowdust? ¿O bien se trataría de alguno de los merodeadores, que escapaban?

Por momentos aproximábase el ruido de los cascos del caballo y Pete fue a ocultar el suyo entre la semi derruida oficina de Ensayos y el hotel de Lucky Mac. No quería que, si había jarana, pudiese resultar herido su caballo.

«Pistol» Pete Rice tomaría a su cargo todos los peligros, pues tal era su oficio. Se aproximó aún más el desconocido jinete y Pete tomó la larga cuerda arrollada en la silla y se dirigió al borde del camino. Distinguió el caballo en la oscuridad y Pete Rice se situó en medio del camino.

-¡Alto! –gritó-. ¡Soy el sheriff Pete Rice!

Aquel nombre bastaba para obligar a detenerse a cualquier ciudadano respetuoso de las leyes del condado de Trinchera. Pero el desconocido jinete espoleó su montura. Pete extendió la mano para coger la brida, y se vió derribado cuando el animal saltó al recibir un espolazo.

Agudos eran los ojos de Pete Rice. Distinguió el barbudo rostro del jinete, notó un rápido movimiento de su brazo derecho y se agachó en cuanto aquél se volvió sobre la silla.

¡Bang! ¡Bang!

Surgieron unos fogonazos de color anaranjado del 45 del jinete. La luz era muy débil a la sombra del viejo hotel y las balas zumbaron inofensivas por encima de la cabeza de Pete Rice. Este podía haber derribado al jinete, cuya figura se recortaba muy precisa a la luz de la luna, pero el sheriff tenía otro sistema. Hizo girar sobre su cabeza el lazo, que medía dieciocho metros de longitud. Permitió que se alejara su enemigo y, de pronto, silbó la cuerda en el aire. El lazo rodeó la cabeza y los hombros del jinete, la cuerda se puso tirante y, al fin, el desconocido cayó al suelo.

Una vez en él, luchó como una trucha prendida en el anzuelo y, de pronto, Pete Rice sintió que la cuerda se aflojaba y no pesaba ya en su mano. El preso había logrado escapar del lazo.

Hallábase a pocos pasos del sheriff y se ponía rápidamente en pie. A la luz de la luna brilló algo en su mano derecha. Pete adivinó lo que era. Se agachó y la bala pasó a pocos pies de su cabeza. Otro tiro del desconocido tampoco dió en el blanco. Luego disparó por tercera vez, en tanto que Pete se dirigía en zig-zag hacia él. Así llegó a menos de tres metros del lugar donde se hallaba su enemigo y se arrojó contra él.

El hombre barbudo disparó otra vez, apuntando muy bajo, sin duda esperando el ataque de Pete, pero lo hizo con un pequeño retraso. La bala arrebató el sombrero de Pete y éste agarró al desconocido y lo derribó.

Durante unos instantes se revolvieron ambos en el polvo. Pete había contado los tiros. Dos desde la silla, uno en cuanto el desconocido se libró del lazo; dos más mientras se dirigía en zig-zag hacia él, y otro que le arrebató el sombrero, total seis, de modo que, si el desconocido no tenía otro revólver, no corría peligro de recibir un balazo.

Y, sin embargo, mientras Pete luchaba, pudo advertir que el hombre barbudo trataba de levantar su revólver, acaso para utilizarlo como maza. La mano izquierda de Pete salió disparada como lengua de lagarto y sus largos y fuertes dedos agarraron la mano del pistolero.

Luego dio un tirón. A más de veinte pistoleros había desarmado valiéndose de esta estratagema, pero entonces no dió resultado, porque el desconocido parecía tener muñecas de acero.

También era fortísima la muñeca de Pete Rice, y el desconocido tuvo que desistir de su intento de golpear al sheriff con el revólver. Pero mientras Pete le sujetaba los brazos, levantó un pie, calzado, que apoyó en el cinturón de su enemigo. Este recibió un terrible empujón vióse arrojado al polvo del sendero. El sheriff se levantó con la rapidez del rayo, pronto a

comenzar la igualada lucha que esperaba. Tenía dos revólveres, pero no estaba dispuesto a usarlos, porque quería coger vivo a su contrincante.

El barbudo, por su parte, abrigaba otros propósitos. A su vez; se puso en pie con la rapidez de un gato y se dirigió a la abertura sin puerta del bar del hotel.

Pete echó a correr tras él. Los actos de aquel hombre no le sorprendían. Sin duda intentaba ocultarse en aquella estancia oscura para cargar su revólver.

El fugitivo quiso saltar el viejo mostrador del bar, pero Pete lo agarró por los tobillos y se lo impidió. El desconocido cayó de pie y dirigió un formidable puñetazo a la cara de Pete, obligándole a retroceder un paso. Luego disparó uno de sus pies, que pasó rozando una de las canillas del sheriff.

Pero una llave de Pete le cogió desprevenido y casi lo derribó. El barbudo se rehizo, se afirmó en sus pies e hizo tambalear a Pete con otro derechazo. Sus golpes tenían toda la rapidez y violencia de las dentelladas de un lobo.

«Pistol» Pete Rice no había encontrado nunca a nadie capaz de vencerle.

Acaso hubiese alguien en el mundo capaz de lograrlo y quizá fuese aquel hombre, mucho más alto que el sheriff, a pesar de que éste era de elevada estatura; además, aventajaba a Pete en peso, quizá en veinte kilos, pero Pete no se paraba en tales minucias cuando luchaba con un hombre. Recibió un tremendo puñetazo en la sien, esquivó otro y luego pudo colocar un terrible directo en la mandíbula de su enemigo.

Este encajó bien, contraatacó con un swing semejante a un golpe de martillo pilón. La izquierda de Pete le cubría el rostro, de modo que aquel golpe no hizo sino obligarle a descubrir su rostro y además le rozó lo frente por encima del ojo. Por la cara del sheriff empezó a correr la sangre y aun sintió su sabor en la boca. Cerró las mandíbulas con fuerza y dirigió un tremendo golpe al forastero, pero no le tocó a causa de la mala luz, y el otro, en cambio, bajó la cabeza y atacó como una cabra.

El choque de su cráneo abrió aún más el corte que Pete tenía en la ceja. La sangre casi lo cegaba y comenzó a agitar, las manos sin, ver a su enemigo, el cual le dió un puñetazo en la región cordial, por encima de la estrella de sheriff; luego repitió con un rápido swing que casi estuvo a punto de derribarlo. Las rodillas de Pete flaquearon un momento, pero se rehizo en breve y disparó sus dos manos mientras el desconocido atacaba.

La sala del bar había sido testigo, muchos años atrás, de luchas semejantes, pero en aquellos instantes iba a presenciar otra mucho más enconada.

CAPÍTULO II
LAS EXCAVACIONES DEL HOMBRE MUERTO

Limpióse el sheriff la sangre que le cegaba un ojo y retrocedió ante el ataque de su enemigo. La luna alumbró un instante el barbudo rostro de éste y Pete lo aprovechó para asestarle un puñetazo en la barbilla. El golpe fue tan duro, que se lastimó el puño, pero un segundo más tarde, recibió un puñetazo con la fuerza de un ariete que lo hizo retroceder hacia la puerta del local.

Mientras atacaba su enemigo, el sheriff hizo esfuerzos por recobrarse. Lo recibió con un tremendo puñetazo en la nariz que hizo brotar la sangre.

Por vez primera el desconocido se detuvo. Dió un ronquido, aspiró el aire y rugió como animal herido. A empujones hizo pasar al sheriff a través de la puerta y ambos continuaron la lucha bajo el soportal del hotel. Un tablón podrido se hundió bajo los pies de Pete, quien estuvo casi a punto de caer, pero de un salto se alejó de allí.

La luz era más intensa afuera. La luna estaba a mayor altura y parecía contemplar la feroz lucha de aquellos dos hombres vigorosos. Pete no quería recurrir aún a sus dos revólveres. Además, no podía. El hombre que tenía delante no se acobardaría ante la amenaza de un arma de fuego, y se vería obligado a herirlo. Por otra parte el desconocido seguía luchando sin dar cuartel y sin que, al parecer, lo esperase por su parte.

Pete esquivó un tremendo puñetazo, aunque sintió toda la fuerza que lo animaba, y se preguntó quién seria su corpulento adversario, pues a pesar de la violencia de la lucha, su respiración no era más agitada que la del mismo Peto. Hallábase en excelentes condiciones y resultaba tan duro y vigoroso como si fuese de hierro. Peto habíase enardecido y cada vez que se acercaba su contrario, sus brazos se movían como si fuesen émbolos. El otro parecía. sentir la dureza de aquellos golpes, que habrían derribado a cualquier otro hombre. Pero él seguía resistiendo magníficamente.

Pete procuró eludir el cuerpo a cuerpo, y también esquivó un tremendo puñetazo de la derecha de su contrarío, y le dió otro nuevo golpe en la nariz, que tuvo la virtud de contener, al de la barba. Pero en cuanto Pete se lanzó al ataque, recibió un terrible golpe de derecha que le dejó insensible todo el lado izquierdo.

Golpeó de nuevo con la derecha y un diente de su contrario salió disparado hacia la galería del hotel. El barbudo replicó y Peto dió a su adversario un puñetazo en el estómago, para enderezarlo luego con un tremendo uppercut.

Bajo el ataque furioso de los brazos de su enemigo, Pete retrocedió un momento y sintió a su espalda una de las columnas del soportal. Ya no podía retroceder más y, por consiguiente, reanudó el ataque contra la nariz de su enemigo, logrando contener por un momento su embestida, y Pete aprovechó aquel instante para golpear con los dos puños, retirándolos manchados de sangre.

El desconocido parecía atontado. Dió un profundo suspiro, luego un respingo al sentir los puñetazos de Peto en el estómago, profirió luego un gruñido, y lanzó un gemido al encajar otro puñetazo en la nariz. Aquel golpe le hizo dar un gruñido de dolor. Atacó a ciegas, pero recibió un terrible puñetazo de Pete en la mandíbula. Entonces el desconocido cayó de bruces.

Había quedado K. 0.

Durante la lucha hubo momentos en que Pete Rice solamente sabía que continuaba en pie y que seguiría luchando mientras gozara de sus sentidos.

No experimentó cansancio alguno, pero al mirar a su caído enemigo, comprendió que estaba agotado.

Abrió la boca para respirar, ansioso, el fresco aire de la montaña; su traje estaba empapado en sudor y vió que de la cara le manaba abundantemente la sangre. Tenía un labio hinchado y sintió dolorido su ojo izquierdo. El enemigo a quien acababa de derribar sería, sin duda, un ladrón y quizá un asesino «cualquier cosa», pero también un buen luchador.

Pete salió en busca del lazo, lo recogió y regresó junto a su enemigo, pues se proponía atarlo muy bien antes de que recobrara el sentido. Una vez que lo hubo sujetado, lo registró cuidadosamente, en busca de algún otro revólver oculto, y como no lo encontrase, fue en busca del caballo del vencido, que estaba paciendo al lado del hotel.

Sujetó al animal a una de las columnas del soportal y luego se tendió en el suelo, en espera de que el individuo de la barba volviese en sí. Entonces tuvo otra sorpresa, porque el último puñetazo de Pete Rice habría sido capaz de dejar sin sentido a cualquiera más de un cuarto de hora, pero aquel hombre, a los tres minutos, comenzó a rebullir e intentó ponerse de rodillas, y como no lo consiguiera, miró extrañado las cuerdas que lo sujetaban.

-Sí, hombre, estás bien sujeto-le dijo Pete Rice-. Te he dejado las piernas libres, pero si te portas mal, te las ataré también. Ahora, monta a caballo, porque vamos de viaje.

El hombre barbudo obedeció, se puso en pie y, cual si estuviese ebrio, dirigióse a su caballo. Pete le ayudó a montar y luego llamó a Sonny, el cual, al oír las detonaciones, se

alejó de donde lo dejó su amo. Luego fue a olfatear al otro caballo y permaneció inmóvil mientras su amo combatía.

En respuesta a la llamada de Pete, acudió al trote. A guisa de juego, empujó con el hocico a su amo, mientras éste arrollaba el lazo y lo colgaba en la silla.

Luego el sheriff montó, e inclinándose, desató el caballo de su enemigo.

-Vamos a ir uno al lado del otro-dijo a su prisionero-. Iremos como amigos y crea que acabaremos por ser buenos compañeros. Nos dirigimos a las Excavaciones del Hombre Muerto.

Se situó a la derecha del caballo de su compañero, y con la mano izquierda tomó la brida de la montura de su enemigo y partió al trote, guiando los dos caballos.

El preso no se mostró dispuesto a hablar y Pete no le incitó a que lo hiciese.

Atravesaron el desierto pueblo, cruzaron, media milla más abajo, el Bonanza, y Pete no tardó en ver las luces parpadeantes de las cabañas que había a lo largo del arroyo Spearfish. También divisó las luces más brillantes del almacén de Dave Stein, y comprendió que algo extraordinario debía de haber ocurrido allí, porque Dave cerraba regularmente a las ocho de la noche.

En este establecimiento se vendía tabaco, mantas, periódicos de una semana atrás, confituras, baterías de cocina, coloniales y otros muchos artículos.

Decíase que el dueño había ganado mucho más dinero que cualquiera de los habitantes de Arizona. Jamás buscó oro, pero se había quedado, por lo menos, con el noventa por ciento de todo el hallado por los demás.

-Veo que aun está abierto el almacén de Dave Stein-observó Pete, dirigiéndose a su prisionero.

-Sí-contestó éste, lacónicamente.

Era evidente que conocía la causa de semejante anomalía.

Cuando llegaron a la cabaña de Long Tom Shaw, la hallaron desierta, excepción hecha de un minero solitario, sentado a espaldas de una lápida sepulcral, y que tenía una escopeta sobre las rodillas. Aquella lápida señalaba la tumba de un buscador de oro que había muerto allí más o menos un año atrás. Tom Shaw, mientras excavaba la tumba, encontró oro y bautizó por ello la pertenencia con el nombre de Excavaciones del Hombre Muerto.

El individuo de la escopeta se puso en pie y miró en la oscuridad.

-¡Hola, Pete Rice!-dijo-. Ya veo que lo ha cogido.

-Así es-contestó éste.

-Hará buen efecto colgado de una cuerda-opinó el individuo que guardaba las cajas de oro.

-El jurado decidirá lo que deba hacerse con él-observó severamente Pete Rice.

-Sí-replicó con seco acento el otro-, pero Dave Stein vende cuerda y estoy seguro de que los muchachos estarán dispuestos a gastar su dinero comprándola, en cuanto echen la vista sobre este asesino.

-¿Asesino?-preguntó Pete.

-Como lo digo-añadió el de la escopeta-. Disparó contra Tom Shaw cuando se alejaba. Tom lo persiguió, pero ya sabe usted que nunca ha sido buen tirador.

-Usted ha hablado de asesinato-observó Pete.

-Es verdad-dijo el minero-. Este individuo pegó un tiro entre los ojos a Hardrock Baker. Eran tres. Cogimos a los otros dos y, por casualidad, yo mismo metí una bala en el cuerpo de uno. Windy Ross se encargó del otro, de un tiro en el vientre. Está muriéndose en el almacén de Dave. Quizá haya estirado la pata.

Pete Rice sacó del bolsillo un nuevo pedazo de goma para mascar y se la metió en la boca.

-¿Sabe usted quién es ese hombre?-preguntó el de la escopeta.

-No-contestó Pete, interrumpiendo su masticación.

-Pues, yo-sí-replicó el minero. He visto muchas veces a ese tío feo cuando armaba jaleo en Sinpatch. Su preso es Pike Runnison.

Pete empezó a masticar ruidosamente, como hacía siempre cuando reflexionaba de un modo intenso.

-¿El hijo del viejo Anse Runnison?

-No. No es hijo del viejo jaguar, sino una especie de primo lejano. Un maldito renegado que ya debía haber muerto en la horca. No obstante, es un Runnison.

-¡Un Runnison!-exclamó Pete Rice, masticando furiosamente. Aquello equivalía a una complicación.

Los Runnison eran los hombres más rudos y feroces de todo el condado de Gila, limítrofe al condado de Trinchera. Cuando necesitaban carne para comer, robaban ganado, pescaban, cazaban y ponían trampas en el condado de Gila como si la comarca fuese de su propiedad; gobernaban con sus propias leyes, eran hombres primitivos, y no acataban las leyes del país.

<Pistol> Pete se habría metido ya con ellos mucho antes, mas, por una parte, vivían fuera de su demarcación, y por otra, sus delitos, nunca muy graves, no obligaron a Pete ni a sus gentes a cruzar la frontera del condado, porque el sheriff y sus agentes, en algunas ocasiones, habían cruzado toda clase de fronteras, aun las internacionales, debido a que las ideas de Pete acerca de la ley eran algo grotescas, si bien siempre justas en lo referente a la justicia.

Muy pocas veces se alejó, oficialmente, del condado de Trinchera en casos de menor gravedad que los de asesinato.

Pete examinó a Pike Runnison, el barbudo gigante. Siempre oyó decir que los Runnison eran buenos luchadores y, desde luego, podía dar fe de ello por lo que se refería a Pike. Pero si éste había asesinado a un hombre en el condado de Trinchera, el sheriff Pete Rice estaba obligado a hacerlo ahorcar, sucediese lo que sucediera, pues él nunca eludió el cumplimiento de sus deberes.

-Espere usted a que se entere de esto Anse Runnison-dijo-el de la escopeta-. Espere a que el viejo jaguar sepa lo que vamos a hacer con ese coyote primo suyo. ¡Malditos sean!

Dicho esto, guardó silencio y se dedicó a mascar tabaco con verdadera satisfacción. Los grises ojos de Pete Rice se fijaron entonces en las luces del almacén de Dave Stein. Allí había dos hombres muertos y quizás tres.

Además, tenía en poder a un Runnison que ya podía considerarse condenado a la horca. Parecía como si el placer de las Excavaciones del Hombre Muerto estuviera a punto de justificar su nombre.

CAPÍTULO III
LA RAZA DE LOS RUNNISON

Mientras Pete Rice se dirigía a las Excavaciones del Hombre Muerto, llevando a su prisionero, lo rodeó un grupo de enfurecidos buscadores de oro.

Todos estaban coléricos y dispuestos a emplear la ley de Lynch.

Gracias a los comentarios, el sheriff se enteró de que Hard-rock Baker era hombre muy popular en la comunidad, de modo que Pike Runnison, su asesino, corría grave peligro.

Pete marchaba a muy corta distancia de su cautivo. La mayor parte de aquellos mineros eran verdaderos hombres. No hay duda de que se proponían ahorcar al preso sin juzgarlo, pero Pete confiaba en que harían caso de quien, como él, lucía las insignias de la ley y del orden.

El peligro más inmediato era que alguna cabeza caliente y aun quizá bebida, disparase un tiro contra el preso antes de que Pete pudiese razonar.

-No os agrupéis así, muchachos-dijo Pete, en tono tranquilo-. No hay ninguna razón para perder la cabeza. Hemos cogido al asesino de Hard-rock y la ley hará lo demás. Para eso pagáis impuestos, para obtener protección de las autoridades. Por lo tanto, aprovechaos del valor de vuestro dinero y no cometáis imprudencias.

La presencia de Pete Rice cambió el aspecto de las cosas, pues algunos retrocedieron y, aunque de mala gana, guardaron silencio; pero un viejo minero atravesó el grupo, loco de rabia.

-¡También es un Runnison! Me apuesto la cabeza a que esa gentuza han sido los autores de los robos de oro.

-Ya lo averiguaremos-le contestó Pete.

-Por este coyote no sabremos nada-observó un individuo que llevaba una camisa roja-. ¡A ver, que vaya uno al almacén de Dave y traiga una cuerda! ¿Para qué gastar dinero juzgando a este tuno?

Pete Rice reconoció al que acababa de hablar. Lo llamaban Lazy Jake Reed.

Era un individuo que holgazaneaba por allí y que solía frecuentar el almacén de Dave.

-No seas tan ambicioso, Reed-dijo severamente-. Tal vez eso fuese demasiado para ti.

Siguió masticando su goma y miró sonriendo al grupo.

-Me parece que no deberíais permitir que os capitanease Jake Reed. Yo sé respetar a un hombre vivo y también a un cadáver, pero cuando se trata de un hombre que, a la vez, está muerto y vivo, como Reed, no sé qué hacer.

Lazy Jake Reed masculló algunas palabras y varios mineros se echaron a reír. Al parecer, habíase disipado la cólera de los mineros.

-¡Caramba!-exclamó otro-. Calculo que sería malgastar dinero el juzgar legalmente a este hombre. Todos sabemos que es culpable, sheriff.

-A pesar, de todo, se le juzgará, y será así porque la ley le concede este beneficio-dijo Pete-. Todos vosotros os quejaríais si os quitaran vuestras pertenencias, ¿verdad? Por consiguiente, no debéis despreciar la ley.

Echó pie a tierra y ayudó a su preso a desmontar.

-Apartaos, muchachos-ordenó-. Voy a llevar, a Pike Runnison a la cabaña de Long Tom. Quiero charlar un poco con ese caballero. Tal vez se le suelte la lengua y me diga alguna cosa gracias a las cuales pueda yo evitar más conflictos aquí.

Pike Runnison se rió burlonamente al oír estas palabras, pero no contestó.

-No es extraño que esté usted sereno, sheriff-dijo un hombrecillo pequeño, acercándose a Pete. Era gordísimo, y el paño que llevaba a la cintura indicaba su oficio. Se trataba de Skillet Zane, que guisaba para un grupo de mineros. Decíase que era capaz de encender un fósforo frotándolo contra cualquier sartén o cazuela de su cocina, lo cual, daba a entender que tenía sus chismes limpios de grasa.

-Usted también puede hablar, tranquilamente de eso, Skillet. Ahora, muchachos, dispersaos, y cada una a su lugar. El preso pertenece a la ley.

En aquel instante, un minero disparó un terrible puñetazo contra una de las orejas del preso. El golpe fue formidable, porque quien lo dió tenía casi la misma corpulencia que Pike.

Pete Rice se indignó al ver aquel ataque contra un hombre atado. Sin embargo, no dejó de comprender, y también lo advirtió Pike Runnison, que si se entablaba una pelea, la cosa podría acabar mal. Pete Rice era luchador por naturaleza, pero se contuvo para no poner en peligro a su preso, el cual se limitó a dar un resoplido, pero sin demostrar ninguna cólera.

El sheriff también guardó silencio, como si no hubiese visto cosa alguna. Se volvió, indiferente, y, de pronto, disparó un puñetazo que fue a dar en la mandíbula del minero agresor, el cual cayó al suelo como si fuese un saco de grano.

Pete se volvió en dirección a la cabaña de Long Tom Shaw, siguiendo a su prisionero, y el grupo de mineros le hizo paso. Si el sheriff hubiese hablado o demostrado su indignación, indudablemente los hombres se habrían rebelado, quizá se empeñara una disputa, se pronunciaran palabras gruesas y luego la multitud linchara al preso; pero aquel puñetazo tuvo el efecto deseado, porque nadie chistó y Skillet Zane se quedó pasmado, mirando al sheriff.

Este abrió la puerta de la cabaña metió dentro al preso, en una espaciosa sala inmediata a la cocina, cerró la puerta y corrió el cerrojo.

En la vasta mesa ardía una lámpara de petróleo. Long Tom no estaba allí.

Sin duda había ido al almacén de Dave Stein, donde estaba muriéndose uno de los mestizos que acompañaran a Pike Runnison. Pete señaló una caja de embalaje que servía de silla y el preso se sentó en ella. Pete cerró los postigos, para evitar, las miradas curiosas de los que se habían agrupado ante la ventana. Luego se sentó en un rincón, para esperar al dueño de la cabaña.

Entretanto, masticaba goma y reflexionaba intensamente.

Pete Rice había oído contar muchas historias de los Runnison, quienes, según la tradición, no se acobardaban en ningún caso. Y era evidente que Pike mantenía muy bien las tradiciones familiares. El preso ignoraba que Pete Rice sería capaz de dar su propia vida para protegerle, y tenía muy buenas razones para creer que, pocos minutos después, estaría colgado de un álamo; sin embargo, guardaba, silencio y permanecía tranquilo. Sus ojos de color pizarra, que no conocían el miedo, mostraban reto y desprecio.

Pete masticaba vigorosamente la goma y se decía que aquellos Runnison eran verdaderos hombres, rudos, feroces y primitivos. Nunca vivieron de acuerdo con la ley. Algunos habían matado más de una vez, aunque, al parecer, en legítima defensa. Eran unos rebeldes, no forajidos sin principios; pero uno de ellos acababa de cometer lo que, técnicamente, podía considerarse como un asesinato. Dió muerte, mientras se ocupaba en robar una caja de polvos de oro. ¿Por qué? ¿Cuál fue la causa de aquella conducta rara? El sheriff se dirigió a su preso y le preguntó:

-¿Tienes algo que decir, en tu disculpa, Runnison?

-¿Qué puedo decir?-contestó el otro-. ¿Qué espera usted?

-Quiero hacerte hablar-le dijo Pete-. Ya sabes lo que te espera. Lo sabías antes de venir aquí. Esta noche volverás a la Quebrada del Buitre. Allí te juzgarán, pero si no tienes alguna buena disculpa, ya sabes desde ahora cuál será el veredicto. Morirás ahorcado.

El desigual bigote de Runnison se levantó burlonamente.

-Quizá-gruñó-; pero no levante usted la horca sin tener a un condenado. Aun no estoy en la Quebrada del Buitre. Es un largo viaje, muy largo-repitió.

Pete Rice se puso fosco al oír tales palabras.

Sí, el viaje hasta la Quebrada del Buitre era muy largo, y podían ocurrir cosas; por ejemplo, un ataque de los parientes del preso, el cual quedaría en libertad; pero el sheriff había de guardarse de otras cosas. Tal vez los mineros de las Excavaciones del Hombre Muerto se decidieran a obrar contra la ley y contra el orden.

También los habitantes de Yellowdust, la población inmediata, ofrecían una amenaza. El sheriff examinó a su cautivo y vió que en su rostro se expresaba un vigor extraordinario. En sus ojos de color pizarra y también en su barbilla poblada, se advertía extraordinaria firmeza.

El sheriff movió la cabeza, diciéndose que era una vergüenza que aquel ejemplar perfecto de la humanidad y aquel buen luchador se viese condenado a la horca, pero la ley era

la ley, única cosa interesante en la vida de Pete Rice, a excepción, quizá, de su bondadosa madre, que se hallaba en la Quebrada del Buitre.

-¿Cuántos Runnison intervinieron en esos robos de oro?-preguntó.

-¿De modo que se nos culpa a nosotros?-exclamó Pike-. ¿Desde cuándo los Runnison son los únicos que se interesan por el polvo de oro? Hay por ahí mestizos capaces de robar; y no se debe echar la culpa, únicamente, a los Runnison.- Centellearon sus ojos al mirar al sheriff, y añadió:- Y si supone que podrá hacerme confesar cosas...

En aquel momento giró el pomo de la puerta. La mano de Pete Rice fue rápidamente en busca de su revólver. Si los mineros se habían decidido a ir en busca del preso, los recibiría debidamente. Pero quizá el hombre que estaba en la puerta fuese Long Tom Shaw, que se disponía a entrar en la cabaña.

Pete se dirigió, cauteloso, hacia la puerta.

En aquel momento se oyó ruido de algo que se derribaba. Pike Runnison se puso en pie de un salto y, de un puntapié, volcó la mesa que sostenía la lámpara. Esta cayó al suelo y el tubo quedó roto. Una llamita se retorció como una serpiente, recorriendo el reguero de petróleo, pero Pike Runnison apagó la llama con el pie y la habitación quedó a oscuras.

A juzgar por el ruido de las botas de Runnison, Pete comprendió que el preso se dirigía a la cocina. El sheriff no disparó, pues no era capaz de hacerlo contra un hombre desarmado y que llevaba atadas, las manos a la espalda.

Avanzó por la oscuridad, pero oyó un portazo. Un momento después Runnison, a pesar de tener, las manos atadas a la espalda, consiguió correr el cerrojo. Pete se arrojó contra la puerta, pero Tom Shaw había construido sólidamente su cabaña y la hoja de madera resistió.

Alguien golpeó en vano la puerta sujeta por el exterior. Luego se rompió el cristal de la ventana y, a la luz de la luna, Pete pudo ver a Long Tom Shaw que apuntaba con sus dos revólveres a la casa.

-¡Tú, Runnison, maldito seas!-exclamó una voz enojada-. Si has dado muerte a mi amigo Pete Rice, no verás salir el sol.

-Estoy sin novedad, Tom-exclamó Pete, que había permanecido en el rincón y con los revólveres apuntados a la puerta.

En cuanto ésta se abrió, Pete preguntó, ansioso:

-¿Dónde están los demás muchachos?

-En el almacén. El otro ladrón mestizo acaba de estirar la pata. Pero, ¿qué demonio ha pasado aquí? ¿Dónde está tu preso?

-Pues, al parecer, quiere fugarse, Tom. Se ha encerrado en la cocina y, probablemente, no conseguirá salir de allí. Enciende otra lámpara. Hundiremos la puerta.

Tom Shaw se dispuso a hacerlo, pero de pronto se oyó un fuerte chasquido en la cocina y el sheriff comprendió que el preso había abierto la ventana, quizá con el hombro. Salió de la casa en el preciso momento en que aparecía una pierna por la ventana.

El miembro fue retirado inmediatamente. Pete permaneció en la sombra y apuntó con el revólver a través de la ventana rota.

-Abre esa puerta y pasa a la otra habitación, Runnison-ordenó.

Se ladeó rápidamente al notar que salía una cazuela disparada contra él.

-¡Te mando que salgas!-le ordenó Pete.

-¡Váyase al infierno! Entre y préndame-replicó el otro.

-¡Cómo quieras, hombre!-contestó Pete.

Estaba persuadido de que Pike había logrado soltarse las manos porque, de un contrario, no hubiese podido arrojarle la cacerola. Long Tom Shaw era un buen minero, pero, en cambio, muy descuidado dentro de su casa. En otras visitas anteriores, Pete pudo ver en la mesa de la cocina cuchillos, tenedores, y platos de hojalata. Evidentemente, Pike Runnison

había logrado cortar la cuerda que le sujetaba las manos, utilizando algún cuchillo, y aunque no tenía ningún revólver, debía estar armado.

Eso tenía poca importancia para Pete Rice. Se encaramó en una caja de embalaje que había cerca de la ventana, se protegió los ojos con los brazos y se arrojó a la cocina. Vió centellear algo en el suelo; Le pareció un cuchillo, quizá el de carnicero de Tom, que, precisamente, estaba muy afilado. Y se ladeó a tiempo para evitar una peligrosa puñalada del arma.

Pike Runnison trabajaba en silencio. Sin duda comprendió que el sheriff se proponía llevarlo a la Quebrada del Buitre, y por eso se mostraba más atrevido. Por otra parte, se dijo que valía más morir en la lucha que ahorcado por el verdugo o reducido a pulpa por una multitud enfurecida. Volvió a asestar una cuchillada y el filo rasgó la chaqueta del sheriff. También la punta rozó la carne sobre el corazón de Pete.

Long Tom Shaw se esforzaba en derribar la puerta, pero sin conseguirlo.

Cuando lograse abrirla, acaso “Pistol” Pete estaría ya muerto y entonces Pike Runnison podría escapar por la ventana. Una vez más, el sheriff se ladeó para evitar una cuchillada y asestó dos terribles puñetazos en la mandíbula del asesino. Al dar aquellos golpes, sintió una fuerte conmoción en las articulaciones de sus brazos.

Muchas veces vio caer sin sentido a otros hombres ante sus poderosos puños, mas Pike Runnison apenas se tambaleó y antes de que el sheriff pudiese seguirlo, el asesino se alejó un tanto y atacó empuñando el cuchillo.

Pete saltó a un lado, pisó el borde de una sartén que, en la lucha, se había caído al suelo. Se torció un pie, y la sartén, enderezándose al ser pisada, le golpeó la canilla. Pete entonces resbaló y cayó contra la pared de la estancia.

Runnison lanzó un grito de victoria. Centellearon sus ojos en la sombra, pues lo animaba entonces el deseo de matar, y alzó el brazo con la hoja de acero para clavar al sheriff a la pared.

CAPÍTULO IV
LA LEY Y EL HOMBRE SIN LEY

Pete Rice se ladeó rápidamente hacia la derecha, en el momento en que descendía el cuchillo, pero la punta lo hirió superficialmente en el brazo izquierdo. Por el impulso que el asesino había dado al cuchillo, se clavó profundamente en la pared de madera. El asesino lanzó una blasfemia al advertir que estaba en una situación muy comprometida, pues no podía desenclavar el cuchillo antes que el sheriff maniobrara con sus puños.

Pete, en efecto, le dirigió un terrible uppercut, que habría sido capaz de romper el cuello de un hombre corriente. Mientras Pete perseguía a Pike por la cocina, oíase un golpeteo furioso sobre la puerta y cuando Runnison se decidió a atacar con los puños, se abrió la puerta y la cocina quedó alumbrada por una lámpara. Al mismo tiempo el revólver de Tom Shaw amenazó a Runnison.

-¡No tires!-gritó Pete-. Ya es mío. Si hubiese querido matarlo, ya le habría pegado un tiro.

Y acompañó sus palabras con repetidos puñetazos. En efecto, Pike Runnison estaba ya en poder de Pete. El asesino intentó replicar y se esforzó en pegar a su contrario cuando ya las rodillas le flaqueaban y los ojos no le permitían ver a causa de los golpes recibidos en las cejas. Tenía el rostro cubierto de sangre y en la boca un corte por el cual habían salido despedidos dos dientes.

Al recibir un terrible puñetazo entre los ojos, Pike retrocedió, tambaleándose, hasta la pared. Oyéronse muchos gritos hacia la parte exterior de la cabaña. Los mineros acudieron al oír el ruido, pero Pete gritó:

-¡Cierra esa puerta, Tom! Que no entren esos hombres; ahora no podríamos contenerlos.

Tom Shaw salió al comedor, cerró la puerta exterior y gritó:

-¡Alejaos, muchachos! Ahora Pete está dando al asesino una paliza fenomenal.

Fuera se oyeron gritos de alegría, mientras, dentro proseguía la feroz lucha.

Pete colocó un swing y luego aplicó un uno-dos contra la barbilla de su enemigo. Sus puños castigaban con brío y sin descanso. Pero Runnison aun conservaba cierto vigor.

El sheriff golpeaba duramente a su contrario y, al fin, éste perdió, aparentemente, todas las reservas de su enorme fuerza. Pete seguía golpeándole. Una buena paliza no haría ningún daño a aquel hombre.

Además, era un asesino y se lo había buscado.

Pete Rice tenía aún otra razón para tratarlo con rudeza. La historia de aquella lucha llegaría a oídos de la familia Runnison y, probablemente, les infundiría respeto hacia la ley y hacia el encargado de hacerla cumplir.

Mientras Pete se las había con Pike Runnison, pudo oír cómo Tom y los mineros hablaban fuera de la cabaña. Con toda seguridad Tom había salido para contener a los mineros, sin preocuparse de Pete, pues ya conocía su habilidad en manejar los puños. A pesar de que estaba aturdido, Runnison seguía luchando. La paliza recibida era fenomenal, pero aun meneaba los puños. Consiguió todavía dar algunos golpes a Pete, pero éste apenas los sintió, enardecido como estaba por la pelea. Además, esperaba, de un momento a otro, ver caer a su enemigo.

La luz de la lámpara que ardía en el comedor, puso de manifiesto un centelleo en los ojos de color pizarra de Runnison. Un directo lo hizo retroceder hasta la pared y Pete lo siguió. Runnison se agarró a un estante que encontró sobre su cabeza, tiró de él con fuerza y lo rompió. Cayeron entonces algunas latas de conservas y Runnison se inclinó hacia ellas. Pete dió un salto atrás, pero recibió en la frente una lata de tomates.

Sintió que sus rodillas se doblaban y vió cómo se acercaban a él los amenazadores puños de Pike. No sintió ningún golpe después, porque primero el golpe de la lata y luego el puñetazo de Pike, le tendieron sin sentido, y cuando quiso levantarse no le obedecieron las piernas.

Aquello parecía el final, porque Pike Runnison agarró un asador que había junto a la estufa. Lo blandió, dispuesto a partir con él la cabeza del sheriff.

Pete rodó sobre sí mismo y luego dió un puntapié que, por suerte, cayó en el diafragma de su enemigo. Este lanzó un gruñido, al mismo tiempo, salió disparado hacia la pared. Aun empuñaba el asador, pero jadeaba penosamente.

Pete Rice se levantó de un salto, empuñando en su mano izquierda la sartén que le hiciera caer anteriormente. Acercóse con ella a Runnison, que blandía el asador y entonces se oyó el choque de ambos objetos de metal. Tom Shaw había entrado de nuevo en el comedor y se quedó en la puerta, empuñando el revólver.

-¡Alto!-gritó Pete. Al mismo tiempo agarró con la mano izquierda la muñeca derecha de su enemigo y con la que le quedaba libre colocó un tremendo puñetazo en la nariz de Runnison. Este se tambaleó un momento y al fin cayó como un saco.

Pete siempre llevaba cuerdas en el bolsillo, dispuestas para atar a sus prisioneros, y se ocupaba en sujetar a Runnison cuando Tom Shaw atravesó la puerta y se dejó caer sentado en una silla.

-¡Caramba, Pete!-jadeó-. Bien te has expuesto; mejor fuera que lo mataras de un tiro.

-Mi oficio no es matar-le replicó Pete-; por el contrario, he de procurar que todo el mundo viva. Estaba persuadido de que podría vencer de nuevo a este hombre y lo he conseguido.

-Nunca he visto a nadie que te venza con los puños o con el revólver-exclamó Tom, moviendo la cabeza-. Nadie es capaz de vencerte.

-Hombre, eso se debe a la práctica-contestó Pete sonriendo-. Todo el mundo puede hacerse famoso en algo. Para ello basta practicarse hasta que logre vencer a quien quiera. En cuanto lo consiga se hará famoso. Y ten en cuenta que, durante toda mi vida, he practicado con los puños y con el revólver.

Acabó de atar a Pike Runnison, esta vez de pies y manos, y luego lo arrastró nuevamente hasta el comedor.

-Yo me proponía hacer hablar a este tuno-observó-, pero no es muy locuaz; por consiguiente, será preferible que me lo cuentes tú todo. Estábamos ocupados en perseguir a unos cuatreros cuando recibí tu aviso y dejé a mis comisarios. Hicks “Miserias” y Teeny Butler, encargados de terminar el trabajo.

Tom Shaw estaba muy pensativo, mientras se rascaba su desfigurada oreja izquierda.

-Pues ninguno de ellos es capaz de perder tiempo-dijo-, cuando hay pólvora en el aire.

Se dirigió al estante que había sobre el hogar, tomó una pipa, la llenó y la encendió. Tom era muy alto, aunque algo encorvado. Sus ojos, hundidos y bajo unas pobladas cejas blancas, estaban rodeados por numerosas arrugas.

Su rostro, seco y bronceado, quedaba en parte cubierto por una barba descuidada, y en cuanto al bigote, estaba amarillento por el tabaco.

-Esta noche se llevó a cabo la tercera expedición por parte de los ladrones contra las Excavaciones del Hombre Muerto-dijo-. Y como no soy muy buen tirador, me apresuré a llamarte. Este individuo-añadió señalando al atado-, me hirió en el momento de emprender la fuga. Bien es verdad que sólo ha sido un arañazo.

Se subió la manga izquierda de la camisa y mostró su vendado antebrazo.

-Apenas queda ya oro en el Sperfish-continuó-. Yo tengo una buena pertenencia y Hard-rock Baker obtenía, más o menos, diez centavos de oro en cada lavado. Otros, en cambio, apenas sacan lo necesario para pan y café. Pero, en fin, sea como fuere, no podemos permitir que nos roben el oro recogido.

Pete Rice señaló con un dedo al preso, que entonces empezaba a rebullir, y preguntó:

-¿Crees tú que la tribu de ese tuno es la que lleva a cabo los robos?

-Es difícil creerlo, pero así parece-contestó Tom-. No podíamos imaginar quiénes eran los autores de tales robos. Nos figurábamos que quizá sería un grupo de mestizos que viven por los alrededores de Sinpatch, pero este sinvergüenza nos ha convencido de que estábamos equivocados.

-A mí me ocurre lo mismo-contestó Pete-. Yo había oído hablar de los Runnison y suponía que eran gente ruda y salvaje, pues nunca supe que hiciesen nada peor que matar, de vez en cuando, una res para comérsela.

En cierta ocasión, Pete estuvo en Sinpatch. Aquel establecimiento se hallaba a pocas millas de distancia de las Excavaciones del Hombre Muerto, en la pendiente de la Montaña del Trueno. Había sido fundado por el viejo Anse, el jefe del clan de los Runnison. El pueblo constaba de unos cuantos almacenes y saloons, aparte de varias cabañas mejicanas, alrededor de aquellos.

Sinpatch era también un buen refugio para los forajidos y Pete Rice estaba persuadido de que Anse Runnison nunca trató con ellos, pero Anse era hombre siempre dispuesto a permitir la entrada y salida de los fugitivos sin hacerles preguntas indiscretas. Sinpatch (sendero del pecado), fue llamado así por un indignado habitante de Yellowdust, que consideraba aquel establecimiento como un pozo de iniquidad.

Pete Rice jamás se vió obligado a perseguir a los Runnison por alguno de sus actos, pero, ciertamente, ya tendría que hacerlo. Con frecuencia había tenido que ocuparse en casos en los cuales se hallaban complicados hombres buenos que, de pronto, tomaban el mal camino.

-¿Qué te propones hacer ahora, sheriff?-le preguntó Long Tom Shaw.

Pete había ido en busca de un cubo de agua y se bañaba el ensangrentado rostro. Vólvióse al oír la pregunta y contestó:

-Pues, mira, me parece que esto equivale a una persecución contra los Runnison, ¿no crees lo mismo?

-No hay duda de que esos Runnison tienen algunas cualidades-observó Tom.

-Es verdad, pero siempre nos dan más que hacer esa gente semicivilizada. Los verdaderos salvajes ya no nos molestan-contestó Pete, retorciendo su pañuelo humedecido y enjugándose el rostro.

El sheriff cargó de nuevo con el cubo, descorrió el cerrojo, abrió la puerta y tiró el agua mezclada con sangre. Pudo oír los gritos de los borrachos a poca distancia del almacén de Dave Stein. Sin duda había ocurrido algo que enardeció de nuevo a los mineros. Pete entró en la cabaña, cerró la puerta y dijo:

-Cuando vengan mis comisarios me dirigiré a Sinpatch para charlar con el viejo Anse. Quizá así logremos aclarar la situación.

-No lo creo, sheriff-contestó Long Tom-. El viejo tiene un gran orgullo familiar. Te aprisionará a ti y también a tus hombres y os retendrá presos hasta que Pike haya recobrado la libertad. Tiene muy mal genio y sería capaz de matarte.

-Mira, si no estuviese dispuesto a correr aventuras-replicó el sheriff, encogiéndose de hombros-, tomaría un empleo en el almacén para pesar habas y carne; y ahora que hablamos de comida, Tom, ¿tienes algo que darme?

El minero se alegró de poder hacer, un favor a Pete Rice, y al poco rato, en el comedor se difundía el delicioso aroma del tocino asado y del aromático café. Pete extendió las piernas debajo de la mesa, ante un buen plato de tocino y de huevos, otro de bizcochos duros, y un buen jarro de café caliente.

En cuanto se hubo comido la última migaja de bizcocho, el sheriff se llevó un chicle a la boca y, durante un buen rato, permaneció ante el fuego en tanto sus mandíbulas se movían rítmicamente. Mas, como estaba derrengado, por haber hecho una larga jornada a caballo y sostenido luego dos terribles combates, empezó a cabecear, convencido de que Long Tom cuidaría de vigilar al preso.

Lo despertaron unos gritos. Se puso en pie de un salto, empuñando los revólveres y vió que el preso atado continuaba tendido en el suelo. Long Tom Shaw, empuñando su revólver, miraba a través de la ventana.

-Ahí viene la cuadrilla-observó Tom-. Creo que ha bebido y viene aquí con malas intenciones.

Pete se dirigió a la puerta, y vió que estaba bien cerrada, y luego miró por la ventana. Al parecer, todos los mineros de la localidad se dirigían a la cabaña y su propósito era evidente. Querían apoderarse de Pike Runnison.

El sheriff se fijó en dos de los que iban delante, es decir, en Lazy Jake Reed, que vestía una camisa roja, y en Skillet Zane, que aun llevaba a la cintura la rodilla de limpiar platos. Además, Zane llevaba un rollo de cuerda en la mano. Pete asomó su revólver por la ventana y gritó:

-¡Suelta esa cuerda, Zane!

Este soltó la cuerda, pero la recogió en el acto otro minero, hosco y corpulento. Luego empezó a arengar a la multitud, haciendo muchos gestos y meciéndose sobre sus pies. Estaba

borracho y, por lo tanto, animado de un valor artificial. Giró sobre sí, sosteniendo dramáticamente la cuerda en el aire.

-Le digo que usted no disparará, "Pistol" Pete Rice-gritó.

Pete comprendió que aquel borracho tenía razón, porque de ningún modo podía tirar contra hombres honrados, aunque estuviesen borrachos y rabiosos.

-Bueno-contestó-. No tiraré. Pero si intentáis atravesar esta puerta, ya veremos lo que sucede. El preso está al amparo de la ley y no os apoderaréis de él sin antes matarme.

-Y a mí-añadió Long Tom Shaw-. ¡Atrás, muchachos! No queremos derramar más sangre.

Algunos mineros parecieron titubear. Ningún mal propósito los animaba contra el sheriff, ni contra Long Tom Shaw. Pero algunos elementos del grupo no querían atender a razones. Y el minero borracho que sostenía la cuerda, la blandió cual si fuese una espada.

-¡Adelante, muchachos!-gritó.

Y emprendió la marcha seguido por algunas cabezas calientes. Los otros titubearon un segundo y luego echaron a andar.

CAPÍTULO V
EL RAID

«Pistol» Pete Rice podía haber derribado a muchos a balazos, pero no intentaba realizar tal cosa, porque la mayoría de aquellos hombres eran personas decentes e, individualmente, excelentes muchachos. En cambio, formados en grupo, se habían convertido en una jauría sedienta de la sangre del preso.

Antes de permitir que la multitud se apoderase de Pike Runnison, Pete sería capaz de desatarlo y hacerlo pasar por la ventana poniendo en peligro su propia vida cambiando tiros con los demás hasta que él y el preso llegasen hasta donde estaba su caballo.

Long Tom lo había dejado a unos cincuenta metros de la cabaña. El sheriff había sacado ya su cuchillo y se inclinaba sobre el preso, cuando Long Tom Shaw dió un grito triunfal y exclamó:

-Mira por ahí, Pete. ¡Caballos!

Pete se dirigió corriendo a la ventana y vió unos jinetes que se acercaban al galope. Sonrió al reconocer las monturas.

-Mis comisarios son buenos muchachos-dijo muy alegre-. Siempre llegan a tiempo. Con toda seguridad son Hicks «Miserias» y Teeny Butler.

Una vez más, Pete empuñó su revólver, asomándolo por la ventana. No porque quisiera disparar, sino porque quería ver si lograba contener a la multitud durante unos segundos. A gritos les dió la orden de detenerse y algunos le obedecieron. Sólo los más borrachos siguieron adelante y uno de ellos pateó, furiosamente, la cerrada puerta, que resistió.

-Mirad hacia atrás y veréis algo bueno-gritó Pete-. Vale más que evitemos alguna cabeza rota. Quizá os hará falta más tarde, cuando estéis en disposición de reflexionar.

Muchos de los mineros se volvieron para ver a los jinetes que se aproximaban. La fama de los comisarios de Pete Rice en el condado de Trinchera, sólo cedía a la de su jefe y así muchos retrocedieron para ver qué ocurría.

Los dos comisarios se acercaban al galope, porque ya suponían lo que estaba sucediendo. Teeny galopó, dirigiéndose a la espalda del grupo principal y arrebató el revólver que empuñaba el minero que iba a la vanguardia. Utilizó para ello un látigo boyero de mango de hueso y de tralla de piel sin curtir, gracias al cual, algunos forajidos se hallaban en presidio

y no enterrados en el cementerio. La tralla tocó detrás de la oreja al hombre que golpeaba la puerta, y lo derribó casi sin sentido.

Hicks «Miserias» había maniobrado su caballo para interponerlo entre la puerta de la cabaña y el grupo principal. Empuñaba unas «boleadoras», instrumento que consiste en tres correas de piel sin curtir, atadas unas con otras y de cuyos extremos cuelgan unas bolas metálicas.

-¡Yo, en vuestro lugar, no me acercaría a esta cabaña, muchachos!-gritó-. Pero, en fin, eso es solamente un consejo. Haced lo que queráis.

Su voz era amenazadora. Mientras tanto, los trallazos de Teeny resonaban como tiros y pronto cayó otro hombre ante la cabaña. Lazy Jale Reed describió cautelosamente un círculo en torno del caballo de «Miserias» empuñando un revólver. Teeny le volvía la espalda y Reed echó a correr, intentando colocarse a cierta distancia antes de descargar el arma.

De pronto cayó pesadamente al suelo. Hicks le había arrojado las «boleadoras» y las correas se arrollaron a las piernas de Reed. Oyóse un tiro disparado por un individuo que se hallaba cerca de la cabaña. Había podido evitar el látigo de Teeny y después de arrimarse a la pared de la cabaña, disparó. La bala pasó rozando a Teeny, el cual se apeó de un salto y con extremada agilidad. Luego se arrojó contra aquel individuo que era valeroso y muy corpulento, de modo que al lado de otro hombre cualquiera, exceptuando a Teeny Butler, habría parecido enorme.

El individuo empuñaba el revólver para dar un culatazo en la cabeza del comisario, pero éste se ladeó y su puño derecho salió disparado. Aquél fue el último golpe que se dió allí. El corpulento minero cayó al suelo de cara, confirmando la frase corriente en el condado de que quien recibía un puñetazo de Teeny, se quedaba sumido en plácido sueño.

Pete sonrió desde la ventana. Constituía un buen blanco para cualquier minero vengativo, pero no se cuidó de eso, pues notó que había desaparecido ya todo intento de violencia por parte del grupo, y se rió al ver que Teeny Butler derribaba a otro hombre de un puñetazo.

-¡No os dejéis acobardar!-gritó Lazy Jake-. Haced uso de vuestros revólveres, muchachos.

Los mineros rodearon a Teeny Butler a prudente distancia y ante la ventana de la cabaña.

-Si queréis apoderaros dé Runnison-añadió Lazy Jake Reed-, haced uso de vuestros...

El largo brazo de Pete Rice salió por la ventana y su enorme mano agarró al orador por el cuello de la camisa. Oyóse ruido de madera y de vidrio roto y el cabecilla se vió introducido en la cabaña.

Volvióse para proferir una indignada protesta, pero un tremendo bofetón de Pete Rice lo tiró al suelo, con brazos y piernas extendidos. Luego el sheriff lo levantó y lo sacudió como un gato a un ratón.

-Si aquí hay un derramamiento de sangre-le dijo-, bailarás colgado en el extremo de una cuerda. Ahora asómate a la ventana y aconseja, prudencia a todos tus compañeros.

Ya no era necesario este consejo del cabecilla, porque muchos emprendieron la retirada en busca de un lugar más seguro. Hicks «Miserias» los perseguía como perro de pastor a las ovejas para hacerlas entrar en el aprisco. Teeny Butler se había puesto sobre las rodillas al cocinero Zane y le daba una buena zurra que hacía prorrumpir al otro alaridos de dolor. Por fin, el comisario soltó a aquel agitador y lo despidió con un buen puntapié.

-Bueno, ¿no estáis avergonzados de vuestra conducta?-dijo, dirigiéndose a los demás-. Os habéis portado como un grupo de imbéciles. ¡Ahora, largo de aquí!

Todos cumplieron la orden y aunque algunos lo hicieron de mala gana, no por eso dejaron de alejarse. Pete Rice saludó cariñosamente a sus comisarios a la puerta de la cabaña y luego sacó al ya calmado Reed, dándole un buen empujón en cuanto lo tuvo en la puerta.

-¡Caramba!-exclamó Hicks-. Bien puede decirse que donde estás tú hay siempre jaleo, jefe-. Se acercó a Pike Runnison y añadió-: Habrás tenido que luchar de firme para apoderarte de este tío. Y a juzgar por las contusiones de tu rostro, veo que la faena ha sido dura. En cuanto estemos de regreso en la Quebrada del Buitre, te daré una cosa que te curará las «miserias».

-Muy bien, compañero-contestó Pete, sonriendo.

Su diminuto comisario que, en realidad, se llamaba Lorenzo Miguel Hicks hacía de barbero en la Quebrada del Buitre, cuando no tenía nada que hacer con su jefe Pete Rice, y le habían puesto el apodo que llevaba, por su afición a prescribir remedios para las supuestas «miserias» de sus parroquianos. En efecto, el pequeño barbero daba el nombre de miserias a todos los dolores.

Hicks era mejor barbero que médico y mejor comisario que barbero. A pesar de su poco peso, pues quizá no llegaría a los sesenta kilos, era un tremendo luchador con los puños, con el revólver y con sus «boleadoras».

Teeny Butler no se molestó en examinar al preso, pero sí se dirigió a la puerta de la cocina, mientras le temblaban las aletas de la nariz.

-Me parece que olfateo café recién hecho. He tenida la desgracia de llegar tarde, porque ya no hay comida.

-Bueno, ahora descansa-le contestó Tom Shaw, sonriendo-. Aun me quedan algunos bizcochos en el horno.

Teeny Butler se lamió los labios, porque era muy comilón; su enorme apetito constituía la preocupación de «Miserias».

Teeny que, en realidad, se llamaba William Alamo Butler, era un descendiente de un tejano que perdió la vida en defensa de Alamo. Equivalía a diez hombres, tanto en la lucha como en la persecución. Era enorme y, al parecer, estaba cubierto de grasa, pero en realidad tenía músculos de hierro, la ferocidad de un oso gris en cuanto se le despertaba la ira, y la suavidad de un cordero entre las personas que merecían ser tratadas bondadosamente.

«Pistol» Pete Rice no podía haber hallado mejores compañeros para el cumplimiento de sus deberes. Sólo tenían un defecto: su afición a meterse en todos los fregados; sobre todo, «Miserias» gustaba de correr riesgos.

Teeny Butler acercó una silla a la mesa. Lamíase los labios, mientras Long Tom vaciaba un pote de fríjoles, calientes en un plato hondo que puso en la mesa.

-En cuanto llega la hora de comer, Tom-dijo Teeny-, valgo tanto como el primero. Si quieres alargarme esos bizcochos...

De pronto se puso en pie, separó la silla y se dirigió a la puerta, al oír unos fuertes gritos que procedían del almacén de Dave Stein y que se aproximaban por momentos. Pete Rice también se dirigió a la puerta y vió a unos hombres que se acercaban corriendo a la cabaña. A pesar de la zurra que le dió pocos minutos antes, el pequeño y gordo cocinero Zane, iba, a la vanguardia.

-Ya vienen-gritó-. Están a punto de llegar los Runnison. Ya se oyen sus caballos en el camino de Sinpatch.

Jadeando llegó a la cabaña. Empuñaba una escopeta de larga cañón.

Sospechando algún engaño, Pete se apresuró a cerrar la puerta, mas, al parecer, el cocinero hablaba en serio.

-Ya me lo figuraba-exclamó con voz ronca-. Parecen un alud que baja por la montaña. Esta noche habrá sangre aquí. Los Runnison...

En aquel momento una bala fue a clavarse en la parte superior, de la ventana y luego se hundió en una cabeza de gamo que adornaba la pared opuesta.

Tom Shaw fue a tomar una enorme escopeta colgada de la pared; Pete Rice y sus compañeros empuñaron los revólveres.

-Esos hombres vienen a libertar a Pike Runnison-dijo el sheriff.

-Y generalmente logran lo que se proponen-contestó el preso, hablando por vez primera.

Había rodado sobre sí mismo para situarse sobre el sheriff y en su contorsionado rostro se advertía una sonrisa de triunfo.

-Pues esta vez se llevarán un disgusto-le contestó Pete. Y volviéndose a Shaw, añadió-: Oye Tom, mientras nosotros combatamos, no quiero exponerme a que venga alguien y liberte a ese individuo. ¿Tienes algún lugar en donde podamos ocultarlo?

Por toda respuesta Long Tom Shaw retiró la mesa y abrió una trampa que había en el suelo.

-Mételo de un puntapié-dijo.

Pete amordazó al preso con su propio pañuelo, apretó los nudos de la cuerda que lo ataba y lo bajó a aquella especie de sótano. Cerró la trampa y volvió a poner la mesa encima. Entretanto, los bandidos se habían acercado. El ruido de los cascos de sus caballos quedaba en parte ahogado por los disparos que se cambiaban entre ellos y los mineros.

-Siempre lo supuse, Pete-observó Long Tom-. Aquí debemos de tener algún espía que habrá avisado a los Runnison de que su pariente está preso en la cabaña. Ya sospechaba la existencia de un espía. Los demás raids se realizaron cuando muchos de los mineros estaban en Yellowdust buscando oro.

El sheriff inclinó la cabeza para afirmar, porque se le había ocurrido lo mismo en cuanto aquella bala fue a clavarse en la cabeza de gamo.

-Bueno, pues nos esforzaremos en capturar al viejo jaguar-dijo-. Si pudiéramos prender a Anse Runnison...

En aquel momento el cocinero Zane disparó su escopeta a través de la destrozada ventana. Pete se dirigió a ella. La luna se había elevado en el cielo, cubierto de estrellas. Pete oyó un agudo grito de dolor y otras exclamaciones y alaridos. Zane acababa de disparar contra el grupo y, con toda evidencia, hirió a uno.

-Me parece que sirvo algo más que para la cocina, ¿eh?-exclamó, triunfante y mirando a Pete.

Pero el sheriff lo miró ceñudo y le obligó a retirar el arma.

-¡Idiota!-exclamó-. ¿Por qué has hecho eso? Tal vez los Runnison querían solamente asustarnos para que les entregásemos a su pariente.

-Pues yo me figuraba que había cumplido con mi deber-contestó el cocinero, muy alicaído-. Y aun creía que me felicitaría usted. Un Runnison mató a mi amigo Hard-rock Baker. Pues bien, yo deseaba matar a un Runnison para vengarlo.

-Pues no creo que hayas herido a un Runnison-contestó Pete, mientras oía los gritos de dolor-. Cualquiera que sean las faltas de los Runnison, no hay ninguno capaz de chillar de ese modo, después de haber sido herido. Sin duda has dado a un mestizo.

Y, con el ceño fruncido, Pete abrió la puerta y salió para ver mejor lo que ocurría. Los Runnison se habían agrupado entre algunos pinos que había al final del camino de Sinpatch.

Muchos mineros estaban cerca del almacén de Stein. Pete sonrió. Mientras los mineros y los Runnison estaban ocupados, era la mejor oportunidad para sacar a Pike y llevarlo a la cárcel.

En Yellowdust, o sea el pueblo inmediato, había una pequeña cárcel, pero los habitantes de aquel pueblo estarían muy enojados porque Hardrock Baker había gastado allí mucho dinero y contaba con numerosos amigos. Además, el pueblo estaba demasiado cerca, de modo que el mejor sitio para llevar al preso sería la cárcel de la Quebrada del Buitre.

Pete volvió a entrar en la cabaña y, dirigiéndose a su agente, le dijo:

-Oye, Teeny. Ahora es el momento más oportuno para llevar al preso a Gap. Átalo sobre el caballo de «Miserias».

El rostro de Teeny mostró momentáneo disgusto, pues le gustaba la lucha; sin embargo obedeció, pues nunca se negaba a cumplir las órdenes de su jefe.

-Sal cuanto antes, Teeny-añadió Pete-. Convendría que llegases al Paso de la Montaña antes del amanecer.

Luego se volvió a los demás y añadió:

-Vosotros continuad en la cabaña y disparad un tiro de vez en cuando como si, en realidad, estuvieseis guardando el preso. En cuanto salga Pike Runnison, apagad la lámpara. Además, si os es posible, no tiréis a dar.

-Y tú, ¿qué vas a hacer, jefe?-preguntó «Miserias».

-Me figuro que los Runnison no tardarán en extender sus líneas. Me gustaría capturar a uno, para charlar un rato con él. Uno que no fuese un renegado, como el coyote que tenemos en el sótano. Mañana, Teeny, ya te veré en la Quebrada. Ahora tengo mucho que hacer. Voy a ver si engaño a esos Runnison.

El sheriff salió de la cabaña y dió un rodeo para llegar a su caballo. Se proponía marchar hacia el Oeste y, de ser posible, capturar, al viejo Anse Runnison. Aun no sabía a qué atenerse con respecto a ellos y por el momento no se resolvía a considerarlos asesinos.

Desató a Sonny, montó en él y pudo ver, que los atacantes se habían congregado en los pinos situados a cierta altura y hacia el Sur. Según le pareció, ninguno había sido herido, exceptuando el individuo a quien el cocinero metiera un balazo. Los Runnison examinaban el terreno que había alrededor del almacén de Dave Stein; los mineros, en su mayoría, estaban a cubierto y disparaban de vez en cuando.

Pete se dirigió al declive formado por el arroyo. El enemigo no podía verle.

Avanzaba inclinado sobre la silla y al llegar a un grupo de álamos, dirigió allá su caballo para ocultarse. El tiroteo continuaba, pero Pete advirtió que los atacantes no avanzaban. Divisaba algunos fogonazos procedentes de las cercanías del almacén y también de entre los pinos. Oyó voces y amenazas, pero ningún grito procedente de un herido.

El sheriff opinó que el combate entre los mineros y los Runnison se había convertido en una amenaza vana para ambos bandos. Los mineros eran muy malos tiradores y era evidente que los Runnison no fueron allá para matar, sino para asustar a los mineros y rescatar al preso.

Sonrió, diciéndose que no alcanzarían su propósito, porque ya Teeny debía estar en camino hacia la Quebrada con el detenido. El sheriff se dirigió al Oeste y llegó a un lugar en donde había mucha maleza que le ocultaba. Tenía que darse bastante prisa, porque quizá debiera emplear algún tiempo en hacer un buen reconocimiento y no quería que la aurora le sorprendiese.

Puso el caballo al galope y así alcanzó un lugar situado a espalda del enemigo y a mayor altura. Echó pie a tierra, ató el caballo y luego, cautelosamente, se aproximó a los Runnison. Aquel lugar era muy peligroso, porque el tiroteo era cada vez más nutrido y las balas silbaban por doquier, pero Pete decidió aventurarse y, con alguna cautela, siguió avanzando.

Dominando el estampido de los tiros, pudo oír una voz poderosa que daba órdenes.

-Tú, Linck, vuélvete al Oeste. Llévate a tres o cuatro mestizos. Tú, Busch, ataca desde el frente y ten cuidado. Os arrancaré la piel si desobedecéis las órdenes que os di en casa.

Pete se preguntó si tales órdenes habían sido las de matar.

-Tú, Heck-añadió la voz poderosa-, llévate algunos de los hombres y dirígete al Este y lucha como un diablo, y si puedes coger al sinvergüenza que mató al pobre Manuel, mátalo, pero cuida de no equivocarte.

Pete se sintió satisfecho. Tratábase del mestizo que murió a manos del cocinero Zane y no de ningún Runnison. Era muy desagradable que hubiese muerto un hombre, pero Pete seguía creyendo que los Runnison no se mostrarían muy vengativos hasta que hubiese caído uno de ellos. Siguió avanzando al amparo de unas matas con el silencio propio de un indio y, a la vez, prestaba atento oído.

-Tú, Milt, vete con Fletch y con los demás mestizos. Describe un círculo y avanza desde la parte posterior del arroyo Spearfish. A ver si descubres dónde anda el sheriff. Es un hombre muy astuto. Y sus ayudantes tampoco son mancos. Procura tenerlos ocupados y entonces yo intentaré un ataque contra la cabaña para salvar a Pike.

Mientras hablaba aquel hombre, Pete pudo mirar a través de las matas y, un momento después, vio al jefe. Montaba un magnífico semental blanco. Era el hombre a quien Pete buscaba y que se había detenido en una pequeña eminencia para dar órdenes a sus hijos. No podía dudarse de la identidad de aquella magnífica figura. El sheriff tenía ante sí un hombre verdadero, el viejo Anse Runnison. Sus hijos habían empezado a cumplir las órdenes y el sheriff esperó a oír perderse a lo lejos el eco de los cascos de caballo. Dio unos pasos hacia la base del montículo. La luna asomó entre las nubes y entonces pudo ver al jefe de los Runnison.

Sabía muy bien que aquel hombre tenía más de setenta años, pero era gigantesco y parecía tan robusto como un hombre de treinta. Mientras Pete le contemplaba se quitó su sombrero blanco a la moda mejicana, y se secó el sudor de la frente, en tanto que la brisa agitaba sus blancos cabellos.

Pete empuñó el revólver y apuntó a la espalda del gigantesco viejo.

-¡Date preso, Anse Runnison!-gritó-. ¡Manos arriba! ¡Cuidado con los revólveres, pues, de lo contrario, te mato!

El viejo Anse estaba acostumbrado a ordenar, pero no a obedecer. Dió un ronquido de desdén, tiró de las riendas de su semental y, con la rapidez de un rayo, empuñó un revólver con la derecha. Casi inmediatamente disparó tres tiros sucesivos.

CAPÍTULO VI
EL ZAR DEL CLAN

Ya se imaginaba el sheriff que Anse Runnison no se rendiría sin luchar y, por consiguiente, después de darle su orden, saltó hacia la derecha y así sus tiros resultaron inofensivos.

Fácilmente Pete habría podido matar al jefe de los Runnison o por lo menos herirlo, pero le impuso la majestad de aquel hombre y no pensó, siquiera un momento, en disparar contra él. Se levantó de un salto y apuntó al viejo con los dos revólveres. Muchos hombres se habrían considerado perdidos, pero el viejo Anse empuñó un revólver con la izquierda y disparó.

El sheriff advirtió que su enemigo había disparado alto con toda intención.

Luego el viejo clavó las espuelas en los ijares de su caballo y ambos desaparecieron detrás del montículo. Pete echó a correr en busca de su caballo y, en un momento, montó y llevó al animal hacia donde desapareciera su enemigo. Pero al llegar aliado opuesto del montículo, advirtió que el viejo Anse le llevaba mucha ventaja.

El rebelde de cabello blanco se volvió sobre la silla y mostró su puño a «Pistol» Pete. Luego le disparó otro tiro y la bala pasó muy cerca del sheriff.

El hermoso semental avanzaba con gran rapidez y Pete Rice lo contempló admirado, pensando que aquello sería una verdadera carrera.

Buen jinete era el viejo Anse y así lo comprendió Pete Rice.

A veces el viejo patriarca se inclinaba hacia adelante, sosteniéndose en los estribos y dirigía su caballo con la habilidad propia de un jockey. En otros momentos cabalgaba distribuyendo su peso sobre el caballo con la mayor maestría.

Así obtenía toda la velocidad de que era capaz su montura, pero Pete Rice sonrió recordando las condiciones de su propio caballo, que no tenía igual en todo Arizona. Gradualmente disminuyó la distancia entre ambos jinetes.

No tardó en comprenderlo el que montaba en el semental y, volviéndose sobre la silla, disparó de nuevo. Pete sólo oyó el estampido, pero no el silbido de la bala. Era evidente que el viejo no se proponía más que asustarlo o, por lo menos, inducirlo a que acortara la marcha de su caballo.

Desde luego, en el caso de que Pete se acercara demasiado. Antes intentaría herirlo para escapar. Este era el peligro que corría Pete. Pero estaba decidido a capturar a aquel viejo primitivo, con objeto de lograr que le explicase algunas cosas.

El camino se hacía pendiente y, a veces, era sinuoso. Pete sabía a dónde los llevaba. El viejo Runnison intentaba atraerlo hacia Sinpatch. Una vez allí, en unión de sus hambres, capturaría al sheriff y lo retendría como rehén para salvar a Pike.

Pete sonrió de nuevo, pues no tenía la intención de que durase tanto aquella persecución. Sonny aun tenía reservas, y habría llegado la ocasión de dejarle correr en cuanto el camino torciese hacia la derecha. Sonny seguía una de las curvas del camino en el momento en que por ella desaparecía la grupa del semental. Pete habría podido disparar, un tiro para herir al jinete o al animal, pero ambas cosas le parecieron un asesinato.

Anse no disparaba, sino que dedicaba todos sus esfuerzos a huir.

Desapareció en torno de la curva, pero cuando volvió a verlo, Pete había ganado quizá diez metros. En el Este aparecieron los primeros albores del día.

Habíase puesto la luna y las estrellas disminuían de resplandor. En cuanto Sonny dió vuelta a la siguiente curva, el semental blanco no era ya visible.

Pete Rice sabía que el viejo Runnison le hizo tomar, un atajo para llegar a un terreno plano.

Pete imitó su ejemplo y acarició la cuerda que llevaba colgada del pomo de la silla, con el propósito de coger al viejo con el lazo en cuanto estuviese a tiro. El alazán salió a la llanura y entonces apareció el caballo blanco corriendo por su centro. El viejo Anse miró hacia atrás, levantó la mano y, de pronto, se levantó el polvo entre las patas delanteras de Sonny.

Pete lo dirigió a la derecha para impedir que el viejo tomase aquella dirección. Al mismo tiempo contempló el hermoso valle dominado por la Montaña del Trueno, hacia la derecha. Un arroyo seco cruzaba la llanura.

En aquel mismo lugar Pete Rice estuvo a punto de encontrar la muerte cuando un cuatrero se arrojó contra él, después que su caballo quedó inutilizado por haber metido una pata delantera en un agujero de los que suelen abrir las marmotas. Pete conocía palmo a palmo aquel hermoso valle y, por ello, se dirigía a la derecha.

A la izquierda pudo oír el ruido de las marmotas, donde una vez estuvo a punto de morir. Sabía muy bien que los pequeños roedores se metían presurosos en sus madrigueras y al llegar a un espacio libre de éstas, hizo torcer de nuevo su caballo hacia la derecha.

Si Anse tomaba la misma dirección, como tendría que hacerlo para llegar al sendero de Sinpatch, se pondría a tiro y le podría arrojar el lazo. El espacio entre ambos, disminuía por momentos. En cuanto fue escasamente de cincuenta y cinco metros, Pete llevó la mano a la cuerda. Lo que se figuró que podría suceder, no había ocurrido, pero, de pronto, aconteció con la rapidez del rayo.

El semental blanco tropezó al meter la pata en una de las madrigueras de las marmotas, cayó de rodillas y Anse Runnison salió despedido al suelo. Pete se acercó para prenderlo, pero

una vez más Anse demostró que estaba lleno de recursos. Se puso en pie de un salto, empuñó el revólver y gritó a Pete, que ya se acercaba.

-¡Alto, muchacho!

Pete tiró de las riendas de Sonny, mas no intentó empuñar su propio revólver.

-Más valdría que soltase usted esa arma, Runnison-aconsejó, sereno.

-¿Sí?-replicó el viejo, con la mayor energía-. ¡De ningún modo! Si suelto algo será un tiro, que te atravesará de parte a parte.

Pete se echó a reír y, sin empuñar sus propios revólveres, desmontó.

-¡Alto! -repitió Runnison, con el dedo en el gatillo.

-Deje usted su revólver-exclamó Pete-. No lo creo a usted ningún asesino, Anse Runnison. Especialmente cuando yo no he empuñado mis armas. Ahora voy a detenerlo y charlaremos. Usted no disparará. Ya me hago cargo de que todo eso es broma.

-¡Buena broma tendrá si se acerca!-contestó el viejo-. Con mover un poco el dedo, le demostraré que se engaña.

-Y también que es un asesino-replicó Pete-. Y yo apuesto a que eso no es verdad. Por consiguiente, sigo avanzando, Anse Runnison. Es usted muy viejo, pero aun le quedan algunos años de vida. Piense, pues, si quiere vivirlos o no como asesino.

Siguió andando hacia Runnison, mientras éste lo miraba con expresión siniestra.

Parecía dispuesto a oprimir el gatillo, mas, por último, se guardó el arma en la funda.

-Tiene usted razón, muchacho; no soy asesino ni estoy dispuesto a matar a nadie, por lo menos en estas circunstancias. ¿Qué quiere de mí?-preguntó luego.

-Pedirle que regrese conmigo a las Excavaciones del Hombre Muerto. Esta noche ha mandado usted un raid contra aquel lugar. Y es posible que resulten algunos hombres muertos. Si es así se verá acusado de asesinato.

-No creo que haya ningún hombre muerto, aunque tuvimos una baja en nuestro bando. No fuimos a matar, sino a rescatar a nuestro pariente.

-Un asesino.

-No estamos seguros de eso, pero, si es culpable, lo castigaremos.

-Si es culpable, lo castigará la ley-corrigió Pete-. En este Estado no hay ninguna familia más poderosa que la ley.

Los dos hombres se midieron con la mirada. Ambos eran enérgicos, duros y valerosos. En ellos estaba representada la juventud y la ancianidad, militando en bandos opuestos. Pete Rice aborrecía la licencia y el desorden y había dedicado su vida a defender la ley. Anse Runnison se había forjado una ley para sí. Tomaba lo que necesitaba y no lo consideraba delito. Y, sin embargo, era evidente que ambos hombres se admiraban mutuamente.

El rostro de Anse Runnison parecía esculpido en granito, pero el de Pete resultaba tan duro y firme como el de aquél. No tenía ninguna intención de abandonar aquel lugar sin llevarse al viejo.

-Supongo que le habrán dicho a usted muchas mentiras acerca de mi familia... -empezó a decir Anse Runnison.

-El mejor modo de matar una mentira es no hablar de ella-replicó Pete-. Poco me importa el modo de vivir de su familia, a no ser que falten a la ley, pero ahora se vendrá usted conmigo.

-No, muchacho-contestó Anse Runnison, riendo ásperamente-. Bien es verdad que no quise matarle a sangre fría, pero no podrá obligarme a que lo siga sin empuñar el revólver. Pruébelo y veremos qué sucede. Dícese que es muy rápido en empuñar el arma, pero yo tampoco soy torpe. Vamos a verlo.

Pete sonrió, porque no tenía la menor intención de empuñar el revólver. Por muy rápido que fuese Anse, tenía setenta y dos años. No obstante, si Anse se empeñaba en hacer uso del revólver, Pete dispararía a su vez para quitárselo de la mano.

-¿Qué? ¿No hay necesidad de empuñar el revólver?-preguntó el viejo-. ¿Se figura que podrá dominar a un viejo como yo? Ya veo que no conoce a los Runnison.

-Es usted mucho más viejo que yo y tal vez no pueda darle ningún consejo-replicó Pete-, pero sé algunas cosas, y una de ellas es que el trabajo es lo único que hace a un hombre respetable y, según tengo entendido, ustedes, los Runnison, no trabajan.

-Eso del trabajo queda para los mestizos-replicó Anse-. Es cosa de peones. Yo no he trabajado nunca. Habrá oído decir que, de vez en cuando, nos hemos apoderado de una res. Pero antes un caballero no se veía obligado a eso. En otros tiempos-añadió-, un caballero podía vivir como un rey cazando gamos, pavos salvajes y otras piezas. A mí me gusta la carne, que es comida de hombres. Y es verdad que a veces me he apoderado de alguna res, y lo haré así cuantas veces quiera.

-Pues no se apoderará de lo que no es suyo.

Anse Runnison se echó a reír.

-¡Veo que no le preocupa la propiedad ajena!-exclamó Pete.

Luego su mano salió disparada y quitando el sombrero que cubría la cabeza del viejo, lo arrojó al aire.

-Ese sombrero es propiedad de usted. Tal vez ahora le importe este detalle.

-¡Ya lo creo que sí! ¡Es usted un insolente!-exclamó Anse, asestando al mismo tiempo, un puñetazo rapidísimo con su mano derecha.

Dió en la mandíbula de Pete Rice y con la fuerza de un hombre joven, por lo que el sheriff se tambaleó.

-¿Qué le ha parecido?-exclamó Runnison.

Arrojó al suelo los revólveres y se dirigió contra Pete, asestándole varios puñetazos, que éste desviaba, retrocediendo paso a paso, pues aquel viejo no parecía haber, sido debilitado en lo más mínimo por la edad. Sin embargo, Pete pudo advertir que Anse no sabía boxear. A pesar de ello no quiso derribarlo de un puñetazo, por respeto a su edad, sino que se limitó a parar y esquivar los golpes.

Pero al viejo le molestó mucho aquella actitud del sheriff.

-¡Ya te haré luchar!-exclamó. No quiero que tengas en cuenta mis años. Tengo cinco hijos y cada uno de ellos más corpulento que tú, pero aun puedo pegarles una paliza a todos. No hay quien sea capaz de dejarme sin sentido.

Estaba realmente persuadido de ello y siguió atacando, mientras que Pete se limitaba a parar y esquivar. Seguía retirándose-y demasiado tarde comprendió que, al hacerlo, se había aproximado al borde de un barranco que tenía a su espalda. De pronto, vio que Anse Runnison levantaba las manos, ya para salvarlo o para pegarle. Luego perdió pie y cayó hacia atrás, viendo un millón de estrellas cuando su cabeza dio contra una de las rocas del arroyo seco y perdiendo el sentido.

CAPÍTULO VII
EJECUCIÓN

Teeny Butler no perdió el tiempo en dirigirse a la Quebrada del Buitre con Pike Runnison, el cual iba atado al caballo de Hicks «Miserias». Llevaba las manos atadas a la espalda y aun estaba amordazado, de modo que no pudo gritar cuando pasaba a corta distancia de sus parientes.

Así lo habían previsto el sheriff y sus dos compañeros, pues no dudaban de que el preso se aventuraría a avisar a los Runnison aun corriendo el riesgo de que los mineros se enterasen de su salida.

Teeny iba a la derecha de su preso y con la mano izquierda llevaba la brida del caballo. Llevó los dos animales al naco hasta llegar a la tumba que había en la pertenencia de Long Tom Shaw, ya que el ruido del galope de un caballo parecería sospechoso a ambos lados.

Una vez allí puso los animales al trote. Atravesó el puente del río Bonanza y luego el pueblo abandonado de Lucky Mac. Poco después de cruzar el segundo puente del Bonanza, se dirigió al paso montañoso y quitó la mordaza al preso.

-Ahora, Runnison, cabalga precediéndome, pero a buen paso, porque si se enteran los mineros de tu salida, no te arriendo la ganancia.

El preso obedeció sin chistar. Sin embargo, no tenía la menor posibilidad de huir, porque, en primer lugar, se lo impedía lo estrecho del camino y luego el caballo del comisario era más rápido. Cuando la pendiente se hizo más empinada, los caballos viéronse obligados a ir al paso. Entonces Teeny llevó la mano al bolsillo trasero de su pantalón, sacó un frasco de licor y tomó un buen trago.

Él estaba persuadido de que bebía con mucha moderación, desde el día en que no dió en el blanco con su látigo persiguiendo a unos cuatreros, después de haber bebido bastante, pero, sea como fuere, se limpió la boca con el dorso de la mano, guardóse el frasco y siguió vigilando al preso.

De repente, oyó un estampido y una bala fue a aplastarse en la roca inmediata. Teeny empuñó en el acto su revólver y disparó tres veces sucesivas en dirección a donde viera el fogonazo. Le contestaron con tres tiros más y Teeny replicó a su vez. Vació el barrilete y empuñó el segundo revólver.

Mientras tanto el caballo del preso lanzó un relincho de terror, retrocedió, dió media vuelta y echó a correr cuesta abajo. Teeny Butler imitó el ejemplo del primer caballo y emprendió la persecución. No podía permitirse el lujo de seguir cambiando tiros con su enemigo, pues ante todo le interesaba alcanzar a su preso. Así, pues, clavó las espuelas en los ijares de su caballo. No perdió tiempo en gritar a su preso, ni tampoco le disparó ningún tiro de aviso.

Runnison no habría hecho caso. Y Teeny no tenía tampoco el menor deseo de matarlo. Había recibido la orden de llevarlo vivo a la Quebrada del Buitre y estaba decidido a cumplir su misión.

Su caballo se parecía mucho a su amo, tanto en corpulencia como en vigor, y Teeny estaba persuadido de que, antes o después, alcanzaría a Pike, puesto que éste no podía echar pie a tierra, por ir muy bien atado.

El caballo del preso parecía haberse vuelto loco y se metió por un atajo.

Teeny se preguntó la razón, puesto que el animal, propiedad de ”Miserias”, estaba ya habituado a oír disparos. Generalmente, era un animal pacífico, que se conducía muy bien y, por lo tanto Teeny no comprendía que le hubiesen infundido pánico unos disparos que, en otra ocasión, apenas habrían bastado para hacerle enderezar las orejas.

Pero lo positivo era que el caballo estaba loco de miedo, de tal manera, que el de Teeny no pudo aventajar al primero cuando éste llegaba al primer puente del río Bonanza. Entonces, en vez de tomar la derecha y de atravesar el desierto pueblo de Lucky Mac, el caballo tomó una senda diagonal que conducía a Yellowdust.

En el Este empezaban a mostrarse las primeras luces del alba. Teeny oyó disparos, al parecer procedentes de Yellowdust o del valle de Sinpatch, es decir, hacia donde se dirigía el caballo del preso. Teeny se preguntó si el jinete guiaría a su caballo con las rodillas, como hacen los indios. Todos los Runnison eran expertos jinetes y el asesino acaso se proponía meter al comisario en una emboscada.

Pero eso no importaba a Teeny Butler, y tanto si había emboscada como no, estaba decidido a prender a Pike, aunque tuviese que perder la vida.

Amaneció y el sol asomó por los picos del Este, mientras el caballo que llevaba a Pike se desviaba en su camino para dar un rodeo hacia Yellowdust.

De pronto salió volando el sombrero del preso y fue a caer al camino. Teeny lo notó, acercóse a él y pudo ver que en la copa tenía un agujero manchado de sangre. Sin duda el preso había sido alcanzado por alguna bala. Entonces Teeny comprendió la razón de no haber oído el zumbido de los proyectiles.

Era evidente que no habían disparado contra él, sino contra el preso.

En cuanto el camino describió dos ángulos pronunciados, Teeny creyó llegada la ocasión de alcanzar al otro caballo. Obligó al suyo a correr a campo traviesa y, además, lo espoleó para que galopara más aprisa.

En cuanto estuvo más cerca de Pike Runnison, el agente pudo advertir la extraña posición de éste sobre el caballo. Por fin alcanzó al animal, le obligó a detenerse y se convenció de que eran ciertos sus temores. Pike Runnison tenía la cabeza atravesada por un balazo a la altura de la sien. Vió que otra bala le había atravesado el cuello. Y entonces comprendió que el olor de la sangre había enloquecido al caballo, deseoso de librarse de aquel extraño jinete. Teeny profirió una maldición. Había terminado ya su cometido. Pike Runnison no comparecería nunca ante el juez de la Quebrada del Buitre, porque ya se hallaba ante un juez más elevado.

Pero Teeny aun tenía algo que hacer, es decir, encontrar al que había dado muerte a Pike Runnison. ¿Quién podría ser? ¿Acaso uno de los mineros de las Excavaciones del Hombre Muerto o bien uno de los Runnison?

Existía la tradición de que en otro tiempo, un Runnison renegado cometió un asesinato y entonces el viejo Anse lo mató. ¿Sería aquel otro ejemplo de los métodos feudales de los Runnison? ¿Tenían, acaso, el deseo de ejecutar a sus propios renegados, y estarían decididos a que ninguno de su raza muriese ahorcado?

Como en aquel lugar y a causa de los trabajos mineros, abundaban las excavaciones, no tardó Teeny en encontrar una en la cual pudo depositar el cadáver de Pike Runnison. Lo cubrió con ramas cruzadas y cumplido este deber ató el caballo de modo que pudiera pacer libremente y encontrar agua que beber; le quitó la brida y la colgó en el pomo de su propia silla.

Proponíase perseguir al matador de Pike Runnison. Había perdido un asesino, pero estaba decidido a encontrar otro. Desde el valle de Sinpatch, llegaron dos rápidos tiros. Teeny se quedó inmóvil, recordando que Pete Rice había salido con el deseo de capturar a Anse Runnison. Este no se dejaría prender sin lucha. ¿Acaso aquellos tiros fueron disparados por el viejo contra Pete? ¿Habrían herido a este último?

Unos segundos después, Teeny había montado a caballo y galopaba a rienda suelta hacia el valle de Sinpatch. Cuando llegó él, desde una dirección opuesta a la que siguiera Pete Rice, pudo ver a un hombre gigantesco y ya anciano, que subía por el cauce del arroyo seco. Llevaba en la mano un sombrero y corrió en busca del blanco semental. Teeny espoleó a su caballo.

El viejo montó, pero el animal cojeaba y Teeny, que conocía muy bien el valle de Sinpatch, adivinó que habría metido una pata en uno de aquellos agujeros hechos por las marmotas.

Vio cómo el viejo saltaba del garañón y montaba en otro caballo que estaba al lado. Los ojos de Teeny miraron asombrados. Este otro caballo era un precioso alazán con una estrella blanca en la frente. Era Sonny el caballo del sheriff Pete Rice. ¿Entonces Pete debía estar cerca? Pero, ¿dónde?

Cuando Teeny, como un relámpago apareció en el lecho del arroyuelo, supo lo que había pasado. Había visto al viejo subir por el cauce del arroyo y tendido en él aparecía el cuerpo del sheriff Pete Rice.

CAPÍTULO VIII
EL COMISARIO DE CUATRO PATAS

Apretando sus dientes con una rabia inútil, Teeny Butler descargó por segunda vez sus 45 en la dirección del gigantesco viejo. Sabía que probablemente estaba fuera de tiro, pero de todas maneras tenía que hacer algo.

En su mente se agitaban los pensamientos, dando vueltas y afluyendo atropelladamente a su cerebro como las turbulentas aguas del serpenteante río Bonanza. No obstante, uno se destacaba como la cumbre de una montaña.

El que montaba a Sonny había matado a su jefe, «Pistol» Pete Rice. El infierno podía helarse y la montaña hundirse en el suelo, pero Teeny Butler no pararía hasta llevar a Anse Runnison a galeras.

Sabía que el jinete del sombrero mejicano era Anse Runnison, jefe de la tribu de la montaña. Pete había salido para capturar a este viejo caudillo. Y éste había hecho tablas. Pete tenia la idea de no tirar. Evidentemente este viejo asesino no había sido tan clemente.

Teeny animó a su caballo. Todavía estaba a bastante distancia, pero Sonny era un juguete en sus manos. Sonny saltaba y brincaba. El viejo era un consumado caballista. Teeny pudo verlo claramente. Tenía la esperanza de que el alazán de Pete desmontara a este extraño jinete y Sonny hacía todos los esfuerzos posibles, pero el torvo viejo se sostenía.

Sin embargo, Sonny se resistía lo más posible. No sin razón, Pete Rice lo había llamado muchas veces su comisario de cuatro patas, pues gracias a la inteligencia y al vigor de su caballo, el sheriff pudo salir con bien de muchas peligrosas empresas. Mientras Teeny se dirigía allá, murmuraba palabras de aliento para Sonny, animándolo a resistirse, y aunque, desde luego, el animal no podía oírlo, hacía cuanto sabía.

Teeny llegó, por fin, a una distancia que ya le permitía disparar contra el viejo. Llevó una mano a la cartuchera, cargó los revólveres, y empuñando uno, disparó. El sombrero del viejo salió volando, pero Anse lo cogió y se lo encasquetó otra vez.

Vió luego a Teeny aproximándose como una tromba y también empuñó el revólver, disparando rápidamente tres tiros sucesivos, pero de nuevo tuvo que ocuparse en dominar a Sonny.

Los tres tiros se perdieron, inofensivos. Mas aun siendo de otro modo, Teeny habría seguido avanzando. Sólo un balazo en la cabeza o en el corazón habría sido capaz de detenerlo. Se creía capaz de matar al viejo asesino.

Enfundó sus dos revólveres y llevó la mano a la cuerda que llevaba en el pomo de la silla. Cogería con el lazo a aquella vieja hiena y la llevaría a la horca. Hecho eso consideraría cumplido su deber y abandonaría el oficio, porque ya la vida no le parecería igual después de la muerte de su jefe.

Anse Runnison se consideraba sin duda más fuerte que la ley, pero Teeny Butler le daría una lección.

Vió cómo el viejo levantaba el látigo, disponiéndose a golpear la cabeza del caballo. Nadie había sido capaz de hacer tal cosa sin verse despedido, pero Anse pegó. Sonny enloqueció de furor y Teeny estuvo ya seguro de prender al viejo. Empuñó la cuerda, diciéndose que tal vez no la necesitaría, porque Sonny se encargaría de derribar a Runnison.

Pero éste se inclinó hacia adelante cuando el caballo levantó sus patas delanteras y se inclinó hacia atrás cuando el alazán levantó las patas traseras para derribar al jinete. En otras circunstancias, Teeny habría admirado aquella habilidad ecuestre, pero entonces le invadió el

furor, y el lazo giró sobre su cabeza. El viejo Anse miró hacia atrás. Teeny vió el movimiento en cuanto las espuelas se clavaron en los ijares de Sonny.

Entonces el alazán adoptó una nueva táctica. Empezó a galopar por el valle, de modo que la cuerda de Teeny no alcanzó al jinete, el cual se volvió dirigiendo al comisario un saludo irónico. Entonces Teeny hizo galopar a su caballo hacia la izquierda, para cortar la retirada de Sonny hacia Sinpatch, y si Runnison trataba de pasar por allí, Teeny lo derribaría al suelo.

Anse Runnison debió de adivinar el propósito del comisario. Hizo describir un ancho círculo al alazán, mientras Teeny recogía la cuerda y la volvía a lanzar, pero también el tiro fue corto, porque Sonny se dirigía a Yellowdust.

Siguió aquel camino por espacio de un centenar de metros, y de repente, se paró en seco, como si hubiese echado raíces en el suelo. Muchos jinetes habrían salido despedidos por las orejas, pero el viejo Anse quedó a caballo y golpeó al animal con su látigo al notar que saltaba en todas direcciones y arqueaba el lomo con el propósito de arrojarlo al suelo.

Teeny volvió a lanzar el lazo, pero también sin fruto. Anse clavó las espuelas en el caballo y le obligó a atravesar el valle a galope. Parecía haber domado al rebelde animal y volviéndose de nuevo a Teeny le hizo otro saludo irónico.

El comisario recogió la cuerda y la arrolló, comprendiendo la dificultad de capturar a aquel hombre. Su propio caballo era muy rápido, pero Sonny no tenía rival en el condado. En fin, no habría más remedio que dar una carrera de resistencia. El caballo que montaba Teeny era muy vigoroso, y por lo tanto, no dudó de que, aun en el caso de que perdiera de vista a Sonny, su montura sería capaz de seguirlo sin desmayo.

Teeny observó que el viejo no tenía el propósito de dirigirse a Yellowdust, sino que hacía marchar su caballo entre ese pueblo y uno de los puentes del Bonanza. Quizá se proponía cruzar el río por este último. Eso era muy favorable, porque entonces se hallaría aún en el condado de Trinchera, pero en el caso de que atravesara sus límites, no por eso Teeny dejaría de perseguirlo.

El viejo Anse se dirigió hacia el abandonado pueblo de Lucky Mac, llegó a la orilla del río y siguió galopando por el lado correspondiente al condado de Gila. Tal vez se dirigía a la región selvosa del Sur, donde muchos forajidos habían encontrado refugio.

Sonny parecía ya mucho más tratable y marchaba casi tan satisfecho como si lo hubiera montado su propio amo. Teeny lo perdió de vista cuando se interpusieron algunos árboles, pero luego le volvió a descubrir cuando galopaba cerca de la pendiente de la orilla del río. El animal había ganado terreno y, por lo tanto, la persecución sería muy dura.

De pronto Sonny inclinó la cabeza y levantó las patas traseras. Teeny pudo ver que Anse se disponía a pegarle con el látigo. Pero Sonny saltó y no hacia adelante, sino que se metió en el espumoso río. El comisario de cuatro patas de Pete Rice había hecho cuanto podía para perder a su jinete.

Cuando Teeny Butler llegó al punto desde el cual el alazán se arrojó al río, vió que el caballo se había librado ya de su jinete. Luego se dirigió a nado a la más próxima orilla y se esforzaba en asentar sus cascos sobre la fangosa pendiente. Teeny cogió su brida, lo ayudó, y, por fin, en cuanto el animal estuvo ya en tierra firme, se sacudió como un perro; hecho esto y con los ollares inflamados, echó a correr hacia el valle de Sinpatch.

En la tumultuosa corriente del río, el viejo Anse luchaba por su vida. De su sien salía un hilillo de sangre que le había manchado la cabeza y la barba.

Había recibido un fuerte golpe contra una roca, sin embargo, miró girado al comisario cuando lo vió en la orilla. Teeny fue en busca de su cuerda y la arrojó hacia el viejo, que estaba agarrado a una roca, mientras las aguas hervían a su alrededor.

-¡Coja usted ese lazo!-gritó Teeny-. Páselo por debajo de sus brazos.

-¡Vete al demonio!-contestó el viejo-. No quiero nada de ti.

Teeny, al observar que el viejo estaba derrengado, no perdió tiempo.

Rápidamente se metió en el agua y entonces Anse soltó la roca y trató de dirigirse a la orilla, pero la corriente lo arrastró. Lo mismo le sucedió a Teeny Butler, pero éste era joven, tenía la fuerza de tres hombres y estaba relativamente descansado. Vió que luz traidora corriente se llevaba al vieja Anse hacia la orilla desde la cual se echara Sonny al agua. Con poderosas brazadas tomó aquella dirección y agarró un pie del viejo cuando éste empezaba a encaramarse por la orilla. Anse quiso librarse del comisario, pero éste no lo soltó. Luego el viejo le dió un puntapié y en vista de que no podía desprenderse de Teeny le asestó un par de puñetazos, mas el comisario no hizo caso de ellos y agarró al viejo por el cuerpo.

Cuando ya empezaba a dominarlo, oyó a su espalda ruido de caballos y el viejo profirió una carcajada triunfante. Teeny, sin soltarlo, miró hacia atrás y vió a cinco jinetes que, al parecer, procedían del valle de Sinpatch. Entonces comprendió la razón de la risa del viejo Anse. Aquel día Teeny Butler tenía mala suerte. Los jinetes debían de ser los malvados Runnison.

Llegaron al lado de Teeny antes de que éste pudiera dominar por completo al viejo. Echaron pie a tierra y se dirigieron rápidamente a él. Uno dio un ronquido de furor mientras trataba de desprender a Teeny del viejo Anse. El comisario se volvió y lo derribó, pero aun quedaban cuatro. Dos de ellos eran hombres poco corpulentos, sin duda; mestizos; los otros dos eran vigorosos y de anchos hombros. Teeny se volvió a uno de ellos, pero éste no se apeó.

En cambio, se puso en pie el que antes derribara Teeny y lo atacó por la espalda. Los otros dos se aproximaron como lobos sobre un gamo herido.

Uno de los mestizos dió un puntapié en las canillas al comisario, el cual levantó uno de sus pies, dando un gruñido de dolor. Luego los cuatro lo derribaron al suelo.

Uno de los mestizos se dirigió a un caballo, tomó una cuerda y arrojó el lazo que fue a caer, sobre los anchos hombros de Teeny. Luego dió un tirón cruel.

Y en cuanto estuvieron sujetos los brazos del comisario, los otros tres se sentaron sobre sus piernas. De un puntapié, Teeny arrojó a uno, a cierta distancia, pero no tardó en ver sus pies perfectamente atados. Un individuo de rostro cruel y cabello ya gris en las sienes, sacó unas cuerdas finas del bolsillo y acabó de atar muy bien al comisario, mientras el viejo Anse lo miraba muy alegre.

-Atadlo bien, Busch.

Al parecer, no había notado la presencia de los dos mestizos y se volvió a los dos gigantes, diciendo:

-¡Hola, Linck y Heck! Siento mucho que hayáis venido; de otro modo yo sólo me habría encargado de ese tuno-añadió, vanidoso. Luego guiñó los ojos y preguntó-: ¿No has sido capaz de apoderarte de Pike?

El individuo llamado Busch acabó de atar al preso y luego movió la cabeza.

-No. Hemos cumplido tus órdenes, padre. Al ver que habías desaparecido te seguimos hacia el valle de Sinpatch y luego hemos venido aquí para darte cuenta de lo de Pike.

-¿Qué es eso?-preguntó el viejo.

Los dos gigantes miraron a Busch.

Todos tenían los ojos de color de pizarra, Busch y Heck eran tan corpulentos y gigantescos como su padre, Link tenía una pulgada menos de estatura. Sin embargo, todos ellos poseían la nariz de halcón del viejo Anse.

-Hicimos cuanto nos fue posible, padre-contestó Busch en tono de disculpa-, pero, sacaron a Pike de la cabaña. Ese hombre-añadió señalando a Teeny-, se lo llevó hacia la Quebrada del Buitre.

Entonces Teeny comprendió que tuvo razón Long Tom Shaw al afirmar que había un espía en las Excavaciones del Hombre Muerto. El viejo Anse miró a Teeny y, astutamente, observó:

-No habrías tenido tiempo de llevarlo a la Quebrada del Buitre. Sin duda lo metiste en la cárcel de Yellowdust. En fin, ya hundiremos la puerta de la prisión.

-Pronto estará usted en una cárcel cuyas puertas no podrán abrir, ¡maldito asesino! Ha matado a Pete Rice, mi compañero y amigo. Y usted y su raza maldita serán ahorcados.

Busch Runnison avanzó dando un gruñido y con la mano levantada.

-¡Alto, Busch!-ordenó el viejo-. ¡Alto, te digo!.- Y volviéndose a Teeny se preguntó-: De modo que soy asesino, ¿eh? Pues mira, aun no ha muerto ningún Runnison en la horca.

Teeny sintió entonces el deseo de herir al viejo en sus sentimientos.

-Nunca os apoderaréis de Pike Runnison-exclamó-, porque algún amigo de Hard-rock Backer lo mató de un tiro de rifle. O quizá-añadió-, lo habéis hecho uno de vosotros, porque todos sois iguales: unos asesinos.

Si los Runnison representaban una comedia, fuerza es decir que lo hacían a la perfección. Teeny se creyó perdido al verse en poder de los Runnison, pero decidió resistir cuanto pudiera. Y aun se permitió el lujo de despertar su cólera, dándole toda suerte de detalles acerca de lo ocurrido a Pike. Mas al parecer a ninguno de ellos les interesó gran cosa la muerte de su pariente.

-Bueno, me alegro de que le hayan pegado un tiro y de que así se librara de morir ahorcado-exclamó el viejo-. Ninguno de nosotros ha muerto en la horca y enterraremos a Pike en nuestro cementerio. Desde luego, yo no le quería mucho, pero al fin y al cabo era un Runnison. Tampoco estoy persuadido de que quisiera matar a ese Baker. Pike tenía malos compañeros, quería abrirse paso y así ocurrió la cosa. ¿Dónde está su cadáver?

-¡Búsquelo, maldito asesino!-exclamó Teeny.

De nuevo Busch quiso lanzarse hacia él, pero el ruido de los cascos de un caballo lo obligó a volverse. Teeny vio a otro jinete gigantesco que montaba magnífico caballo tordo y que procedía del valle de Sinpatch. El jinete echó pie a tierra y entonces se vió que era el más corpulento de todos, excepción hecha de Teeny y también tenia los mismos ojos de color de pizarra de sus parientes. En aquellos ojos había una mirada asesina, al fijarse en Teeny.

-¡Hola, Milt!-exclamó Anse.

Pero el recién llegado no contestó. Movió la cabeza y carraspeó, cosa que pareció muy significativa a Anse Runnison.

-¿Dónde está Fletch?-preguntó secamente-. Iba contigo, Milt.

Milt Runnison miró a su padre y murmuró:

-Fletch... ha muerto.

El rostro de Busch Runnison se nubló en tanto Milt tenía los ojos centelleantes. Los otros dos hijos dirigían a su padre una mirada interrogadora. Anse se sentó a la orilla de la corriente. Parecía estar envejecido. Se encorvó un tanto su cuerpo, pero luego se puse en pie, tan majestuoso y dominante como siempre.

-Murió luchando, ¿verdad?-preguntó.

-¡OH, sí, padre!-contestó Milt-. Pero en cuanto él murió terminó la lucha. Volvíamos en tu busca, padre. Esto ocurrió antes del amanecer. Alguien disparó un rifle desde unos álamos y Fletch cayó del caballo... muerto.

Hubo un momento de silencio y Teeny Butler se preguntó si el gordo cocinero Zane habría hecho también aquella víctima.

-¿Dónde está el cadáver de Fletch?-preguntó el viejo Anse.

-Envié a “Fang” Lassiter y algunos mestizos a Sinpatch con el cadáver- contestó Milt, temblándole un poco la voz-. Ahora me alegro de que la madre haya muerto-añadió.

Teeny díjose que tal vez era el más compasivo de los Runnison. Tales eran las primeras palabras compasivas que había oído en labios de cualquiera de ellos.

-Apostaría cualquier cosa a que en eso han intervenido los Dirk-observó Heck.

-¡Malditas sean! Los echamos del Tennessee-exclamó Busch, con ojos centelleantes-. Y ahora los expulsaremos de Arizona hasta que lleguen al infierno, que es el lugar apropiado para ellos. ¡Malditos sean!

Teeny Butler recordó la tradición de la enemistad que existía entre los Runnison y los Dirk. Ambas familias procedían del Tennessee, pero también las dos vivían en Arizona y los numerosos Dirk estaban diseminados en los condados de Gila y de Trinchera. Por una vez, el viejo Anse no se fijó en la indisciplina de que dio muestras su hijo mayor. Estaba muy pensativo.

-Los enterraremos a los dos en el cementerio de los Runnison-dijo-. Pero separados. Prefiero que Fletch haya muerto luchando a pesar que Pike haya sido un asesino-se volvió hacia Teeny Butler y le preguntó de nuevo-: ¿Dónde enterraste el cadáver de Pike?

-El condado ya cuidará de sus asesinos, muertos o vivos-contestó Teeny.

-Los Runnison queremos a nuestros muertos-replicó Anse.

-Pues por, mí no sabrá usted dónde está enterrado.

-¡OH, sí!-exclamó Anse Runnison.

-¡De ninguna manera! Los buharros tal vez lo encuentren y aun quizá los coyotes, pero usted no.

El viejo Anse lo miró airado un instante y luego se alejó llamando a sus hijos, con quienes conferenció en voz baja. Y Teeny sólo pudo oír las palabras: “El semental sabrá llegar a casa”.

Hubo alguna discusión y el viejo volvió al lado de Teeny; diciéndole

-Aun te queda una oportunidad para decirnos dónde está enterrado el cadáver.

-Pues no lo diré-rugió Teeny.

-Montad a ese idiota en su caballo-ordenó Anse a sus hijos.

Teeny fue atado a la silla de su montura y todos los demás montaron a su vez. Uno de los caballos llevaba doble carga, es decir, el viejo Anse y el diminuto mestizo. La cabalgata siguió la orilla del río, cruzó el puente y continuó hasta la cortadura que había en la montaña hasta la Quebrada del Buitre.

Teeny estaba muy extrañado al notar que sus aprehensores lo llevaban lejos de Sinpatch.

CAPÍTULO IX
PETE RICE SIGUE UNA PISTA EQUIVOCADA

Pete Rice soñaba en su madre confusamente. Se figuraba estar en su propia cama y en su casa de la Quebrada del Buitre. Le dolía mucho la cabeza y su madre posaba la mano en su cálida frente. Fuera había una tempestad de truenos que Pete oía perfectamente. Y en su sueño aparecía, con frecuencia el viejo Anse Runnison. Pete giró sobre sí y abrió los ojos viéndose tendido en el seco cauce del arroyo, con su caballo Sonny acariciándole el rostro con el hocico. Entonces Pete se sentó.

-¡Caramba!-exclamó-. Mira, Sonny, me figuraba estar en la Quebrada del Buitre.

Le dolía mucho la cabeza, y en el cráneo tenía un chichón enorme. Se puso en pie, con alguna inseguridad, se frotó la cabeza, y entonces recordó la lucha sostenida con el viejo Anse, preguntándose por qué no le habría pegado un tiro mientras estaba sin sentido. Sin duda, pasó largo rato en aquel estado.

Además, no veía al viejo Anse ni a su caballo blanco.

Sus pensamientos se fijaron de nuevo en su confuso sueño. Lo que creyó la mano de su madre era el hocico de Sonny. ¿Y los truenos? Acaso hubo tiros en el valle y los confundió con aquel fenómeno meteorológico.

Examinó a Sonny y vio que su pelaje, habitualmente brillante y bien cuidado, estaba mojado. También observó los latigazos que habían dejado huella en sus flancos. Sin duda habría ocurrido algo que él ignoraba. Entonces examinó el suelo y advirtió que por allí habían pasado varios caballos. La señal de las herraduras indicaba que habían tomado la dirección de Yellowdust. Aquellas huellas significaban, desde luego, algo desacostumbrado, y Pete Rice, decidido a seguirlas, montó a caballo.

El sendero corría entre Yellowdust luego se dirigía a la orilla del río, perteneciente al condado de Gila. Había señales de que varios jinetes se detuvieron a la orilla del río, pero luego las huellas continuaban hacia el Sur.

Pete las siguió a través del puente y por la cortadura que conducía a la Quebrada del Buitre. En la parte rocosa del sendero, las huellas eran ya muy débiles v por fin se borraron del todo.

Pete reflexionó. En las Excavaciones del Hombre Muerto todo parecía tranquilo, y si ocurría algo, allí estaba «Miserias». Y como el sheriff se encontraba ya casi a la mitad del camino de la Quebrada del Buitre, decidió ir allá.

Sin duda, Pike Runnison al cuidado de Teeny, habría llegado ya a la cárcel, y entonces recordó su obligación de llevar al asesino ante un magistrado lo antes posible. Hizo marchar a Sonny al paso por la empinada cuesta y, una vez en lo alto, le obligó a emprender el galope hacia la Quebrada del Buitre.

Pete siguió un camino diagonal que le alejaba de su casa y del centro de la Quebrada. Sus ojos grises tenían un centelleo suave. El sueño que tuvo le infundió el deseo de ver de nuevo a su madre y se dijo que aun habría de esperar muchas horas, pues antes tendría que llevar al preso a presencia del juez.

Siguió cuesta abajo y se detuvo ante una casita limpia y modesta, hacia la cual llevaba un sendero limitado por flores. Su anciana madre lo vio desde la ventana y se apresuró a salir a su encuentro, en extremo satisfecha.

-¡Pete!-exclamó.

El sheriff echó pie a tierra, besó a su madre y, cogiéndola por la cintura, se dirigieron a la casa. Colgó el sombrero y se situó de espaldas a la pared para que su madre no pudiese descubrir el chichón que tenía en la cabeza. Pero no lo consiguió, porque la buena mujer se quedó muy preocupada al verlo.

-No es nada, mamá. Un chichón producido por una caída.- Y luego, para tranquilizarla, añadió-: ¿No hay nada de comer?

La madre se apresuró a preparar una colación, y Pete, mientras tanto, preparó dos cubiertos. Comieron, porque Pete tenía mucha hambre, y de pronto la madre preguntó:

-¿Ha habido algo desagradable en las Excavaciones del Hombre Muerto, Pete?

-Sí, un poco de jaleo-contestó el sheriff, que siempre procuraba ocultar las malas noticias-. Pero ya ves que estoy sano y salvo. Al parecer, uno de esos Runnison estaba haciendo el tonto por allí.

-Ya he oído hablar de ellos-contestó la señora Rice-, y sé que están muy orgullosos de su propia familia. Es una buena cualidad.

-Hasta cierto punto-contestó Pete-. Por mi parte, prefiero deber mi buen nombre a mis propias acciones.

-¿Has visto alguna vez al viejo Anse?-preguntó la señora Rice.

-Lo he visto hoy-contestó Pete, aunque sin dar detalles del encuentro-. Puede afirmarse que es un hombre notable y que goza de cierta fama. Además, el viejo Anse ha hecho cosas. No se puede negar.

En el pequeño soportal hubo ruido de pasos y Pete levantó la cabeza, viendo a Sam Hollis, propietario del almacén de provisiones de la Quebrada del Buitre.

-¡Hola, Pete!-exclamó-. Al pasar, he visto tu caballo y me he detenido.

-Entre, señor Hollis-dijo la señora Rice-. Si quiere tomar una taza de café...

-No pueda entretenerme. Gracias-contestó Sam, cruzando el umbral para saludar a Pete-. Precisamente, me preguntaba dónde estaría Hicks «Miserias»-dijo a Hollis al sheriff-. Mañana, como ya sabes, se casa Curly Fenton y quiere cortarse el pelo. Y no consiente que nadie se lo toque más que «Miserias».

-Pues lo siento mucho por Curly-contestó Pete, sonriendo-. No por su boda, sino porque «Miserias» tardará unos días. Toma una taza de café, Sam.

-No. Sólo quería preguntar por «Miserias»; ya estuve en la oficina y en la cárcel. De haber visto a Teeny Butler le hubiese preguntado dónde estaba Hicks. Pero como Teeny tampoco ha vuelto...

Pete Rice se puso en pie, muy asombrado; cogió el sombrero, dió un beso a su madre y exclamó:

-Adiós, mamá. No tengas ningún cuidado. He de marcharme. Quiero averiguar por qué no ha vuelto Teeny, pues debía estar, que regreso antes que yo.

Y se dirigió adonde estaba Sonny.

-Ten cuidado, Pete-le recomendó su madre.

Este saludó sonriendo y se alejó rápidamente hacia la cárcel de la Quebrada.

Quince minutos después, Pete Rice recorría todos los establecimientos públicos de la población. Estaba lleno de ansiedad y de preocupación. Había infinidad de razones para que Teeny Butler hubiese llegado a la población en compañía de su preso. Y Pete empezó a preguntarse si el viejo Anse Runnison se habría encargado de él mismo mientras los demás Runnison perseguían a Teeny.

Por fin encontró al objeto de su búsqueda en una habitación trasera del Saloon de los Vaqueros. El hombre a quien buscaba, Hopi Joe, era considerado como el mejor seguidor de pistas de todo el Sudoeste. El indio llevaba una redecilla roja alrededor de su negro cabello bastante largo, y calzaba mocasines. Sin embargo, conocía muchas de las cosas de los hombres blancos. Y, precisamente entonces, estaba entregado al juego.

-Hola, Pete-dijo al levantar la mirada-. Acabo de ganar tres partidas a Curly Fenton, que se casa mañana. Y le he propuesto más para esta noche. Porque en cuanto se haya casado ya no volverá a jugar.

-Pues mira, Joe-replicó el sheriff-, esta noche no jugarás, porque tú y yo vamos a salir ahora mismo siguiendo una pista.

El indio asintió, pues era un admirador de Pete Rice y además éste le pagaba bien. Salieron ambos, decididos a encontrar a Teeny Butler, aunque para ello hubiesen de emplear semanas. Pete Rice estaba muy preocupado ante la posibilidad de descubrir algo desagradable. Los Runnison tenían muy mala fama y eran capaces de cualquier costa con objeto de libertar, a su pariente.

Además, Pete Rice estaba persuadido de que Teeny Butler lucharía hasta la muerte para no dejarse quitar el preso. Del rostro del sheriff había desaparecido ya la expresión del contento que tuvo al llegar a casa de su madre.

CAPÍTULO X
LA PISTA DEL OSO GRIS

El sheriff Pete Rice estaba persuadido de que siempre alcanza la victoria la perseverancia. Además, en todas sus investigaciones era muy minucioso, de modo que empezó por el principio. Condujo a Hopi Joe al pueblo abandonado de Lucky Mac, en donde podían encontrar las huellas de Teeny Butler, cuando pasó la noche anterior con su preso.

Eran inconfundibles las huellas del caballo gigantesco de Teeny. Además, las otras más diminutas del caballo de «Miserias», demostraron que aquél iba a la derecha de su preso cuando atravesó el desierto pueblo.

En la cortadura de la montaña, la pista se hizo más débil, pero Hopi Joe la distinguió claramente. Al llegar un punto en que el suelo era rocoso, el indio echó pie a tierra y, después de examinar el suelo, movió la cabeza.

-Aquí se han vueltos atrás-dijo.

Pete examinaba también aquel lugar y vió en un lado una mancha rojiza.

-Sangre-murmuró-. Vamos a ver si hay más, Joe.

En toda la pendiente, a intervalos irregulares, encontraron otras manchas semejantes; por fin, la pista dió un rodeo hacia Yellowdust. Pete observó una huella muy grande en el camino, que podía ser de Teeny, pero no estaba seguro, porque luego la pisó un caballo. Algunos metros más allá vió un hoyo hecho por un minero y cubierto de ramas.

-Vamos a ver qué hay en ese agujero, Joe-dijo mientras el corazón le palpitaba con fuerza ante la sospecha de que Teeny hubiera sido asesinado y enterrado en aquel lugar.

Hopi Joe se apresuró a quitar las ramas y, como ya oscurecía, Pete encendió un fósforo y se quedó muy asombrada, porque, a su luz, pudo ver el desfigurado y ensangrentado rostro de Pike Runnison.

Pete Rice volvió a cubrir el cadáver con las ramas. ¿Quién habría matado a Pike Runnison? La pista seguida en la montaña ya tenía significado para el sheriff. Alguien, al amparo de una roca, disparó contra Runnison por la espalda. Teeny, ignorando que su preso estuviese muerto, persiguió al caballo que lo llevaba y, probablemente, Teeny en persona enterró allí el cadáver.

Pero, ¿por qué no lo llevó a las Excavaciones del Hombre Muerto? Largas horas emplearon los dos hombres en seguir las huellas del caballo de Teeny hasta el valle de Sinpatch y luego de allí en otra dirección. Pudieron advertir que las señales de los cascos del caballo de Teeny se confundían con las de otras monturas, de modo que su trabajo se hacía mucho más difícil. Pero Hopi Joe era indio y «Pistol» Pete Rice estaba muy decidido a llegar al final.

Volvieron a pasar por la cortadura y unas cuatro millas por encima del puente, Hopi Joe examinó algunas rocas que había a un lado del sendero.

-Muchos hombres vigorosos levantaron esa enorme roca o la hicieron rodar-dijo-. Luego retrocedieron.

Desapareció entre dos de las rocas y a los pocos minutos regresó, diciendo:

-Los indios viejos hablan de esa senda. Es secreta. Rodea la Montaña del Trueno. Va a Sinpatch.

-Buen trabajo, Joe-exclamó Pete-. Ello significa que los Runnison se han apoderado de Teeny muerto o vivo. Sé el modo de llegar a Sinpatch sin ir por el sendero acostumbrado que, sin duda, está guardado. Tú regresa a la Quebrada del Buitre. Te pagaré mañana... Y si no, espera.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda de oro.

-Vale más que pague ahora-dijo.

Y no añadió que lo hacía porque tal vez no volviese nunca de Sinpatch, si los Runnison merecían su fama. Hacia medianoche, Peto Rice llegó a la parte superior de la senda tortuosa que conducía a la Montaña del Trueno y lo llevaba de nuevo a Sinpatch. Creía que, antes o después, encontraría las huellas de los Runnison. El sendero que seguía era muy solitario.

Hizo galopar a Sonny al pasar por delante de una mina abandonada que se hallaba en el condado de Trinchera y Pete recordó que aquella pertenencia había sido registrada el año pasado con el nombre de “La caña de pescar”. A juzgar por las apariencias, allí se había encontrado poco oro. Aun existía el pozo y el torniquete y algunas herramientas oxidadas.

Pete cruzó el arroyo en dirección a Sinpatch. Recorrió una milla, y al doblar una curva detuvo en seco su caballo, pues vio el resplandor de la hoguera de un campamento. Este se hallaba al pie de una roca muy alta y a poca distancia vio dos faroles que alguien llevaba en la mano de un lado a otro.

Pete describió un círculo hasta llegar a la parte superior de la roca y allí, tendido en el suelo, pudo contemplar la escena, sin ser descubierto. Su corazón palpitó con fuerza al ver a un hombre que se hallaba dentro del círculo de luz de la hoguera. Casi a sus pies había un individuo muy corpulento y bien atado: era Teeny Butler.

Pete, entonces, se fijó en los faroles que se hallaban a pocos metros de distancia, y a su luz le fue posible ver algunas piedras separadas regularmente entre sí. No tenía idea Pete de lo que podrían ser aquellas piedras hasta que, observando cuidadosamente, vio cinco hombres muy corpulentos que se dirigían hacia la hoguera. Dos de ellos llevaban faroles y, en uno, reconoció a Anse Runnison, cargado con una pala.

Entonces comprendió Pete el significado de aquellas piedras. Eran losas sepulcrales, y el viejo Anse había estado excavando una fosa.

¿Acaso se proponían los Runnison enterrar allí a Teeny Butler? Pete agarró el revólver resuelto a impedirlo, pero, de pronto, se fijó en que el viejo se descubría e inclinaba la cabeza. Imitáronlo los cuatro gigantes que había tras él y luego la voz de Anse se elevó, pronunciando una oración.

Pete estaba, extrañadísimo; había oído decir que el viejo Anse tenía cinco hijos y, con toda evidencia, aquellos gigantes eran cuatro de ellos. ¿Y el quinto? ¿Murió, acaso, en el combate de las Excavaciones del Hombre Muerto? ¿Acababa de enterrarlo el viejo Anse?

Al oír la oración, Pete se descubrió. Pocos momentos después, oyó que los cinco hombres terminaban la oración con la palabra «Amén». De nuevo resonó la voz de Anse.

-Esta noche dormiremos cerca de la tumba de nuestro pariente. Tú velarás un rato, Florez. El sendero principal está guardado y no creo que nadie conozca el de la parte posterior, pero más vale vigilar un rato.

Pete Rice observó que Teeny estaba tendido de cara para evitar toda posibilidad de fuga. Y tenía las manos atadas a la espalda. Le era imposible intentar siquiera una lucha contra aquellos hombres, a no ser que los cogiera de sorpresa. Pero se fijó muy bien en la posición en que se hallaba Teeny, mientras una idea asomaba a su mente y, poco a poco, se apoderaba de ella.

Con el silencio propio de un indio retrocedió hasta el lugar donde dejara a Sonny. Por espacio de unos cien metros llevó al caballo de la brida y luego montó y emprendió el galope hacia la mina abandonada.

La noche era muy oscura. Llegado a su destino, encendió una cerilla y buscó entre las oxidadas herramientas. Pudo encontrar una delgada barra de acero sin templar y que, por lo tanto, podía doblarse. Metió un extremo en la fisura de una roca y luego hizo uso de su fuerza. Al cabo de cinco minutos había dado a la barra la forma de una S. La tomó, colgándola de su lazo. Aquella roca tenía, apenas, unos doce metros de altura y la cuerda del lazo medía, por lo menos, dieciocho, de modo que su idea podía tener buen éxito.

Se dirigió de nuevo hacia allá, dejó su caballo a cien metros de distancia de la roca, bien oculto, y regresó a su observatorio. Confusamente vio a cinco individuos envueltos en mantas y tendidos algo más lejos del círculo de luz proyectado por la hoguera. Teeny seguía en la misma posición. Más allá y alejado del fuego, estaba sentado el mestizo de guardia. Hallábase envuelto en sombras, pero Pete notó un pequeño resplandor.

Esperó varios minutos, observando aquel débil resplandor causado por el cigarrillo del guardián, pero éste encendía uno tras otro hasta que, por último, interrumpió aquella ocupación.

En vista de que aquel mestizo era un fumador empedernido. Pete supuso que se habría entregado al sueño. Además, recordó que el viejo Anse no le había ordenado permanecer despierto toda la noche. Con la mayor cautela, Pete empezó a soltar la cuerda y luego acercó el caballo a la roca. Tuvo que hacer oscilar el extremo de la cuerda cargada con la barra en el extremo del lazo y por fin pudo coger la cuerda en el espacio que había de una mano a otra del preso.

Alcanzado tal resultado, Pete tiró de la cuerda y tuvo la satisfacción de advertir que la figura de Teeny se movía ligeramente. Este se dio cuenta de lo que ocurría y, por lo tanto, se abstuvo muy bien de proferir la menor exclamación o hacer, el más pequeño ruido.

Una vez que la cuerda estuvo muy tirante, Pete ató el extremo superior al pomo de la silla y dio una ligera palmada en el flanco de Sonny. El animal echó a andar, tirando con toda su fuerza y, al poco rato, Pete vio, asomar el enorme cuerpo de Teeny. Este rozó fuertemente contra el borde de la roca y un poco de tierra fue a caer a la hoguera de abajo.

-¿Quién vive?-exclamó el guardián, poniéndose en pie-. ¡Socorro!

Entonces, y en el preciso instante en que Pete Rice ayudaba a Teeny a trasponer el borde de la roca, vióse un fogonazo y luego se oyó el disparo del revólver del guardián. El sheriff consiguió poner a su amigo sobre el suelo, pero estaba inanimado, porque la bala le había hecho un corte desde un pómulo hasta la sien. Tratábase, sin duda, de una herida superficial, pero suficiente para hacerle perder el conocimiento.

Luego, los cinco gigantes se pusieron en pie y Anse Runnison empezó a gritar, alarmado.

CAPÍTULO XI
«EL VIEJO JAGUAR»

Oyó el sheriff las voces de alarma y los tiros y advirtió que los Runnison echaban a correr en busca de sus caballos. Disponíanse a perseguir a su preso y al que lo había salvado, quizá habiendo adivinado su identidad.

En condiciones normales, aquello habría complacido en extremo a Pete Rice. No había en todo Arizona un caballo capaz de alcanzar a Sonny, de modo que, gracias a él, podría Pete burlarse de sus perseguidores, pero como Sonny tendría que llevar entonces a dos hombres, y uno de ellos muy pesado, el asunto cambiaba por completo.

A pesar de eso, Pete no estaba dispuesto a darse por vencido, porque uno de sus aforismos era que «no hay peor lucha que la que, no se hace». Así, pues, cogió a su compañero y lo apoyó en una roca. Más abajo oyó el ruido de cascos de caballo. El sendero rodeaba la roca hasta llegar a un punto situado a unos centenares de metros de distancia, pero Pete comprendió la necesidad de obrar con rapidez.

Ante todo, desató la cuerda atada al pomo de la silla de Sonny, luego llevó el caballo hasta la depresión en donde alguien encendió en otro tiempo una hoguera y le ordenó que permaneciese inmóvil. Hecho esto, fue en busca de Teeny y, esforzándose todo lo que pudo, se lo cargó a la espalda. Eran casi ciento treinta kilos de peso, pero Pete Rice era vigoroso y estaba convencido de que no le faltaran las fuerzas.

Despacio y a costa de todo su vigor, llegó lentamente hasta la depresión de la hoguera. Volvióse allí de espalda al caballo y consiguió dejar a Teeny sobre la silla.

Mientras tanto, oyó cómo los caballos de los Runnison subían el sendero.

Pete montó a caballo, sujetó a su compañero y luego animó a Sonny, el cual partió al galope. Intentaba dirigirse a la antigua mina abandonada, pero no tomó inmediatamente aquella dirección. En tanto, el primer jinete había llegado al extremo superior de la roca, hubo un fogonazo, un disparo, y una bala pasó rozando la cabeza de Pete. Este clavó las espuelas en los ijares de Sonny. No tenía otro remedio, pues estaba en juego su propia vida y la de Teeny. Sin contar la de su caballo.

-¡Adelante, muchacho!-rogó Pete.

Sonny hizo gala de su valor. Llevaba una carga de más de doscientos kilogramos, y aunque muy probablemente pronto no podría con ella, por el momento hacía lo que le era posible, y en tanto que huían rápidamente empezaron a resonar los truenos.

Entre los estampidos de éstos, Pete oía el ruido de los caballos de sus perseguidores. Hizo pasar a su caballo por un prado, para que la hierba apagase sus propios pasos. Gracias al oído, comprendió que los Runnison se extendían en forma de abanico, para rodear la superficie de la roca. Sonny respiraba con alguna mayor agitación, oyóse otro nuevo trueno, pero el rayo apenas iluminó el suelo, porque estaba lejano.

A su espalda oía Pete unos gritos excitados: los jinetes buscaban el cuerpo inanimado de Teeny. Luego hubo más gritos y, por fin, el ruido de cascos de caballo al chocar contra el suelo. Estos se apagaron, sin duda porque sus jinetes hicieron pasar a sus monturas por encima de la hierba. Pete no podía verlos y, a su vez, estaba seguro de no ser visto.

El sheriff conocía muy bien hacia dónde debía ir. Aquella especie de prado terminaba a unos cuatrocientos metros más allá y luego había un descenso muy rápido. Llegó al principio de la cuesta, ya perseguido de cerca, y los Runnison dispararon varios tiros contra él.

Pete señaló al caballo el camino que había de tomar y, aunque el animal vaciló un instante, emprendió el descenso; bajaron casi patinando, seguidos por un verdadero alud de piedras y de tierra. Al llegar abajo, el caballo se arrodilló, pero Pete lo ayudó a levantarse tirando de las riendas.

Pero Teeny, en cambio, casi cayó al suelo, y mientras Pete se esforzaba en retenerlo, desde arriba le dispararon un tiro que le rozó la cabeza. El sheriff comprendió que aquél no sería el único tiro y tampoco podía esperar la suerte que ninguno le tocase, porque los Runnison eran buenos tiradores y estarían acostumbrados a disparar de noche.

Pete clavó las espuelas en su caballo, que relinchó de dolor, y mientras desde arriba disparaban, continuó el descenso.

Resonó un grito de triunfo, y en seguida una roca gigantesca descendió por la pendiente y pasó casi rozando el caballo. Este recibió un nuevo espolonazo del sheriff y continuó el descenso mientras arriba seguían también los disparos, aunque, sin duda alguna, los Runnison tiraban guiándose por el ruido más que por la vista.

Sin embargo, el sheriff cobró ánimo con la esperanza de que los Runnison no se aventurarían por aquel declive, y si bajaban siguiendo el sendero emplearían varios minutos, de modo que, al llegar abajo, Pete Rice estaba ya a cubierto. Por lo menos tendría la oportunidad de ocultar a Teeny y una vez solo y montado en Sonny no tendría nada que temer.

Oyó entonces tres tiros y aunque las balas pasaron muy lejos, el sheriff perdió el ánimo. Sin duda, alguno de sus enemigos se había aventurado por el declive; por lo tanto, la situación del fugitivo no era mejor que antes.

Prestó oído y pudo notar que sólo lo perseguía un jinete, cosa que le pareció favorable, porque la lucha sería más igual. Si podía librarse de aquel perseguidor, ya le sería posible dejar a cubierto y bien protegido a Teeny antes que los Runnison lo alcanzasen dando un rodeo.

Resonó un tiro y Pete divisó vagamente la figura de su perseguidor. Sonny encontró un terreno más nivelado y, en aquel instante, un rayo lejano iluminó mejor la figura del jinete que

aun se hallaba a unos cien metros a espaldas del sheriff. Este lo reconoció, gracias a la forma de su sombrero. Era el viejo Anse Runnison. Y el viejo jaguar hallábase entonces a tiro.

CAPÍTULO XII
LA GARRA DEL JAGUAR

Apagóse el resplandor del relámpago y, por alguna razón ignorada, el viejo Anse no disparó. Pete se dijo que quizá esperara otro relámpago de mayor duración para precisar mejor el tiro.

Pete llevó la mano a su revólver, dispuesto a disparar, en cuanto hubiese otro relámpago, pero ¿lo deseaba en efecto? Aunque ignoraba la razón, no podía acabar de convencerse de que los Runnison fueran unos criminales.

Desde luego, podía calificárseles como cabezas calientes y aun quizá serían capaces de matar, encolerizados, para defender los que crean sus derechos. El viejo Anse no disparó entra Pete Rice cuando éste se quedó sin sentido en el valle Sinpatch. Un criminal no habría vacilado en llenarlo de plomo.

Pete retiró la mano de su revólver y, en cambio, tomó la cuerda que no había podido enrollar todavía. Quizá pudiese coger con el lazo a su enemigo. Pero los relámpagos eran poco frecuentes y su luz engañadora.

Terminó la pendiente y Sonny empezaba a subir la cuesta del otro lado. Ya no andaba con la elasticidad de movimientos que le era propia. El pobre animal estaba fatigado y, aunque era valeroso, no podía dudarse de que su respiración se había resentido. Llevaba demasiado peso.

Pete Rice, que era un buen jinete, comprendió que, a los pocos minutos, habría terminado la posibilidad de avanzar. Esperó otro relámpago, mas no llegó, y mientras tanto, Sonny había llegado a la cumbre de la colina. Oíase perfectamente su fatigosa respiración y entretanto se aproximaba cada vez más aquella figura gigantesca cubierta con un sombrero blanco.

El sheriff calculó cuidadosamente. La oscuridad era casi absoluta y no podía confiar en ningún relámpago. Si se produjera, quizá lograría coger con el lazo al viejo Anse, pero antes, este estaría a tal distancia que ni siquiera el peor tirador podría dejar de darle.

Continuó la persecución con ventaja para el viejo. El sheriff distinguía bastante bien su silueta, mas no se atrevía a tirar el lazo, porque si no lograba su propósito, el viejo se arrojaría sobre él y entonces la lucha sería a tiros.

Pete buscaba ansiosamente un medio y, por fin, tomó el lazo en las manos.

Desató la barra en forma de S; notó que en un extremo tenía una gruesa tuerca. Entonces, con la esperanza de que la rosca no estuviera muy oxidada, hizo girar la tuerca y pudo desprenderla de la barra de hierro. La ató al extremo de la cuerda y en el preciso momento en que el viejo le ordenaba que se rindiese, Pete hizo girar la cuerda sobre su cabeza, la disparó y pudo ver al viejo que caía al suelo, mientras su caballo continuaba el galope.

Recogió la cuerda, la arrolló y muy satisfecho, palpó aquella tuerca que había dado en la frente de Anse, en la sien o en la mandíbula, derribándolo.

Aun había peligro, porque, a lo lejos, Pete podía oír los gritos de los demás Runnison. Además, el sheriff se dio cuenta de que pocos minutos después habría estallado la tempestad y los rayos alumbrarían lo bastante para que, sus enemigos pudiesen disparar contra él y, en cuanto llegase la lluvia, podrían perseguirlo gracias a las huellas en el barro.

Pero ya Pete se dirigía a la mina abandonada, y en el momento de estallar la tempestad, hallábase en el arroyo inmediato a ella. Se cobijó al abrigo de unos árboles. Levantó a Teeny, que se quejaba, lo puso en la jaula del pozo y, poco después, gracias al cabestrante, lo bajó basta el fondo.

A nadie se le ocurriría buscar allí a Teeny. Había llegado la ocasión de que Pete se preocupase de su propia fuga. Oía ya el ruido de los caballos de sus perseguidores. Montó en el suyo, y lo dirigió hacia el Oeste, deseoso de que lo alambrasen los rayos y los Runnison echaran a correr tras él. En vista de que no se producía ningún rayo, el sheriff disparó cuatro veces su revólver.

En respuesta hubo gritos y numerosos tiros y, en efecto, los Runnison emprendieron tras él una carrera loca.

El alazán parecía haber recobrado las fuerzas y, con gran facilidad, dejaba atrás a los caballos de los Runnison. Bien es verdad que el pobre Sonny estaba muy cansado, pero a los demás les ocurría lo mismo, de modo que la partida estaba igualada. Y así, a cuatro millas de distancia de la mina abandonada, los Runnison desistieron de su inútil empeño.

Con la mayor cautela y tomando toda clase de precauciones, Pete Rice describió casi un semicírculo para regresar a la mina abandonada. Llovía a torrentes y los relámpagos se sucedían uno a otro de tal manera, que su luz duraba a veces varios segundos, permitiendo al sheriff ver cómo los Runnison se alejaban a toda prisa.

Ningún caso hizo Pete de la lluvia, aunque estaba calado de pies a cabeza.

Cesaron por último los rayos, aunque seguían oyéndose truenos a lo lejos y, mientras tanto, Sonny seguía su camino por entre el barro. Pete estaba algo inquieto por Teeny. Sabía muy bien que la herida sufrida por éste era superficial; de todos modos, necesitaba algún cuidado y, por otra parte, ignoraba si su amigo habría recobrado ya el conocimiento.

En cuanto llegó a la boca del pozo, gritó:

-¿Estás bien, Teeny?

-Sí, jefe-contestó Pete.

Entonces el sheriff subió a su amigo valiéndose del cabestrante y en cuanto lo hubo logrado, Teeny expuso su cabeza a la lluvia, exclamando:

-¡Caramba, vaya dolor de cabeza que tengo! Por fortuna llueve y pronto me pasará.- Luego dio una palmada en el hombro del sheriff y exclamó, cambiando de tono-: ¡Caramba, me figuré que estabas muerto! Te vi tendido en el valle de Sinpatch y también descubrí al viejo Anse cuando salía del lecho del arroyo. Creí que te había pegado un tiro.

-Estoy convencido de que el viejo Anse no es tan criminal como muchos se figuran- exclamó Pete.

Los dos hombres se dieron mutuamente cuenta de lo que les había ocurrido y Teeny refirió la muerte de Pike Runnison, así como su propia captura por parte de los hijos de Anse. Pete contó cómo había encontrado las huellas de su comisario, y éste, al fin, exclamó:

-En cuanto sentí el gancho entre las dos manos, ya me figuré que serías tú, a pesar de creerte muerto. Nadie más que tú, habría sido capaz de imaginar esta estratagema.

Mientras Pete se ocupaba en curar la herida de su amigo, éste no cesaba de hablar, y el sheriff frunció el ceño al oír la noticia de la muerte de Fletch Runnison. Como sus parientes eran violentos, quizá hubiese represalias en las Excavaciones del Hombre Muerto.

-Deseo-observó Pete-, descubrir y encontrar al individuo que mató al joven Runnison. Ocurren por aquí muchas cosas raras y que no me gustan. Ahora monta a caballo, Teeny, porque lo necesitas más que yo. Te acompañaré a pie. Por suerte, el camino es cuesta abajo.

Aunque Teeny protestó, obedeció al fin a su jefe, pero siguió hablando. Los Runnison le habían tratado bastante bien, dada la situación, porque le dieron de comer, pero insistieron en retenerlo preso hasta que revelase dónde estaba la tumba de Pike Runnison.

-Y así, Pete, he llegado a creer lo mismo que tú. Tal vez el viejo Anse Runnison no es tan malo como muchos quieren hacernos creer.

Algunas horas después y una vez hubieron llegado a las Excavaciones del Hombre Muerto, el sheriff y su agente recibieron una sorpresa que los hizo cambiar de opinión con respecto al viejo Anse. Era ya de día y en el almacén de Dave Stein había los clientes de costumbre. Pete se enteró de que en la lucha con los Runnison no resultó ningún minero muerto y lo más extraño todavía era que nadie estaba enterado del menor detalle con respecto a la muerte de Fletch Runnison. Teeny Butler les dió la noticia.

-Eso podía explicar el caso-observó Dave Stein.

-¿Qué?-preguntó Pete Rice.

-Entre usted en el almacén-le invitó Dave.

Los llevó hacia el soportal de la parte trasera. Allí había un hombre canoso envuelto en una manta y tendido sobre una tabla de planchar sostenida por los respaldos de dos sillas. Estaba muerto.

-Lo encontramos en el camino entre este lugar y el valle de Sinpatch-explicó Dave-. Esta mañana lo descubrió uno de los mineros cuando se dirigía al trabajo.

Al mismo tiempo quitó la manta que cubría el muerto y el sheriff pudo ver que había sido herido de un balazo entre los omoplatos.

-¿Lo conoce alguien?-preguntó luego.

-Era un granjero-contestó Dave-. Tenía una casita en el lado opuesto del valle de Sinpatch. Que yo sepa no tenía ningún enemigo a excepción de Busch Runnison. El cocinero Zane asegura que este pobre hombre y Busch se pelearon una vez, porque el último quería robarle una vaca.

-Necesito mejores pruebas que la afirmación de Zane-contestó Pete Rice-. Cualesquiera que sean las faltas de los Runnison, he de reunir más detalles acerca de su conducta.

-Bueno, pues hay más pruebas-contestó Dave, de mala gana-. Encima del cadáver se encontró esto que, al parecer, dejó su matador.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó de él una garra de jaguar.

-Eso parece concordar con lo que usted dijo acerca de la muerte de Fletch Runnison-añadió Stein-. El viejo Anse quería sin duda mucho a su hijo y es de suponer que se puso loco al conocer su muerte. Y ya sabe usted que a ese hombre lo llaman el viejo jaguar.

Pete Rice y Teeny Butler cambiaron una mirada.

-¿Ha comunicado usted todo eso a mi comisario Hicks «Miserias»?-preguntó a Dave.

-Me proponía decírselo a usted. Me olvidé de ello. Los sucesos han sido tan rápidos... Por otra parte, «Miserias» no ha estado aquí desde la lucha contra los Runnison. Ayer llegó su caballo. Al parecer estaba atado en algún sitio y se soltó.

-Yo lo até-observó Teeny.

-Supusimos que habría vuelto a la Quebrada del Buitre-opinó Dave Stein-. Pero yo me imaginé que de haber hecho eso se habría llevado su caballo.

De nuevo Pete Rice y su subordinado cambiaron una mirada. El sheriff había ordenado a «Miserias» que permaneciera en las Excavaciones del Hombre Muerto hasta recibir nuevo aviso. Y el pequeño comisario barbero cumplía siempre las órdenes al pie de la letra.

Era seguro que no habría regresado a la Quebrada del Buitre. Pero, ¿dónde estar ir? ¿Acaso murió en la pelea? ¿O serían tal vez los Runnison los responsables de su ausencia?

CAPÍTULO XIII
"FANG" LASSITER

Antes de hacer cosa alguna, «Pistol» Pete Rice estaba decidido a encontrar a Hicks «Miserias», vivo o muerto. Y, desde luego, si tenía la desgracia de que fuese lo último, comprendió que nunca más se sentiría satisfecho de la vida y lo mismo podía decirse de Teeny Butler porque los tres hombres fueron, durante muchos años, compañeros inseparables. Muchas veces se habían salvado mutuamente la vida y los tres tenían los mismos gustos y aficiones e igual espíritu luchador.

Su primera visita la hizo Pete a la posesión de Long Tom Shaw, adonde Tom y sus compañeros habían ido a lavar las arenas auríferas del arroyo Spearfish.

Long Tom dijo que Hicks había sido llamado fuera de la cabaña antes de amanecer. Y la llamada procedía de un grupo de álamos que había en la parte trasera de la construcción.

Long Tom no pudo reconocer la voz, pero supuso que sería un compañero de «Miserias» que querría hablar con él. Este salió de la cabaña, esperando llegar a tiempo para intervenir en la lucha con los Runnison, pero ya no volvió.

-¿Sabes si entonces los Runnison continuaban agrupados entre los pinos inmediatos al camino de Sinpatch?-preguntó Pete.

-Supongo que sí-contestó Tom Shaw-, por lo menos había algunos caballos y oí muchos disparos.

-¿Dónde estaban entonces el cocinero Zane?

-Cerca del almacén de Dave. Deseaba participar en la lucha.

Pete se decidió a interrogar al cocinero Zane, a Lazy Jake Beed, Dave Stein y a algunos mineros. Jake Beed estaba muy malhumorado y aseguró no saber una palabra. Los demás demostraron el mayor asombro ante la desaparición de «Miserias», pero tampoco tenían noticias de él, ni podían indicar ninguna pista.

Pete organizó un grupo para registrar los alrededores y después de haber seguido el itinerario que a cada uno se había señalado, se reunieron en el lugar convenido, pero nadie pudo dar la menor noticia de Hicks «Miserias».

Pete Rice se mostró muy preocupado. Parecía insoluble el misterio de la desaparición de su agente. Teeny Butler, que estuvo en poder de los Runnison casi desde el momento en que desapareció «Miserias», no sabía tampoco una palabra de su compañero.

Según se dijo Pete, eso no constituía ninguna prueba de qué los Runnison no fuesen los responsables de la desaparición de su agente. El viejo jaguar, como se llamaba el anciano Anse, era muy astuto y quizá hizo capturar a «Miserias» por uno de sus hombres y luego cuidaron de separar a los dos comisarios, pues ya conocían muy bien sus cualidades de luchadores.

-¿Oíste acaso a los Runnison mencionar a «Miserias»?-preguntó Pete Rice a Teeny.

-Ni una palabra. Y eso que no se cuidaron de no hablar ante mí. Como no sospechaban siquiera la posibilidad de que pudierais salvarme, hablaron libremente. La única vez que conversaron en secreto fue cuando me capturaron a la orilla del río. Entonces su conferencia duró, aproximadamente, unos cinco minutos.

-Quizá...

Pero Pete Rice se interrumpió, pues no quería expresar su opinión de que tal vez los Runnison hubiesen dado muerte a «Miserias», llevándose luego el cadáver.

-¿Estás seguro de que no lo enterraron en su propio cementerio?-preguntó Pete.

-No estoy seguro de nada-replicó Teeny-. Yo solamente vi un cadáver envuelto en una manta. Pero no podía ser Hicks, porque el muerto era tan alto como yo, aunque quizá menos corpulento. Estoy persuadido de que era Fletch Runnison.

Al mediodía el grupo que salió en busca de «Miserias», interrumpió sus trabajos para ir a comer. La muerte era ya una antigua conocida para aquellos hombres. Sentían afecto por

Hicks «Miserias», pero estaban persuadidos de que el pequeño agente estaba muerto y no por eso habían de dejar de comer.

Pete y Teeny continuaron la búsqueda, aunque sin grandes esperanzas de éxito, porque la tempestad había borrado todas las huellas. En el suelo encontraron varios cartuchos de revólver disparados por los Runnison y luego, al pasar por una loma que había a un lado del camino, Pete hizo un descubrimiento.

Era un cartucho sin disparar y, precisamente, de la marca que solía usar Hicks «Miserias». Un poco más allá, Pete Rice encontró tres cartuchos más y Teeny Butler, por su parte, descubrió dos.

«Miserias» debió de dejarlos caer con toda intención. Quizá llevaba las manos atadas a la espalda, pero aun en aquella posición debió meter los dedos en la parte posterior de su cinturón y sacó los cartuchos para dejarlos caer furtivamente, a fin de señalar su paso. Valía la pena de seguir aquella pista y Pete Rice, volviéndose a su compañero, le indicó la conveniencia de hacerlo así.

-Tom Shaw te dará un poco de comida y un caballo-añadió el sheriff-. No podemos perder mucho tiempo.

-Tomaré el caballo, pero no me entretendré comiendo, porque hoy no tengo apetito-contestó Teeny.

En eso mentía porque, a la hora de comer, Teeny siempre tenía hambre.

Comía enormemente, pero aquella vez se abstuvo, porque la preocupación y la inquietud por su amigo dominaban su deseo de comer. Mientras regresaban al campamento en busca de caballos, bebió un trago de whisky y luego se manifestó dispuesto a emprender la marcha.

Rápidamente recorrieron aquella distancia y se encaminaron al almacén de Stein a fin de adquirir cartuchos. De pronto Teeny profirió una exclamación de sorpresa.

-¿No lo ves, patrón?-exclamó entusiasmado-. ¡Demonio, ha vuelto!

Por un momento Pete esperó que se refiriese a Hicks «Miserias», pero no tardó en observar que Teeny aludía a su propio caballo.

Este debió de ser puesto en libertad por los Runnison o bien se les escapó. Sea como fuera, acudió en busca de su amo y al oír su voz se dirigió al trote a su encuentro. Su llegada fue celebrada por los dos hombres, porque el animal era muy vigoroso y rápido.

Quince minutos después, Pete Rice y Teeny Butler cruzaron el puente del Bonanza. Llevaban bien cargados los revólveres y el sheriff además del lazo, sostenía en la mano un rifle winchester que pidió prestado a Dave Stein.

Teeny llevaba su látigo de cuero y también las bolas de «Miserias». Las cananas de los hombres estaban repletas de cartuchos y a juzgar por las apariencias, antes de que se pusiera el sol, necesitarían hacer uso de su armamento.

Corrieron con toda la rapidez posible y siguiendo la pista indicada por los cartuchos sin disparar. El camino describía un ancho círculo en torno de Yellowdust. Sin duda los secuestradores de Hicks «Miserias» no se atrevieron a atravesar el pueblo y el encuentro de otro cartucho sin descargar, obligó a los dos compañeros a dirigirse hacia el Sur y a campo traviesa.

Llegaron a un camino en el que aparecían muy claras algunas rodadas de carro y también huellas de caballos. Con toda evidencia la tempestad no fue allí tan fuerte como hacia el Norte. De vez en cuando descubrían algún nuevo cartucho sin descargar y encontraron dos de ellos en un punto en que los jinetes abandonaron el camino para ir nuevamente a campo traviesa.

Pero Pete se detuvo en seco, y al observarlo, su compañero le preguntó la razón. Pete señaló otros dos cartuchos sin disparar y que tal vez estaban demasiado visibles.

-El hombre prudente-dijo luego-, nunca tiene excesiva confianza en un trabajo demasiado fácil. Quizá los coyotes que se apoderaron de «Miserias» desean que sigamos esta pista.

Teeny movió afirmativamente la cabeza. Comprendía que los desconocidos enemigos podían haber tirado al suelo aquellos cartuchos para hacer caer en una emboscada a Pete Rice. Recorrían entonces un territorio frecuentado por los forajidos y muy quebrado.

Los caminos estaban ya secos y la hierba empezaba a disminuir, adquiriendo la comarca, caracteres propios del desierto, de modo que allí sólo crecían algunos cactus y mezquites. Y a excepción de las riberas de los escasos arroyos, aquella comarca sufría casi siempre los efectos de la sequía.

La pista señalada por los cartuchos seguía siendo muy clara. Pete Rice y Teeny Butler se dirigían a una emboscada y lo sabían. El sheriff llevaba el rifle atravesado sobre la silla. El ataque enemigo se produciría antes de llegar al desierto, porque allí los criminales no tendrían ningún lugar en que ampararse. De repente, y a espaldas de los dos hombres, sonó un disparo, pero no oyeron el zumbido de la bala. Pete Rice comprendió que aquello era una señal para dar cuenta al grueso de la banda de la llegada de los dos hombres. Pete, que había puesto su caballo al paso, miró a un lado y a otro, esperando que a cada momento se produjera el ataque. De repente su mano salió disparada para agarrar la brida del caballo de Teeny, conteniéndolo y el animal dió un ronquido y saltó. En el mismo instante sonó una ensordecedora explosión.

Al parecer habíase producido una erupción en el camino, pues se levantó una enorme cantidad de polvo, y allí habría terminado la carrera de Teeny Butler de no actuar Pete Rice con tanta rapidez. El sheriff vió el cañón de un rifle de enorme calibre que se asomaba por encima de una roca.

Teeny Butler empezó a disparar contra ella y Pete lo imitó. Y ya fuese asustado o herido, el forajido dejó caer el arma que empuñaba.

-¡Sígueme!-gritó Pete-. ¡Espolea tu caballo!

Torció a la izquierda y Teeny lo siguió. Desde una mata que flanqueaba una roca cercana empezó a salir un verdadero torrente de balas, que zumbaban en torno de las cabezas de los dos hombres. Saltó disparado el sombrero de Teeny y un proyectil pasó rozando la manga de Pete y fue a dar contra la anilla de metal de la brida del caballo.

Pete se dirigía a una roca gigantesca, llamada el Yunque a causa de su forma. Pero de pronto notó que alguien disparaba a su amparo. En consecuencia sólo podía seguir adelante en busca de cobijo. Como todos los luchadores, Pete sabía bien que hay momentos en que se ha de emprender la retirada y en otros, en cambio, es preciso luchar.

Había escogido como refugio la roca más cercana, pero el jefe de los forajidos, adivinó su intento y, por esta razón, apostó allí algunos hombres para que los recibiesen a tiros. Sonny describió una ancha curva alrededor de la roca, pues Pete ignoraba cuántos hombres habría allí. Pero pronto notó que eran tres mestizos o mejicanos y que el primero de ellos emprendía la fuga, después de disparar con excesiva rapidez y sin dar en el blanco.

Pete lo curó de su nerviosidad con un balazo entre los ojos. Pocas veces tiraba a matar, pero había excepciones y aquella era una, porque estaban en juego tres vidas muy valiosas. Pete dejó fuera de combate al segundo con un tiro que le atravesó el brazo. Aquel individuo soltó el arma y se cayó de rodillas, para agarrarse el brazo con dolorosa expresión.

Teeny se encargó del tercero, que ya había disparado un tiro contra el sheriff, quien sintió pasar la bala rozando y así Teeny lo mató de un tiro en el corazón. Entonces Pete llevó a su caballo al amparo de la roca y vió que su compañero se dirigía al lado opuesto de ella, también con el propósito de cobijarse.

Luego se inclinó hacia el mestizo herido, le quitó las armas y mientras tanto aquél profería gemidos de dolor.

-Sí, puedes lamentarte ahora-exclamó Teeny mirándolo airado-. Sin embargo, hace un momento querías matarnos a los dos.

Entretanto, el sheriff vigilaba la posible aproximación de los enemigos luego, volviéndose a su compañero, le ordenó que cogiera el rifle, que había soltado uno de los muertos.

-Procura estar al cuidado por sí esos coyotes atacan-recomendó-. Ya has visto que querían matarnos.

El sheriff comprendía que tanto él corno su amigo se hallaban en una situación desesperada, aunque, por el momento, gozaran de seguridad al amparo de aquella sólida roca. Mientras Teeny estaba de guardia, empuñando el rifle del muerto, Pete se inclinó hacia el mejicano herido. Dispúsose a vendarle el brazo porque, a pesar de su agitada vida, nunca pudo olvidar la compasión hacia el vencido.

Pero el mejicano, al ver que se acercaba, le rogó que lo matase de una puñalada. Tal exclamación fue causa de que Pete se echase a reír con cierta amargura, pero no contestó. Desanudó el pañuelo que llevaba al cuello y con él vendó el brazo del herido, quien le dirigió una mirada de gratitud. Pete comprendió que aquel hombre no era de fiar, aunque de momento se mostrara agradecido.

El sheriff tenía grandes deseos de adquirir noticias de «Miserias» y se dijo que tal vez, si manejaba bien al herido, pudiese sonsacarle alguna noticia.

No tenia ningún prejuicio contra los mejicanos o los mestizos, pues entre ellos contaba también con buenos amigos. Sabía por otra parte, que aquella pobre gente casi siempre actuaba a las órdenes y a sueldo de algún bandido norteamericano. Nada importaba, pues, la raza, sino el corazón, el cerebro y la educación.

-Creo que tu jefe tiene preso a un comisario mío, ¿no es así?-preguntó en español.

Y en vista de que el herido le contestaba afirmativamente, le preguntó si el prisionero vivía aún.

-Sí, señor-contestó el mejicano-. Pero mi jefe lo hizo azotar y amordazar. El preso profirió las más terribles amenazas contra el señor Lassiter.

Pete Rice se manifestó muy asombrado al oír aquel nombre. “Fang” Lassiter pertenecía a la hez del condado de Gila. El sheriff nunca se vio cara a cara con él, porque Lassiter tenia mucho cuidado en evitarlo.

Este era hombre guapo y conquistador de mujeres. Pete sabía que en otra ocasión vivió en Sinpatch. ¿No sería posible que los Runnison le hubiesen ordenado raptar a «Miserias» y atraer luego a una emboscada mortal a los compañeros de éste? ¿0 bien Lassiter trabajaba por su cuenta y por alguna razón secreta?

Teeny Butler había oído atentamente la conversación, pues comprendía y hablaba perfectamente el español.

-Ahora lo comprendo, patrón-observó-. Había olvidado comunicarte una cosa. Los Runnison obran de acuerdo con ese Lassiter. Oí decir a Milt Runnison que cuando Fletch fue muerto envió a Lassiter y a algunos mestizos a Sinpatch con el cadáver.

Pete frunció el ceño con cierto desencanto. Hasta entonces habíase negado a creer en la culpabilidad de los Runnison en la muerte del granjero a quien encontraron con la garra de jaguar sobre su cuerpo. Pero si los Runnison tenían alguna parte en aquella emboscada, ya se les podía suponer culpables de cualquier cosa.

Pero, en fin, todo ello podía esperar ya que, por el momento, a Pete solamente le interesaba Hicks «Miserias».

-¿Y dónde está ese comisario?-preguntó al preso.

-Muy bien atado, señor. Y habían dispuesto matarlo en cuanto hubiese muerto usted mismo. «Fang» Lassiter es hombre cruel y muy astuto. Dijo que usted y su compañero son muy buenos luchadores, pero que aun en el caso de que ustedes pudiesen capturarle a él, sus

hombres seguirían reteniendo preso al comisario. Y así, él mismo obtendría su libertad a cambio de la del amigo de usted.

Pete se metió en la boca un pedazo de goma de mascar y empezó a mover las mandíbulas. El pequeño «Miserias» se hallaba en una situación muy desagradable. Tal vez los Runnison le hubiesen perdonado la vida, pero su compinche «Fang» Lassiter, lo mataría sin duda alguna. Volvióse a Teeny y le preguntó:

-¿Estás seguro de haber oído el nombre de ese Lassiter en boca de los Runnison?

-Segurísimo-contestó Teeny. «Fang» Lassiter trabaja a las órdenes de Anse Runnison, la cual significa que éste es el autor de todo lo que ocurre.

CAPÍTULO XIV
COMBATE MORTAL

Pete Rice siguió hablando con el herido con el propósito de averiguar algo más aparte de todo lo referente a «Fang» Lassiter, ya que sus deberes como sheriff le obligaban a otras muchas cosas, sin contar con la lucha, en caso necesario.

Ningún sheriff del Sur había evitado tantos linchamientos como él sin disparar un tiro y ninguno tampoco intercedió con tanto entusiasmo en favor de los delincuentes cuyas faltas se debían más bien a la inexperiencia que a la maldad. Y así pocos había que lo aventajasen en lograr el resultado propuesto sin derramar sangre.

-¿Sabes quién soy?-preguntó al herido.

-Sí, señor Rice-contestó el otro-. Y siento mucho que la pobreza me haya obligado a eso, a disparar contra personas decentes. Pero me alegro de haber caído en manos de Pele Rice.

Este no hizo gran caso de aquella lisonja, aunque se dió cuenta de la verdad de las palabras de aquel hombre, cuando afirmó que la pobreza le había obligado a atacarlo.

-¿Quieres que te devuelva la libertad y la vida?-preguntó.

-¡OH, sí, señor!-gimió el mejicano.

El sheriff siguió mascando su goma diciéndose que «Fang» Lassiter era un hombre muy astuto, porque aun a pesar de que él mismo y Teeny pudieron frustrar la emboscada preparada, el bandido continuaría reteniendo a “Miserias” como rehén que le permitir a negociar su libertad en caso de ser preso. Y si lograba atravesar la frontera, no cabía duda de que mataría a «Miserias» impulsado por su crueldad. Era muy capaz de eso.

-Te perdonaré la vida-prometió Pete-. Eres un forajido. Procura que no te vea nunca en el condado de Trinchera y esfuérzate también en abandonar esa vida criminal. Ahora, a trabajar.

El mejicano prometió que nunca más volvería a disparar un tiro y que estaría eternamente agradecido a la generosidad de Pele Rice. Este se dió cuenta de que su bondad tendría algún efecto favorable.

-Si quieres hacer una cosa en mi servicio te daré mucho dinero. Pero si me desobedeces te perseguiré dondequiera que vayas. En cambio, si me haces este favor estarás en seguridad, por lo menos mientras te halles en el condado de Trinchera. ¿Quieres?

-Lo que usted mande-prometió el mejicano-. Cualquier cosa que usted...

En aquel momento Teeny disparó dos tiros y Pete, agarrando su propio rifle, fue a situarse a un lado de la roca, aunque no tuvo tiempo de utilizar el arma.

Cinco forajidos a caballo se aventuraron a un ataque. Dos sillas estaban ya desocupadas y los caballos que no habían sido heridos emprendieron rápidamente la retirada.

Los otros tres jinetes cambiaron instantáneamente de propósito acerca del ataque y se apresuraban a ir en busca de refugio.

-¡Se lo han ganado!-exclamó Teeny-. Me parece que aquí podremos resistir todo lo que sea necesario.

-Procura que no se acerquen-le ordenó Pete-. Yo me encargaré mientras tanto de desarrollar un plan gracias al cual no tardará «Miserias» en estar a nuestro lado.

El plan era muy sencillo y práctico y lo explicó al herido mejicano.

Este era un hombre pequeñito, muy flaco y seguramente estaba hambriento.

En estatura se parecía mucho a «Miserias» y era evidente que su ropa serviría para este último. El prisionero mejicano se fugaría, Pete representaría para ello la comedia necesaria. Le dispararía unos cuantos tiros aunque procurando no darle y él, por su parte, se dirigiría al campamento de los forajidos. Allí se presentaría como un héroe que había logrado escapar del poder de Peto Rice y de Teeny Butler.

Pete le explicó cuidadosamente el plan y luego sacó de su bolsillo tres monedas de oro de cinco dólares cada una, cuyo brillo hizo centellear los ojos del mejicano.

-Me has dicho que mi agente está atado y amordazado en el fondo de un cañón-recordó al preso-. Irás a su lado y le cortarás las cuerdas que lo sujetan. Luego le darás tu chaqueta y tu sombrero. Nada más.

-Lo haré-prometió el mejicano con los ojos fijos en las monedas de oro.

-Tan pronto como hayas puesto en libertad a mi amigo abandona el campamento-añadió Pete-. Vete a Méjico. Y si recibo en la Quebrada del Buitre una carta tuya en la que me das cuenta de que te ocupas en un trabajo honrado, recibirás lo que falta para completar la suma de cien dólares. Ya sabes que cumplo siempre mi palabra.

-De eso no hay duda, señor-contestó el preso.

-En cambio, si me engañas... bueno, imagínate lo peor que te pueda ocurrir, y acertarás.

El sheriff miró hacia el sol que estaba ya a punto de ocultarse.

-Pronto oscurecerá, lo cual será favorable para tu fingida fuga y también para que puedas poner en libertad a mi amigo.

Puso las tres monedas de oro en manos del mejicano y sacando de su bolsillo una cuerda delgada, ató las muñecas y los tobillos del mejicano.

Hecho esto, cortó las cuerdas con el mismo cuchillo del preso y se lo devolvió.

-Ahora todos te creerán si afirmas que te has fugado. Estás herido y, al parecer, has hecho buen uso de tu cuchillo.- Miró de nuevo hacia el sol y añadió-: Ahora es el momento más favorable. Márchate antes de que esos coyotes intenten un nuevo ataque.

-¿Disparará usted muy alto, señor? -preguntó el mejicano, nervioso.

-No tengas cuidado-le contestó Pete.

-Un millón de gracias.

El mejicano abandonó el amparo de la roca y echó a correr. Pete sabía muy bien que lo vigilaban ojos enemigos. Se acurrucó en el borde de la roca y disparó cinco tiros por encima de la cabeza del fugitivo, el cual desapareció entre unas matas. Entre ellas resonaron algunos gritos de triunfo.

Pete cargó de nuevo su revólver, diciéndose que el plan podía tener buen éxito. «Miserias» era muy astuto y una vez libre, ya se las compondría para ir al lado de sus amigos. Además, Pete había proyectado un ataque contra los forajidos en cuanto hubiese anochecido.

Esperaba que «Miserias» se salvase de la muerte si el mejicano cumplía su palabra. Y así el trío volvería a estar reunido y continuaría su vida de aventuras. Llegó el crepúsculo y con él aumentaron las precauciones y la vigilancia de los dos hombres que conocían muy bien la técnica de aquellas luchas. «Fang» Lassiter no dejaría de aprovechar la oscuridad para intentar un nuevo ataque.

El sheriff y su compañero comprendían que el bandido tendría grandes esperanzas de alcanzar la victoria y en cambio ellos estaban decididos a continuar en la posición que ocupaban.

Era ya casi de noche cuando empezó el ataque. Tres jinetes se acercaron al galope, sin dejar de disparar con sus rifles. El tercero empuñó por lo menos durante unos segundos una escopeta de gran calibre, pero inmediatamente él y su arma cayeron al suelo. No había tiempo de usar el lazo y el látigo, porque la lucha era muy dura y enconada.

Un jinete se retiró lleno de pánico, pero el otro era más enérgico y valiente y era posible que «Fang» Lassiter le hubiese prometido una buena recompensa si lograba herir o matar a Pete y a su compañero.

Echó pie a tierra de un salto y se metió por entre unas matas. Iba bien provisto de municiones y poseía un rifle de repetición. Disparaba rápidamente amparándose en una roca, mientras se aproximaba cada vez más a los dos hombres.

De un modo gradual iba a alcanzar un punto donde el sheriff y su compañero no estaban protegidos por la roca a no ser que se dirigiesen a un lado de ella, y en tal posición serían un fácil blanco para los forajidos ocultos en las matas.

Pete Rice y Teeny dispararon a su vez rápidamente. Las sombras se acentuaban y los fogonazos del rifle de repetición se hacían cada vez más intensos. Pete comprendió el propósito del forajido, es decir, entretener a los dos hombres en tanto que una fuerza superior los atacaría por el otro lado.

Teeny Butler metió un balazo al forajido en el preciso momento en que sus compañeros lanzaban a su vez el ataque. Entonces Teeny se arrojó al suelo y contribuyó a la resistencia que ofrecía Pete, descargando rápidamente sus armas. El brazo del sheriff fue rozado por una bala y entonces él se tendió en el suelo mientras los proyectiles levantaban nubes de polvo a su alrededor.

Vio cómo caía uno de los enemigos, pero un momento después pudo contar a siete de ellos en la penumbra. Era evidente que Lassiter mandaba a sus hombres a un ataque escalonado.

-Vuelve al lado de la roca-ordenó Pete a Teeny.

Ambos se cobijaron allí, aunque siguieron disparando contra los enemigos.

Cabía la posibilidad de que el primero que trató de envolverlos estuviese herido ligeramente y que, en el momento, atacara a Pete y a Teeny por la espalda. Pero no tenían más remedio que aventurarse a tal riesgo.

Era ya de noche y Teeny luchaba como un loco. En cambio, Pete Rice estaba frío y sereno, pues comprendía la necesidad de obrar así. Luchaba por su vida, por la de sus compañeros, por la Ley y por el cariño de su madre. En cambio, sus enemigos eran asesinos y el castigo que se les aplicaba en Arizona era la muerte. De modo que Pete Rice actuaba al mismo tiempo como sheriff y verdugo.

Pero el número superior de los adversarios hacía difícil su situación.

Cayeron dos, pero otros fueron a ocupar su sitio. La oscuridad era ya completa.

-¡Al ataque, muchachos!-ordenó una voz a su espalda-. ¡Ya son nuestros!

Aunque aquellas palabras fueron pronunciadas en español, el acento era norteamericano, y Pete supuso que las habría pronunciado «Fang» Lassiter.

Ellas dieron ánimo a los forajidos, que se lanzaron furiosamente al ataque, de modo que Pete creyó que había llegado el final. Teeny estaba furioso.

Sonny se hallaba cerca de los dos hombres, pero no corría peligro, porque ningún forajido disparaba contra él, sino contra los dos hombres. Por entre las matas empezaron a disparar y cuatro hombres se lanzaron contra la roca sin interrumpir el fuego. Uno de los revólveres de Pete estaba descargado y el comisario empuñó el que guardaba en la pistolera izquierda.

Cayeron otros dos forajidos y uno, chillando, fue a ocultarse entre las matas.

Otro tiro disparado por Pete tuvo la virtud de introducir el desorden entre los forajidos.

-¡No sabéis disparar, idiotas!-exclamó una voz-. Sois unos cobardes.

El corazón le dio un salto a Pete al oír un tiro después de aquellas palabras.

Conocía la voz. No tuvo que esperar la aparición del individuo bajito y vestido de mejicano, para comprender que había logrado salvar a «Miserias», y ello en el momento más oportuno.

Perfilándose sobre la luna que empezaba a levantarse, Pete Rice pudo ver a un individuo alto que montaba a caballo. A su vez Pete montó en Sonny.

Lassiter había comprendido su derrota y se disponía a emprender la retirada.

Pete espoleó a Sonny, dirigiéndose hacia Lassiter y éste, sin duda, adivinó quien intentaba perseguirlo, porque, obligando a su montura a dar media vuelta, quiso dirigirse al sendero. Al mismo tiempo se volvió sobre la silla, levantó la mano y disparó. La bala rozó la cabeza de Pete. Este, por un momento, se quedó aturdido y se agarró instintivamente a las riendas, de modo que Sonny se detuvo. Luego, al recobrar el sentido el sheriff, comprendió que Lassiter le llevaba una gran ventaja.

Lassiter era un astuto jefe de forajidos y por esta razón no pensó un solo instante en detenerse para cambiar unos tiros con el sheriff. Este hizo esfuerzos por recobrar la claridad de visión y en cuanto lo hubo logrado, puso a su caballo al galope, en persecución de Lassiter. Y pudo darse cuenta de que, poco a poco, iba ganando terreno.

Sonny tomó una curva del sendero y entonces Pete Rice dióse cuenta de que Lassiter había lanzado su caballo a campo traviesa. En vista de eso el sheriff llevó la mano a su lazo. Aun colgaba de una punta de la cuerda la tuerca de acero con la que dejó sin sentido a Anse Runnison. Dentro de unos minutos estaría a la distancia conveniente de Lassiter, de modo que dedicó toda su energía a espolear su caballo.

Volvióse hacia un lugar lleno de matas y el alazán tropezó en ellas y se cayó. Perdió así unos segundos preciosos, de modo que cuando el sheriff montó de nuevo, Lassiter había desaparecido.

Pete seguía adelante y al poco rato distinguió al fugitivo en el momento en que atravesaba un puente tendido a través de una garganta. El peso del caballo de Lassiter era más que suficiente para romper las cuerdas que sujetaban la frágil estructura, pero el fugitivo no titubeó. Disminuyó el paso del caballo y el puente empezó a oscilar de un lado a otro. Pero consiguió cruzarlo y Pete oyó cómo el caballo reanudaba el galope una vez en tierra firme.

De pronto el sheriff espoleó a Sonny porque un rayo de luna que alumbraba el caballo de su enemigo, le demostró que la silla estaba vacía. ¿Por qué?

Había visto claramente a Lassiter montado a caballo después de cruzar el puente. Sonny estaba ya casi junto a éste, cuando Pete comprendió lo ocurrido Lassiter desmontó y luego acurrucóse en la sombra, al otro lado del puente. El sheriff pudo descubrir a su enemigo, cuyos propósitos eran evidentes. Estaba cortando las cuerdas que sujetaban el puente.

Pete levantó la mano y disparó contra el brazo del forajido. Luego, en el momento en que Sonny llegaba junto al puente, éste se caía ruidosamente al fondo de la garganta.

CAPÍTULO XV
EL DESCONOCIDO

El sheriff tiró de las riendas con toda su fuerza, de modo que Sonny se encabritó cuando ya las patas delanteras se hallaban al borde del precipicio.

El alazán dió un ronquido al ver la terrible sima. Pete no soltó las riendas y se inclinó hacia atrás todo lo que pudo. Un buen jinete suele llevar su propio peso hacia adelante cuando el caballo se levanta sobre sus patas traseras, con objeto de impedir que se caiga hacia atrás. Pero aquel caso era excepcional, pues convenía evitarle la caída al fondo de la garganta.

Con los ojos desorbitados, Sonny retrocedió en tanto que Pete apoyaba todo su peso en el estribo derecho. Y cuando el caballo cayó al suelo, él saltó a su vez. Luego agarró la brida de Sonny y lo ayudó a ponerse en pie. El caballo no estaba herido ni contusionado, pero, en cambio, se mostraba muy nervioso.

Pete le acarició el morro y los sudorosos flancos.

-Nos hemos salvado por un pelo, muchacho-dijo.

Miró al otro lado de la garganta y pudo oír el galope de Lassiter. Pete sospechó que aquella vez había llevado demasiado lejos sus sentimientos humanitarios y se arrepintió de no haber apuntado a la cabeza de aquel bandido y no a su brazo.

De todos modos no se resignaba a perder a Lassiter. Este era tan astuto como el zorro y quizá transcurriera mucho tiempo antes de que se viera envuelto en las mallas de la Ley, como le ocurrió aquella noche. Además, era un criminal endurecido, de modo que el mundo se pasaría muy bien sin él.

El sheriff estaba convencido de que Lassiter podría contestar a las preguntas referentes a lo ocurrido en las Excavaciones del Hombre Muerto.

Montó de nuevo a Sonny y siguió el borde de la garganta. A cosa de doscientos pies más abajo había una masa de rocas que parecían puestas expresamente allí para dificultar su propósito. La garganta era profunda y aunque estrecha, Sonny no habría sido capaz de saltar de un lado a otro aun tornando impulso, y también era demasiado profunda para bajar al fondo.

Pero no por eso el sheriff estaba dispuesto a volver grupas. Eso ocurría a alguna distancia de la frontera y una vez al otro lado de la garganta, Pete podría seguir al asesino. Sonny, por su parte, alcanzaría fácilmente al otro caballo, a pesar de la delantera que llevaba.

Sin duda habría algún modo de salvar la cañada. Pete miró a lo largo del borde que se extendía quizá por espacio de muchas millas, de modo que Lassiter se hallaría fuera de su alcance antes de que el sheriff pudiese dar un rodeo.

Al otro lado de la garganta vió una cabaña, en la que, al parecer, no vivía nadie, pero en ella el sheriff vió una posibilidad.

A un lado de la cabaña había un montón de madera cortada para la estufa.

Aquello no le servía de nada. Si, en cambio, pudiese encontrar algunos de los troncos más largos, aun sin cortar, quizá podría utilizarlos. Entre los pinos descubrió la oscura forma de un tronco, cuya longitud era mayor que la anchura de la garganta. Quizá hubiese otros semejantes a él. Y, en resumidas cuentas, valía más intentar aquello que desistir.

El sheriff cogió su lazo y se dispuso a lanzarlo contra la chimenea de la cabaña. Quizá toda la casa se derrumbara, pero era preciso comprobar su resistencia. Hábilmente hizo guiar el lazo sobre la cabeza y luego lo soltó.

Fue a caer sobre la chimenea, y entonces Pete tiró de la cuerda con objeto de comprobar la resistencia de aquella parte de la casa. Y observó, satisfecho, que resistía su esfuerzo. El sheriff condujo al caballo cerca del borde del precipicio y le ordenó permanecer allí, porque también había de participar de aquel trabajo.

Aunque el caballo no comprendía, seguramente, las palabras de su amo, en cambio comprendía muy bien su tono. Pete agarró el extremo de la cuerda, dió un fuerte salto y logró poner el pie en el otro lado.

Entonces se encaramó al tejado de la cabaña con objeto de soltar el lazo de la chimenea, y hecho esto empezó a buscar. Al cabo de un minuto halló lo que deseaba, es decir, tres largos troncos. Los arrastró hasta el borde de la garganta y allí los sujetó uno a otro con la

mayor firmeza. Hecho esto, midió la distancia hasta el lugar en que se hallaba Sonny. Nuevamente disparó el lazo, que fue a caer sobre el pomo de la silla de su caballo. Luego ató el otro cabo a los tres troncos, y ordenó a Sonny que tirase con toda su fuerza.

El inteligente animal empezó a andar, la cuerda se puso tirante y en un momento los tres troncos llegaron al otro lado de la garganta. Pete ordenó al caballo que se detuviera, cruzó aquel puente improvisado, que, si bien no era muy bueno, bastaba para su objeto.

Desató la cuerda de los troncos y del pomo de la silla, la enrolló y tomó a Sonny por la brida. Con la mayor lentitud hizo atravesar a su caballo el profundo precipicio. Una vez en el otro lado, montó y continuó la persecución, dirigiéndose hacia la frontera, pues, sin duda alguna, Lassiter pensaba ir hacia allá.

Poco le importaba el detalle de atravesar una frontera, pues, a sus ojos, un asesino seguía siéndolo cualquiera que fuese el país en que se hallara. La luna habíase elevado en el cielo y sus rayos, al pasar entre los árboles, proyectaban extrañas sombras sobre el suelo. Aquella región abundaba en montículos, cañones y hoyos. Estaba infestada de lobos que devoraban las reses extraviadas. También había lobos humanos, individuos perseguidos y reclamados por la Justicia, que se guarecían allí, y, en caso de peligro, siempre les quedaba el recurso de atravesar la frontera. A veces oíase el aullido de un coyote, y algún jaguar lanzaba su terrible rugido.

Aquel país resultaba muy a propósito para una emboscada. Cabía en lo posible que Lassiter se hubiera ocultado en alguna de aquellas rocas o en cualquiera de las cabañas desiertas que el sheriff encontraba al paso. El fugitivo no tuvo valor para luchar cara a cara contra “Pistol” Pete Rice, pero, en cambio, podía sentir la tentación de acabar con él sin peligro alguno.

Pete seguía al galope, con la mano en la empuñadura de su revólver. Llegó de este modo a un espacio cubierto de pinos, y cuyo suelo estaba tapizado de agujas de estos árboles. Y a pocas millas de distancia hallábase el desierto terrible y silencioso.

Sonny marchaba a buen paso, de modo que, sin duda alguna, no tardaría en alcanzar a Lassiter. De repente, Pete Rice contuvo a su montura y se puso tenso, por haber oído el ruido de cascos de caballo a corta distancia. Luego echó pie a tierra y fue a ocultarse a un lugar desde el cual podría arrojarse sobre el descuidado Lassiter, si era él, y no cabía duda de que le daría una buena sorpresa.

Pronto apareció el jinete, aunque envuelto en la sombra, de modo que Pete sólo pudo ver el perfil del hombre y del caballo. Este último andaba fatigado, al parecer. Pete empuñó su revólver, dispuesto a dar a Lassiter una oportunidad de salvar la vida, que quizá no mereciese. Apuntó, pues, su revólver hacia el jinete y rugió:

-¡Alto! ¡Manos arriba!

Pero el jinete no obedeció del todo. Detuvo su caballo, le hizo volver grupas y emprendió la retirada al mismo tiempo que disparaba su revólver. La bala pasó por encima de la cabeza de Pete.

-¡Alto!-repitió éste, disparando también a cierta altura sobre el jinete.

El silbido de la bala obligó al fugitivo a inclinar la cabeza. Pero, a su vez, disparó, aunque sin resultado. Él, por su parte, ofrecía un buen blanco, pero como estaba vuelto de espaldas, el sheriff no se atrevió a matarlo. Aquello no era noble. Estaba dispuesto a prender a Lassiter vivo, herido si era preciso, pero no muerto. Fue en busca de su caballo y emprendió la persecución. El jinete había desaparecido y Pete rozó a su montura con la punta de las espuelas.

Con la rapidez de un galgo, el alazán emprendió el ascenso de la cuesta y llegó al otro lado, disminuyendo por momentos la distancia que le separaba del perseguido. Pete cogió su lazo y, en aquel instante, el otro jinete disparó tres tiros que no dieron en el blanco.

Pete sonrió, porque hasta entonces había creído que el bandido era un buen tirador. El jinete llevó su caballo hacia la izquierda para entrar en el fondo de un cañón cubierto de arena y en el que crecían algunas matas de salvia y mezquite. Mientras tanto, Pete preparaba su lazo.

De este modo siguieron los dos a lo largo del cañón y en cuanto salió el perseguido y fue alumbrado por los rayos de la luna, Pete pudo observar que aquel caballo era el de Lassiter. Un segundo después el jinete se volvió para disparar y el sheriff notó que llevaba un sombrero negro. Aquel hombre no era «Fang» Lassiter.

¿Quién podría ser? ¿Por qué huía y por qué disparaba? ¿Sería algún cómplice de Lassiter? Fuese lo que fuese, valía la pena prenderlo. El desconocido volvió a disparar, y Pete, al mismo tiempo, lanzó el lazo, que fue a rodear los hombros del fugitivo.

Sonny se detuvo en seco y el sheriff arrolló el extremo de la cuerda al pomo de la silla. El fugitivo disparó su último tiro antes de caer al suelo y, caso raro, aquella bala pasó más cerca del sheriff que las anteriores.

Pete saltó al suelo y corrió hacia el fugitivo, que había perdido sus revólveres al caer. Pero, sin duda, era individuo decidido y resuelto, porque ya se ocupaba en libertarse. Así, cuando el sheriff llegó junto a él, fue saludado con un terrible puñetazo.

CAPÍTULO XVI
ARAÑAZOS DE JAGUAR

El sheriff estuvo a punto de caer, pero contraatacó en el momento en que el desconocido se arrojaba contra él. El hombre cayó de rodillas, movió la cabeza como para recobrar la claridad de juicio, y luego se levantó, aunque todavía estaba atontado.

Pete le pegó un nuevo puñetazo y el desconocido agitó los brazos, quedando en situación de ser noqueado. Pero Pete no tenía deseo de castigarlo inútilmente. Así, antes de que el desconocido recobrase sus facultades, vióse ante un revólver que le apuntaba a la cabeza.

-¡No sea usted tan violento, hombre!-aconsejó Pete-. Esta partida la tenía perdido. Consuélese. Supongo que no será tan imprudente ante un revólver.

-Bueno-exclamó aquel hombre cambiando de actitud-. Veo una insignia sobre su camisa. ¿Es usted sheriff?

-Sí, señor, del condado de Trinchera.

-Pues entonces, ¿qué hace en el condado de Gila? Se excede usted en su autoridad. No puede acusarme de nada, ni tiene ninguna prueba de que sea criminal. Su conducta es ilegal.

-Está usted hablando como si fuese un abogado-contestó Pete-. ¿Lo es, acaso?

-Podría serlo.

Pete Rice notó que el desconocido parecía ser hombre de cierta cultura, y su voz le recordó la de Anse Runnison. Le miró atentamente el rostro y le pareció observar una contusión en la mejilla izquierda.

-¿Cómo se llama usted?-preguntó el sheriff.

-Repito que se excede en sus atribuciones. Pero, en fin, no tengo por qué avergonzarme de mi nombre. Me llamo John Heritage.

-¿A qué se dedica?-añadió Pete.

-Si le parece bien, no contestaré a esa pregunta-replicó el otro.

Hablaba cortésmente y sin que, al parecer, le diese miedo el revólver, o tal vez se dió cuenta de que el sheriff no dispararía. Este notó que John Heritage vestía un traje nuevo y recordó que su puntería había sido muy mala.

-Me parece que no es usted hijo de esta región-aventuró.

-Creo que puedo excusarme, porque no me veo delante de ningún tribunal.

-Ya veo que debe ser un picapleitos-exclamó Pete Rice-. Pero, en cambio, no ha obrado como hombre respetuoso de la Ley. ¿Por qué emprendió la fuga cuando le di el alto?

-Nunca pude figurarme que fuese usted el sheriff-contestó el otro-. Supuse que su profesión era muy distinta. Tengo excelentes razones para evitar que me capturen determinadas personas y creo estar en verdadero peligro. No tiro demasiado bien, pero eso ha sido una suerte para los dos. En mi juventud solía usar una escopeta de poco calibre para cazar ardillas.

-¿Debo entender que procede de las montañas de Kentucky o Tennessee?-aventuró Pete.

-Puede creer lo que usted quiera-replicó el otro-. Y le advierto que no me hará charlar.

-Por aquí hay algunos criminales, usted se ha conducido de un modo raro-contestó Pete.-Y como soy sheriff le pregunto a qué se dedica.

-Es posible que sea sheriff, pero debo hacerle presente que he visto a muchos individuos que llevaban gorra de marinero y que jamás han visto el mar.

De nuevo el sheriff creyó recordar el acento de Anse Runnison. La actitud de aquel hombre era misteriosa; se negaba a dar detalles sobre su persona y aun podría ser que el nombre fuera supuesto.

-Bueno, voy a examinarle y no se mueva, porque el revólver tiene malas bromas.

Metió la mano izquierda en el bolsillo, sacó un fósforo y lo frotó con el lado de sus chaparreras. La diminuta llama alumbró el correcto rostro del desconocido. En la mejilla izquierda tenía profundos arañazos, recientes. La mejilla estaba hinchada y manchada de sangre.

Aquellos arañazos extrañaron mucho al sheriff. Retrocedió dos pasos, lleno de recelos. Al mismo tiempo recordó al granjero muerto, sobre cuyo cadáver se encontró una garra de jaguar. Y aquel individuo, que se atribuía el nombre de John Heritage, se condujo como un delincuente. Hablaba como los Runnison, lo halló a corta distancia del lugar en que debla encontrarse «Fang» Lassiter, y podía ser un teniente de éste. Pete creyó, pues, que allí estaba la solución del problema que le había preocupado. Señaló el rostro del preso y dijo:

-Ha sido usted arañado por un jaguar.

Aquellas palabras parecían una acusación. Pero el desconocido sonrió.

-Quizá le parezca a usted un crimen el haber sido arañado por un jaguar-dijo.

-Podría serlo, en este caso-contestó Pete.

-Pues yo creo que es una suerte fenomenal el haber sido arañado y continuar vivo para lucir esos arañazos.

-Quizá no viva usted mucho tiempo.

-Ya lo comprendo-contestó Heritage, en tanto que el sheriff se convencía ya cada vez más que había descubierto al asesino, cuya señal era la garra del jaguar.

-Es usted un hombre raro-exclamó Pete, contemplando a su fornido interlocutor-. Pero quizá la Ley le molestará en breve. Ponga las manos a la espalda, Heritage.

Este no intentó resistir. El sheriff lo ayudó a montar, lo hizo a su vez y luego los dos hombres emprendieron el camino del Norte. Heritage seguía hablando afablemente.

-Me parece muy curioso el hecho, sheriff, de que no pueda acusarme de cosa alguna.

-Confieso que es usted un hombre listo-le contestó Pete-. No hay animal más astuto que el zorro y, sin embargo, se le coge con mucha frecuencia.

-Es usted un filósofo, sheriff. Otro en mi lugar consideraría esto como un insulto, pero estoy decidido a no hacer caso y le costará mucho hacerme hablar, porque estoy dispuesto a no enterarle de mis asuntos. Luego recobraré la libertad, porque no tiene usted ningún motivo para encarcelarme.

Pete Rice no hizo ninguna amenaza, ni tampoco contestó, porque la charla de aquel hombre era muy rara. Sin embargo, habría apostado cualquier cosa a que John Heritage tenía algo que ver con la lucha sostenida en las Excavaciones del Hombre Muerto, y estaba casi convencido de que era el misterioso asesino. Nada significaban sus afables palabras.

Los hombres más rudos de las Excavaciones del Hombre Muerto habrían sido incapaces de hacer daño a cualquier animal, exceptuando las serpientes de cascabel, y en cambio, los más corteses jugadores del Suroeste solían ser unos asesinos.

Pero, ¿cuál sería el motivo de Heritage? Pete Rice había conocido algunos locos asesinos, pero aquel hombre parecía normal y lleno de buen sentido. ¿Por qué motivo pudo matar?

Ambos guardaron silencio cuando el sheriff tomó otra senda que había de llevarlos a las Excavaciones del Hombre Muerto. No quería exponerse a perder el preso haciéndole atravesar el improvisado puente de troncos.

Además, por allí quizá hubiese todavía algunos bandidos de Lassiter. Era muy posible que Teeny Butler y Hicks «Miserias» hubiesen puesto en fuga a los restantes, pero Pete no quería aventurarse a nada. Así, pues, tomó el camino hacia Yellowdust, pero hizo un rodeo para no pasar por el pueblo, en alguna de cuyas cabañas vivían miembros de los Dirk, los negros Dirk según los llamaban los Runnison. Las dos familias se odiaban fuertemente y su enemistad empezó en las montañas de Tennessee y continuó después de haberse trasladado ambas a Arizona.

Poca simpatía tenia Pete por los Dirk, pero recientemente, al parecer, se portaban algo mejor. Además, Pete luchaba entonces contra los Runnison y estaba persuadido de que su preso tenía alguna relación con ellos. Le pareció ver que su compañero miraba algo nervioso hacia el grupo de cabañas de los Dirk.

-¿Conoce usted a los Dirk?-preguntó Pete-. Siempre son los primeros en capitanear una partida de linchadores. A mí no me son simpáticos.

Heritage no contestó a la pregunta acerca de los Dirk.

-Ahora que hablamos de linchadores-dijo-, ¿cree usted que corro peligro de ser linchado por esos pícaros de las Excavaciones del Hombre Muerto?

-Si supieran que es usted el asesino de las garras de jaguar-dijo Pete-, se pondrían furiosos, pero si le atrapan a usted será pasando por encima de mi cadáver. Ya mis agentes deben encontrarse allí y les ordenaré que lo lleven a la Quebrada del Buitre.

-Muchas gracias-contestó Heritage, en tono algo irónico.

Pasaban entonces por un sendero estrecho, limitado a arribas lados por altos árboles y, de pronto, de una de las ramas inferiores, cayeron dos formas oscuras sobre los hombros de Pete Rice.

Este llevó la mano a su revólver y ya no se dió cuenta de nada más.

CAPÍTULO XVII
ASESINATO A SANGRE FRÍA

Al recobrar el sentido, vióse tendido en el suelo, en tanto que Sonny lo acariciaba con el morro. Pete se puso en pie, notando que lo habían dejado sin sentido de un golpe en la cabeza. Heritage había huido, pero su caballo pacía a corta distancia.

Pete se quedó reflexionando. Algunos compinches de John Heritage debieron de poner en libertad al preso. Dos de ellos o más descubrieron al sheriff y a Heritage y luego se encaramaron a las ramas bajas de uno de aquellos árboles para dejarse caer encima del sheriff.

Lo atontaron de un golpe, antes de que él pudiese llevar la mano a sus revólveres. Pero lo más raro era que éstos se hallaban aún en sus fundas.

¿Por qué razón Heritage y sus compinches no le pegaron un tiro después de dejarlo inconsciente? ¿Acaso Heritage se dejó influir por el buen trato de que el sheriff lo hizo objeto? Probablemente Heritage se dirigía a la frontera o a algún escondrijo de aquella abrupta región.

Sería inútil perseguirlo. Heritage, con la mayor prudencia, abandonó su caballo y sin duda con sus compañeros se dirigió a pie en busca de otra montura. Nadie, a excepción, quizá, de Hopi Joe, sería capaz de seguir la pista de un hombre de noche y en aquella región de suelo tan quebrado.

El sheriff se llevó la mano al bolsillo y encontró un poco de goma de mascar. Se la metió en la boca y empezó a mover las mandíbulas. No tenía otro remedio que regresar a las Excavaciones del Hombre Muerto, recoger a sus dos comisarios, llamar a Hopi Joe, y, al día siguiente, emprender la persecución de Heritage.

La fuga a Méjico no salvaría a este último de caer en poder del sheriff. La persecución podía durar algún tiempo, pero Pete Rice y sus dos subordinados no desmayaban nunca. El sheriff estaba muerto de sueño, de modo que decidió quedarse a dormir en una de las cabañas desiertas que encontrase al paso.

Halló lo que buscaba a cosa de una milla hacia el Este. Ató a Sonny en la parte posterior, donde había mucha hierba y luego se envolvió en sus mantas.

Tanto sueño tenía que apenas apoyó la cabeza en el suelo se quedó dormido.

Despertó cuando ya el sol estaba muy alto en el cielo. Hizo sus planes para aquel día y se dirigió inmediatamente, a las Excavaciones del Hombre Muerto. No tenía ninguna preocupación por sus comisarios, pues ya le constaba que sabían cuidar de sí mismos y, con toda probabilidad, se hallaban entonces en las Excavaciones.

Mientras se dirigía allá al galope, acabó de perfilar el plan para aquel día. En compañía de sus agentes se dirigiría a Sinpatch para exigir una explicación a Anse Runnison, pues, según el sheriff creía, él poseía la clave de todo lo que ocurra. Y sólo le quedaba la duda de si podría encontrar al viejo y hacerle hablar.

Cuando pasaba Pete por delante del almacén de Dave Stein salió de él un hombrecillo. Era Hicks «Miserias» y aparecía muy preocupado.

-¡Demonio, patrón!-exclamó. ¡Cuánto me alegro de verte! Temía ya que los Runnison se hubiesen apoderado de ti-y en vista de la mirada interrogadora de Pete, añadió-: Vale más que cuanto antes te dé la mala noticia. Han cogido otra vez a Teeny.

Pete, ya molesto, se quitó el sombrero y se rascó la cabeza.

-Pero, ¿no estabais los dos juntos? -preguntó.

-Sí-contestó «Miserias»-. Pero Teeny empezó a seguir tu pista. Como saliste en busca de «Fang» Lassiter y no volvías, empezó a preocuparse. No me permitió acompañarle. Yo había recibido un arañazo en la pelea y además no tenía ningún caballo a mi disposición. Los forajidos dispersaron sus propios caballos.

Pete había observado que su comisario se inclinaba un tanto hacia la izquierda y que su rostro reflejaba un intenso dolor.

-¿Dónde te han herido?-le preguntó.

Dave Stein, dueño del almacén, se había acercado y era testigo de la conversación.

-Le han plantado un balazo cerca del corazón. El proyectil le rozó las costillas en el costado izquierdo y yo le obligué a que se fuese a Yellowdust perra que lo curase el doctor. Y ahora lleva el pecho cubierto de tiras de esparadrapo.

-La herida no vale gran cosa-observó el animoso y diminuto comisario.

Explicó que había encontrado uno de los caballos de los forajidos muertos, una hora después de la lucha, y que volvió a las Excavaciones del Hombre Muerto, según aconsejara

Teeny. Y se figuró encontrar a éste y también a Pete Rice. Pero no sólo no estaba Teeny, sino que además llegó un muchacho con un mensaje de Anse Runnison. El joven mensajero dió cuenta de que Teeny Butler estaba en manos del viejo y que moriría inmediatamente si Pete Rice no cesaba de inquietar a la familia Runnison.

-¿Dónde está ese muchacho?-preguntó Pete.

-¡Diablo!-replicó, algo apurado, el comisario-. Yo no tengo la culpa de que no esté aquí. No quise tratarlo mal a causa de su edad, pero me disponía a retenerlo hasta tu llegada para que pudieses interrogarlo.

-¿Y se ha escapado?

-No hay duda. Lo encerré en una cabaña y a mi vuelta de Yellowdust, después que el doctor me hubo curado, el chico ya no estaba allí. Y eso a pesar de haber tomado la precaución de poner un candado en la puerta.

Pete comprendió que alguien ayudó a escapar al muchacho. ¿Por qué? Bien sabían todos que allí nadie era capaz de hacerle el menor daño.

-Voy a Sinpatch-dijo Pete.

-Yo te acompaño-contrató «Miserias»-. Y por Dios que vamos a dar un disgusto a esa familia si no sueltan a Teeny.

-No estás en situación de montar a caballo, «Miserias»-le dijo Pete-. Quédate aquí.

El otro protestó, pero Pete no quiso ceder. La rozadura de bala, como la llamaba «Miserias», habría sido más que suficiente para hacer guardar cama a otro cualquiera.

-Por lo menos déjame que te acompañe un rato-rogó «Miserias».

Pete consintió en eso, porque deseaba oír la explicación de su compañero acerca del modo cómo le capturó Lassiter. Mientras se dirigían a Sinpatch, «Miserias» explicó que durante la noche dijo raid de los Runnison, fue llamado fuera de la cabaña de Long Tom Shaw. Por detrás le dieron un garrotazo que lo dejó sin sentido y, al recobrarlo, se vio atado a un caballo.

Según había sospechado Pete, el preso pudo llegar a la parte posterior de su cinturón y dejó caer uno a uno los cartuchos sin descargar, para que sirviesen de guía a sus amigos.

-Pero al amanecer, «Fang» Lassiter me sorprendió mientras dejaba caer un cartucho. Dióme un garrotazo y luego, a pesar de que estaba algo atontado, puedo oír cómo decía a sus compañeros que iba a preparar una trampa a Pete Rice.

-En efecto, bien lo hizo-observó Pete-. Es muy listo. Debo confesarlo así. Pero cuando vi tan bien dispuestos en el camino los cartuchos, sospeché lo que ocurría. Mejor le habría salido ti Lassiter si no se hubiese excedido, porque entonces Teeny y yo habríamos caído seguramente en el lazo.

Hallábanse entonces en el extremo norte del valle Sinpatch cuando, desde una cabaña, un hombre los llamó a gritos. Era Long Tom Shaw que, evidentemente, regresaba de una mina que acababa de denunciar.

El sheriff y su compañero dirigieron sus caballos hacia la cabaña, en tanto que Tom acudía a su encuentro. Por la expresión de su rostro, Pete adivinó que ocurría algo grave y no se sorprendió cuando Tom, quitándose la pipa de la boca, le dijo:

-Otro muerto, Pete. Lo han dejado seco de un tiro. Y sobre el cadáver había la garra de un jaguar.

-¡Pardiez!-exclamó «Miserias»-. ¿Quién ha sido la víctima?

-El viejo Nosey McDaniels-contestó Tom-. Precisamente yo iba a verlo, porque era mi socio en una mina. Vengan ustedes a verlo-añadió.

Los dos hombres echaron pie a tierra y se dirigieron a la cabaña. El viejo McDaniels estaba tendido de espalda. Tenía un balazo en el corazón y sobre la chaqueta veíase una garra de jaguar.

-¡Pobre hombre!-exclamó Long Tom Shaw en tono de cólera-. Nunca hizo daño a nadie y, sin embargo, lo han matado.

Era evidente que le dispararon el tiro sin darle tiempo a defenderse. Aun llevaba enfundado su revólver, y en él no había ninguna cápsula disparada.

Además, se advertía que, desde mucho tiempo atrás, no se había usado. La víctima tenía una plácida expresión. Era evidente que no hubo la menor lucha.

-¡Diablo!-exclamó Hicks «Miserias»-. No volveré a cortar el pelo a nadie hasta que el asesino haya sido ahorcado. ¿Adónde vamos a parar?

Pete seguía examinando la herida sin proferir palabra, pero Tom, en cambio, se mostraba muy locuaz.

-Ahora regresaré a las Excavaciones del Hombre Muerto para llamar a todos los mineros. Iremos a Sinpatch, a fin de acabar de una vez con esos Runnison.

-Nada de eso, Tom-recomendó Pete-. Eso significaría un derramamiento de sangre que no conviene. Yo mismo ando buscando a Anse Runnison, y si lo prendo, sus lobeznos lo seguirán, aunque sea a la cárcel. Además, quiero hablar con el viejo Anse.

-¿Hablar con él?-exclamó Long Tom Shaw, rabioso-. Bien hablaría y o con él, si lo encontrase. Anse Runnison se volvió loco desde que mataron a su hijo. Y ha hecho eso-añadió señalando el cadáver-, para vengarse.

-Aun no lo sabemos-contestó Pete.

-Sí, señor-replicó Tom Shaw-. Recuerda, Pete, la guerra que se hicieron los Dirk y los Runnison, y ahora me acuerdo yo de que Nosey era primo lejano de los Dirk.

CAPÍTULO XVIII
ODIO FEROZ

Pete revolvía pensamientos mientras se dirigía a Sinpatch.

En la cabaña de McDaniels se despidió de Long Tom Shaw y de Hicks «Miserias». Había rogado al primero que llevase el cadáver a Yellowdust y no diera cuenta a nadie del hallazgo de la garra de jaguar.

El balazo recibido por la víctima, originaría muchos comentarios en Yellowdust, mas, por fortuna, dados los propósitos de Pete, nada indicaría que el pobre recibió un balazo sin previo aviso y por la espalda.

Pete sabía muy bien cuál sería el resultado de aquel asesinato. En las Excavaciones del Hombre Muerto, nacería un odio feroz y quizá los mineros se dirigieran a Sinpatch, dispuestos a llevar a cabo un linchamiento.

Pero seguirían un sendero bien guardado y quizá fuesen sacrificados por los Runnison que estaban apercibidos y bien armados. Más valía aplazar el conocimiento del hecho, por lo menos hasta que Pete hubiese vuelto de Sinpatch. Dirigíase a la fortaleza de los Runnison siguiendo el mismo sendero que ya utilizó cuando rescató a Teeny Butler. Y creía que aquel camino no estaría guardado.

Casi se había puesto el sol cuando llegó a la parte superior de la tortuosa senda que conducía a Sinpatch. Puso a Sonny, al galope, pasó por delante de una mina abandonada, cruzó el arroyo y se aproximó al cementerio particular de los Runnison.

Seguía la orilla más alta del arroyo Sinpatch que era tributario del río Bonanza, cuando, por entre los álamos, se oyó un tiro y una bala le pasó rozando el hombro derecho.

El sheriff levantó las manos y se inclinó hacia un lado. Luego se apoyó una sobre el corazón, tambaleóse en la silla y después cayó para quedar inmóvil sobre la orilla, en tanto que sus revólveres iban a parar al suelo.

Surgió un hombre de entre los árboles. Empuñaba un revólver humeante.

Era muy vigoroso y tendría unos cuarenta años. Su cabello griseaba en las sienes y numerosas arrugas le surcaban el rostro. Sus pizarrosos ojos miraron al caído, y murmuró:

-No he tenido más remedio que hacerlo.

Cautelosamente avanzó hacia el inmóvil sheriff. Al detenerse pareció sentir un estremecimiento y se cubrió el rostro con la mano izquierda. En su semblante se advertía a la vez la rabia y el dolor.

Una vez se volvió para mirar hacia atrás, inclinó la cabeza como si quisiera percibir algún ruido y luego continuó su camino hacia el sheriff. Llegó a la orilla del arroyo. Levantó un tanto la mano que empuñaba el revólver cual si quisiera disparar otra vez sobre Pete Rice, pero luego desistió de ello y contempló al caído.

Con asombrosa rapidez, Pete Rice levantó una pierna y, de un puntapié, arrancó el arma de la mano de aquel hombre.

-Esta vez no te ha salido bien, Runnison-dijo.

Dando un rugido, aquel hombre saltó hacia el sheriff, pero éste se hallaba ya dispuesto para contestar al ataque. El primer encuentro contra aquel individuo tan vigoroso estuvo a punto de derribar a Pete Rice. Dirigió un puñetazo a la cabeza de Pete capaz de romper el cuello de cualquiera. Pero el sheriff no era un hombre vulgar y, por otra parte, el puñetazo no cayó de lleno.

Pete disparó a su vez un puñetazo que llenó de sangre un pómulo de su adversario. Y, con un directo de izquierda, le partió un labio. Pero el otro no se acobardó, sino que a su vez, asestó un fuerte golpe en la mandíbula de Pete Rice.

Todos los Runnison eran buenos luchadores y el sheriff estaba persuadido de que aquel individuo pertenecía a la familia. Era el vivo retrato de Anse, aunque más joven. Sin duda era un criminal nato. Y lo indicaba el hecho de que disparó contra él desde el amparo de los árboles.

Sólo pudo salvarse gracias a su astucia y, a su rapidez. En aquel lugar no había el menor punto en que pudiera guarecerse, de modo que su sólo recurso habría sido arrojarse al torrente, aunque de hacerlo, hubiese sido muy probable que el asesino también disparara contra él, al verlo en el agua.

Pete hizo, pues, lo único que podía salvarlo. Él ofrecía un blanco magnífico y en cambio el asesino estaba bien protegido por los árboles. Sus fuertes puñetazos contra aquel Runnison daban en el blanco cuatro veces en cada cinco tentativas. Pero el otro los encajaba perfectamente y seguía resistiéndose, de tal modo que el sheriff empezó a sentirse fatigado.

Pete recibió de pronto un puñetazo y la sangre comenzó a correr por el lado derecho de su rostro. Abrió las piernas y siguió manejando vigorosamente sus puños para impedir un cuerpo a cuerpo, notando con satisfacción que el rostro de su adversario estaba cubierto de sangre.

Mientras luchaba con toda su alma, Pete comprendió la absoluta necesidad que tenía de vencer. Luchaba con un asesino y si llegase a caerse, no habría duda que el otro no le tendría la menor compasión. Había demostrado ya sus instintos criminales cuando disparó contra él desde los árboles. Y en cuanto le fuese posible, iría en busca de su revólver, que el sheriff le arrancó tan hábilmente de la mano.

Pete luchaba como un loco, rugía como un lobo y tenía el rostro lleno de sangre. Respiraba con alguna agitación, pero todavía era dueño de toda su fuerza. Runnison recibió un tremendo puñetazo en la boca del estómago y cuando abría la boca para recobrar la respiración, Pete le asestó otro golpe en el mismo lugar, apoyándolo con todo su peso.

Runnison se dobló sobre sí mismo, como si hubiese recibido una coz. Luego casi estuvo a punto de caer al arroyo. Pudo contenerse y dando media vuelta volvió a atacar: Su golpe dio en el vacío, pero en cambio, el de Pete consiguió su objetivo. Runnison retrocedió

un tanto. El borde del arroyo cedió a su peso. De pronto levantó, desesperado, los brazos y cayó a las agitadas aguas del Sinpatch.

Pete miró al agua desde arriba y vio qué la corriente arrastraba el cuerpo de Runnison. Este no ofrecía ninguna resistencia, como si estuviera muerto o sin sentido. Se hundió y luego apareció de nuevo sobre las aguas. Pero más parecía un capricho de estas últimas que un resultado de la voluntad de él.

Pete echó a correr por la orilla siguiendo la corriente. Descubrió un espacio libre de rocas y se arrojó al agua yendo a parar al centro del río. El diluvio reciente había dado al Sinpatch caudal de río. Y el agua se precipitaba tumultuosa hacia el sinuoso Bonanza.

El sheriff consiguió agarrar a su enemigo por la espesa cabellera. Luego procuró dirigirse a la orilla más cercana y apoyando una mano en ella, sin soltar a Runnison, descansó un instante. Pocos minutos después se encaramaba por las rocas. Con la mano derecha agarraba el cuello de la camisa del otro y, haciendo un esfuerzo, le arrastró sobre la hierba, y luego, con un silbido, llamó a Sonny.

Este acudió inmediatamente. Pete cogió el lazo y ató al preso, que aun estaba sin sentido. Sin duda recibió un golpe al caer al arroyo y, además tragó mucha agua. En uno de los bolsillos del traje del hombre encontró Pete una carta, que estaba dirigida a Busch Runnison.

Así, pues, era uno de los hijos del viejo jaguar. En el rostro del sheriff se pintó el desencanto, porque hasta entonces había creído que los Runnison nunca descenderían al asesinato. El viejo Anse no mató a Pete, limitándose a dejarle sin sentido en el arroyo seco del Valle de Sinpatch.

Pete Rice veía destruido un ideal. ¿No había oído decir muchas veces que los Runnison, exceptuando a los renegados como Pike, sólo mataban en lucha franca y leal? ¿No se dijo también que una vez el viejo Anse castigó con la muerte a un Runnison que faltó al código el honor de la familia?

Sin embargo, aquel individuo era un Runnison, y disparó contra Pete con el propósito de matarlo.

El sheriff cargó a Busch Runnison a lomos de Sonny; luego regresó por tortuoso sendero. Había logrado una parte de su propósito cuando se dirigía a Sinpatch. Ya cuidaría él de que Busch Runnison estuviese bien encerrado en la cárcel antes de intentar nuevamente una conversación con el viejo Anse.

Tendría un rehén para tratar con el viejo. Y así quizá le despegaría los labios y obtendría la explicación de todos los extraños y recientes sucesos. El viejo Anse se enteraría de que Busch estaba en la cárcel, y era muy probable que, voluntariamente, fuese a conferenciar con Pete Rice.

Este, de todos modos, sentía cierta incertidumbre. Sin duda el viejo se enteraría de lo ocurrido, pero también era preciso recordar que tenía preso a Teeny Butler. El mensaje de aquel muchacho, comunicó que «daría muerte al comisario si «Pistol» Pete Rice no dejaba de molestar a la familia de los Runnison».

¿Acaso Pete sentenció a muerte a su agente y compañero al luchar contra Busch Runnison y apoderarse de él? Rogó mentalmente al cielo que el mensaje de Anse no fuese más que una fanfarronada, pero aunque no lo fuese, no podía dejar de meter en la cárcel a Busch Runnison que había cometido una tentativa de asesinato. Tal era la ley y había que cumplirla.

Durante el viaje por la montaña, Busch no profirió una palabra, aunque dirigía miradas coléricas a su aprehensor.

Cerca de las nueve de la noche, Pete llegó a poca distancia de Yellowdust, con la intención de hacer pasar la noche al preso en la cárcel de aquella población. Por su parte necesitaba dormir y no se veía con ánimo de llevar directamente al preso a la Quebrada del

Buitre sin haberse entregado antes al descansó. Hicks no estaba aún en condiciones de hacer el viaje y en cuanto a Teeny Butler se hallaba en poder de los Runnison.

Tomó luego una senda que conducía a la parte posterior de la cárcel de Yellowdust. El carcelero miró muy extrañado al sheriff cuando le entregó el preso.

-¡Diablo! Busch Runnison-exclamó.

Pete le hizo una seña para recomendarle silencio; porque en el patio interior de la cárcel había algunos curiosos.

-Procura que nadie se entere de la presencia de este hombre-le avisó-. No quiero que la noticia llegue a las Excavaciones del Hombre Muerto, porque allí están muy rabiosos contra los Runnison.

-Si alguien se entera no será culpa mía-contestó el carcelero.

-Ya lo sé, pero de todos modos procura que la noticia no corra. Por si acaso, esta noche pon un guardia especial.

-¿Va usted a quedarse aquí esta noche?-preguntó el carcelero.

-No. Iré a las Excavaciones del Hombre Muerto.

En efecto, el sheriff tomó aquel camino, porque si los mineros se enteraban de lo ocurrido, tal vez su presencia fuese útil. Y desde luego, le convenía evitar que se dirigiesen a la cárcel con objeto de linchar al preso.

A su llegada encontró noticias buenas y malas. Las primeras consistían en que Teeny Butler había regresado. Y como había pasado muchas horas sin dormir, a su llegada, Pete lo encontró descansando en la cabaña de Tom.

-Recomendó que lo despertáramos cuando llegases, patrón-dijo «Miserias»-, pero lo cierto es que el pobre tiene un sueño terrible.

-Pues, dejadlo dormir-ordenó Pete-. ¿Qué dijo acerca de los Runnison? ¿Estaba enterado del aviso que mandaron amenazando que le darían muerte?

-Dice que no vio a ninguno de los Runnison, sino a unos mestizos. Y aunque él no se alaba de cosa alguna, estoy seguro de que esos tunos deben haber recibido algunos buenos puñetazos. Parece que lo ataron con una cuerda, pero él pudo romperla, escapó, montó en su caballo y regresó aquí.

-¿Has visto a Hopi Joe?-preguntó Pete, deseoso de seguir la pista de «Fang» Lassiter.

-Aun no, patrón.

-Bueno, pues voy a dormir un rato-replicó Pete Rice.

En cuanto a las malas noticias que corrían de boca en boca por las Excavaciones del hombre Muerto, se referían al asesinato de Nosey McDaniels y, además, todo el mundo estaba enterado del hecho con los más mínimos detalles.

Pete masticó pensativo su goma de mascar, diciéndose que, aparte de Hicks «Miserias», Tom Shaw y él mismo, nadie estaba enterado del detalle de la garra del jaguar y Pete tenía la certeza de que ninguno de sus dos compañeros había charlado demasiado. ¿Quién, pues, pudo referir aquella historia?

Era evidente la existencia de un espía en las Excavaciones del Hombre Muerto. Y si aquel hombre conocía tantos detalles, sin duda estaba enterado de otros muchos, como, por ejemplo, los que fueron causa de la muerte de Nosey McDaniels.

El día siguiente prometía ser muy atareado, pero Pete tenía necesidad de dormir y así, en unión de «Miserias», se dirigió a la cabaña de Long Tom Shaw. «Miserias» recibió el encargo de llamar a Pete a las dos de la madrugada. Entonces él dormiría un rato mientras Pete permanecía despierto, pues el sheriff quería que alguien estuviese de guardia, por si se enfurecían los mineros.

Empezaba a amanecer cuando Pete se despertó al oír los pasos de un caballo. Parpadeó soñoliento y al principio se figuró que el jinete seria Hopi Joe que llegaba de la Quebrada del

Buitre. Sentóse y pudo ver al rastreador indio que hablaba en voz baja con «Miserias» en un rincón de la estancia.

Pete observó el crepúsculo matutino y entonces se dio cuenta de que su subordinado le había dejado dormir tranquilamente. Le regañó por este hecho, pero Hicks contestó que en vista de que todo estaba tranquilo le dejó descansar, porque bien lo necesitaba.

-Ese caballo-exclamó Pete prestando oído-, llega de Yellowdust. Y su jinete lo hace correr cuanto es posible.

Se dirigió a la puerta, que abrió y entonces pudo ver al jinete.

El jinete dirigió el caballo hacia la cabaña, lo detuvo y exclamó jadeante:

-¡Sheriff, el infierno se ha desencadenado! La cárcel de Yellowdust ha sido atacada por los Runnison. Han dado muerte al carcelero y se han llevado a Busch Runnison.

CAPÍTULO XIX
LA PISTA DE UN ASESINO

Estaba el sol bastante alto cuando los tres hombres entraron al galope en Yellowdust. Llevaban consigo a Hopi Joe, y el rastreador indio no perdió tiempo en examinar el polvo mezclado con cenizas que había en el sendero inmediato a la cárcel, en tanto que Pete se metía en un pequeño calabozo de ladrillos.

A pesar de la hora temprana, muchos habitantes de Yellowdust se habían levantado ya. Hablaban en torno de un médico que cuidaba al carcelero herido, que estaba tendido en un colchón. Tenía los ojos cerrados. En cuanto el doctor vió a Pete Rice levantó la cabeza.

-No puedo hacer más por él, sheriff-dijo-. El pobre está muriéndose.

El carcelero abrió los ojos y dirigió una vaga mirada a Pete.

-¡Ojalá hubiese seguido su consejo, sheriff!-dijo con voz ronca-. Hablé de ese preso con algunos amigos y sin duda el rumor se esparció.

-¿Reconociste a alguno de los atacantes?-preguntó Pete.

-No, solamente vi que eran mejicanos. Y me hirió un individuo pequeñito que llevaba sombrero blanco. Siga usted su tarea, sheriff y no se preocupe por mí.

Cerró nuevamente los ojos. Estaba gravemente herido de dos balazos en el lado izquierdo del abdomen.

-¡La pista es reciente!-dijo Hopi Joe al ver que se acercaba el sheriff.

-¡A caballo, muchachos!-dijo éste.

Los jinetes salieron del pueblo siguiendo la pista que, al parecer, conducía a Sinpatch. De ser así, quizá él y sus dos agentes no saldrían con vida, porque aquel camino estaba bien guardado. Sin embargo, siguieron adelante. A media milla de Sinpatch la pista se dirigía al Oeste. Sería entonces difícil seguirla en aquel territorio quebrado, pero Hopi Joe los siguió sin vacilar, pues encontraba el rastro de un modo maravilloso.

Los cuatro hombres se alejaron de Sinpatch, con grande extrañeza del sheriff. ¿Si el bandido había sido rescatado por sus parientes, por qué se lo llevaron en aquella dirección? ¿Tenían, acaso, algún escondrijo mejor que Sinpatch? ¿Se propondrían llevar a cabo alguna fechoría? ¿Seguiría Hopi Joe alguna pista falsa?

Sin embargo, resolvió confiar en el rastreador, cuya habilidad no conocía rivales. Los salvadores de Busch Runnison eran numerosos y debieron de quemar mucha pólvora antes de rescatar a su pariente. En aquella guerra, porque tal nombre podía dársele, se había derramado mucha sangre, pero aun tenía que verterse mucha más antes de terminar el asunto.

Hopi Joe parecía no sentir la menor duda acerca de su camino; siguió adelante un rato y luego empezó a retroceder, sonriendo.

-Quieren engañarnos-dijo-. Llevan caballos de repuesto y han obligado a algunos de ellos a huir por esa garganta para hacernos seguir una pista falsa. Nosotros seguiremos hacia el Oeste, porque hacia allá se han llevado al preso.

Tomaron, pues, aquel camino y lo siguieron durante algunas horas, siempre, atentos a las explicaciones de Hopi Joe. El terreno era muy quebrado y lo cruzaban varios cañones. Desde cierta altura pudieron ver hacia el Este el río Bonanza y continuaron adelante, a pesar de las dificultades que les ofrecía la marcha.

-La pista es ya muy reciente-dijo de pronto Hopi Joe-. Por consiguiente, vale más ir despacio.

Asintió cl sheriff y los cuatro hombres obligaron a sus caballos a ir al paso.

Llevaban las manos apoyadas en las culatas de sus revólveres. De pronto Pete Rice dió en voz baja la orden de detenerse, pues había olfateado humo de leña quemada.

-Esos hombres se figuraban que no los podría seguir nadie-observó el sheriff-, porque, de otro modo, no habrían cometido la imprudencia de encender una hoguera. Quizá podremos acercarnos a ellos y atacarlos de improviso.

-Supongo - observó Teeny-, que esos bandidos no merecen ninguna consideración y que podremos tirar a matar.

-Según-le contestó Pete-, porque, en resumidas cuentas, los Runnison no hicieron nada extraordinario al intentar la salvación de su pariente. Tal vez algún mestizo se excedió hiriendo al pobre carcelero.

-Pues yo no sería tan considerado con ellos-observó Hicks «Miserias»-. ¡Malditos sean! ¡Tengo unas ganas de pegarles un tiro...

-Cuando se trabaja por la Ley-replicó el sheriff-, es preciso no dejarse dominar por los propios sentimientos. Antes de matar hemos de estar seguros de que nos asiste la razón.

-Ya sabemos que los Runnison son unos asesinos.

-Pero aun ignoramos quién es el asesino de la garra de jaguar-le recordó Pete-. Así, pues, no te dejes dominar por la cólera. Quizá tengamos ocasión de hablar y de averiguar algo. Pero si la cosa se pone fea tiraremos a matar.

Avanzaban despacio y cautelosamente y, mientras tanto, el sheriff tenía la mirada y los oídos atentos. De repente se oyó un disparo de rifle y una bala pasó silbando por entre las ramas de un árbol a menos de un pie por encima de la cabeza del sheriff.

En el acto los cuatro hombres se apearon, empuñando los revólveres y se apresuraron a ocultarse entre unas matas. Vieron una pequeña columna de humo hacia la derecha. De allí había salido el tiro. El enemigo estaba oculto en una cueva. Resultaba invisible, pero Pete pudo sorprender el leve centelleo del cañón de su arma.

El sheriff y sus agentes se habían preparado y avanzaban con tanta cautela que nadie habría advertido sus movimientos. Hopi Joe se movía con el silencio y la ligereza propios de un jaguar. El desconocido disparó algunos tiros más asustando a un gamo. Pete avanzó silenciosamente y fué a situarse entre sus dos comisarios.

-Vosotros arrastraos hasta detrás de esas rocas-dijo señalándolas-, y yo me situaré en frente de la cueva.

-Eso es muy peligroso, patrón-le avisó Teeny.

-No hay más remedio que intentarlo. Vosotros procurad que ese individuo dispare en vuestra dirección y tal vez de este modo podré colocarle un balazo. Siento mucho matar un hombre, pero en este caso no hay más remedio.

El sheriff empezaba a cambiar de opinión con respecto a los Runnison, pues se decía que quizá no eran merecedores de todas las consideraciones que, hasta entonces, les había tenido. Siguió arrastrándose, cuidando de no exponerse, y llegó al lugar desde el cual podía disparar contra la cueva. Dió un leve silbido de aviso a sus comisarios, para que abriesen el fuego y ellos obedecieron en el acto.

El individuo del rifle contestó a sus disparos, que no causaron daño alguno, mientras tanto Pete se acercó más aún, y amparado por una mata, apuntó.

Pero antes de que pudiera oprimir el gatillo, una descarga cerrada retumbó en el cañón. Los forajidos avanzaban por él, atacando. Una granizada de balas silbó peligrosamente por encima de los representantes de la ley. Pete indicó a Hopi Joe que retrocediese, el indio era buen tirador y no estaba acostumbrado al combate, de modo que no era prudente exponerlo a sus continencias.

El sheriff se había quitado el sombrero para mirar a través de unas matas.

Algunas balas pasaron silbando por encima de su cabeza y entonces se tendió en el suelo enviando una granizada de balas cañón abajo. De este modo contuvo un momento el ataque. Mientras volvía a cargar sus armas oyó el fuego que hacían «Miserias» y Teeny y el revólver de Hopi Joe contribuía al estruendo. De pronto «Miserias» profirió un grito de dolor: había sido herido y Pete ignoraba si de gravedad.

No obstante, le pareció notar cierta nota de desafío en la exclamación de su agente. Y aun le oyó proferir terribles amenazas contra los forajidos. Los tiros de Pete Rice dieron al individuo oculto en la cueva, indicaciones precisas acerca de la situación del sheriff. Asomó la boca de su rifle y se dispuso a hacer fuego, pero Pete se anticipó a él, por una fracción de segundo, de modo que los disparos de las dos armas fueron casi simultáneos.

El individuo de la cueva profirió un grito y su rifle salió volando. El tiro de Pete le había alcanzado en un hombro y, enloquecido por el dolor, el bandido avanzó hacia Pete. El sheriff había disparado sólo para dejarlo inutilizado, pero el forajido se cayó por la vertiente del cañón y Pete comprendió que ya había terminado su vida.

No había tiempo para pensar en el muerto, porque la situación era de las más comprometidas. Pete estaba furioso por el desengaño que se había llevado con los Runnison y, por lo tanto, dejó de ser el hombre humanitario y respetuoso de la vida ajena.

-¡Tirad a matar, muchachos!-gritó a sus comisarios-. Llenad de plomo esas matas. Lo tienen muy merecido.

Hicks «Miserias» lanzó una exclamación de alegría y al mismo tiempo avanzó, realmente enardecido por el olor de la pólvora. Teeny se contagió a su vez y arrojó al viento toda precaución. El sheriff les hizo señas para que se contuvieran, y ellos, a pesar de sus ansias de combate, le obedecieron y se dejaron caer al suelo.

Pete Rice dió dos puntapiés a una mata para agitar sus ramas y luego retiró, presuroso, las piernas. En el acto la mata recibió un fuego graneado. Mientras tanto, él disparaba contra los fogonazos de las armas de sus enemigos y oyó varios gritos de dolor.

Hicks levantó su sombrero y los bandidos se apresuraron a disparar contra él. «Miserias» estaba herido, pero a pesar de ello seguía disparando y pudo matar a un enemigo. Los bandidos tenían ya tres bajas y su ataque disminuyó en intensidad. Oíanse tiros a mayor distancia, pues, sin duda, los más cobardes habían emprendido ya la retirada.

Teeny Butler se había guarecido en una roca y profirió un aullido salvaje.

Aquel truco tuvo resultado, porque la roca recibió numerosos balazos. Una piedrecita causó un corte en la mejilla del comisario, pero Teeny apenas hizo caso y, en cambio, pudo matar a un enemigo.

Uno de éstos, que era un mestizo, se dirigió hacia la izquierda, y, arrastrándose a lo largo de la pared del cañón, pudo situarse detrás de los agentes. Prometíase muy felices resultados de su estratagema, pero ignoraba que un indio habíase situado entre las matas y a espaldas del trío.

Hopi Joe profirió un grito de aviso y Pete, que estaba de rodillas, dió media vuelta. El mestizo tenia ya el dedo en el gatillo de su revólver de modo que la situación era muy peligrosa para el sheriff, quien no tuvo más remedio que arrojarse al suelo. La bala del

mestizo fué a hundirse en el tacón de una de sus botas. Pero, en cambio, la bala disparada por Pete alojóse en el pecho del mestizo que, dando un grito de agonía, cayó al suelo.

Allí terminó el combate. Sin duda los enemigos habían confiado mucho en la estrategia de su compañero y, al darse cuenta de cómo acabó, interrumpieron el fuego. Pete y sus comisarios esperaron, vigilantes y apercibidos contra cualquier sorpresa. Se figuraban que los enemigos intentarían otro ataque desesperado.

Por último, el sheriff se puso en pie, exponiéndose. Aquél era un medio seguro de averiguar si le amenazaba algún peligro. Y a pesar de la imprudencia de su acto, Pete estaba prevenido para lo que pudiera ocurrir.

Pero no notó nada y nadie disparó contra él. Los forajidos habían emprendido la fuga. Luego los tres hombres avanzaron cautelosamente, pero no fueron atacados. A lo lejos, y en el cañón, se oyó un tiro. Pete se detuvo extrañado, pues no había sido disparado contra ellos.

El sheriff y sus comisarios siguieron su camino, examinando los rostros de los caídos. No pudieron hallar en ninguna parte la menor indicación de que los Runnison hubiesen tomado parte en el combate.

Esto parecía sospechoso. ¿Sería una mentira la tradición de que los Runnison luchaban hasta la muerte? ¿Podía creerse que los Runnison se retiraran ante cuatro hombres, a pesar de que los capitanease Pete Rice? En la distancia oyóse el galope de varaos caballos. Los asesinos se retiraban como perros apaleados. Los cuatro hombres llegaron al campamento de los forajidos, donde aun ardía la hoguera que traicionó su presencia.

Pete descubrió ante el fuego a un individuo. ¿Seria aquello una añagaza o bien se trataría de algún herido abandonado o de un cadáver? Apuntando su revólver hacia el hombre, el sheriff avanzó. El desconocido, al oír ruido de pasos, se sentó. Pete notó que tenía la camisa ensangrentada.

-¡Cuidado!-recomendó el sheriff-. ¡Manos arriba, o disparo!

-No hay peligro conmigo, Pete Rice-contestó el hombre, hablando con cierta dificultad-. Me han atravesado los pulmones de un balazo-añadió, con los labios llenos de sangre-. Quiero hablar antes de morir.

El sheriff profirió una exclamación de asombro.

-¡Pardiez! -gritó Teeny Butler-. No es posible. Esos bandidos han abandonado a ese moribundo.

-Aquí ocurre algo muy raro.

-¡Repámpano!-exclamó «Miserias», al reconocer a aquel hombre.

«Pistol» Pete Rice se había acercado a él. Arrodillóse a su lado y lo sostuvo, apoyándolo en su rodilla.

-¡Busch Runnison! -exclamó.

CAPÍTULO XX
ORGULLO DE FAMILIA

El sheriff sacó el cuchillo y cortó las cuerdas que ataban al moribundo.

Mandó a «Miserias» en busca de agua, pues deseaba endulzar los últimos momentos de Busch, ya no había esperanza de salvarlo; le quedaban pocos minutos de vida.

-No tardaré en morir-dijo Busch que, al parecer, sufría mucho-. Supongo que va a creerme, sheriff, los moribundos no mienten. Nosotros, los Runnison, creemos en Dios, y rezamos todas las mañanas y las noches.

Pete lo apoyó en su rodilla y recordó la oración que oyó pronunciar al viejo Anse Runnison en su cementerio particular.

-No se canse-dijo.

Busch sonrió amargamente; sufría mucho, pero insistió en seguir hablando.

-La gente que nos cree malos, se equivoca-añadió-. No es así. Únicamente somos diferentes de los demás. Mi último acto en la tierra merecería que perdiese por él la vida en cualquier ocasión. Quise limpiar el nombre de los Runnison.

«Miserias» regresó con su sombrero lleno de agua, una parte de la cual sirvió para llenar el frasco de Teeny. Pete hizo tragar el líquido al herido y luego, con un pañuelo, le limpió la sangre de los labios. Por último, le aplicó una compresa de agua fría sobre la herida.

-Sheriff-añadió Busch-. Los Runnison no son culpables de los crímenes que se han cometido por aquí. Tan cierto como que me muero, juro que esto es verdad.

-Le creo, Busch. Yo mismo no podía convencerme de que fuesen ustedes asesinos y cobardes.

Sabia que «Fang» Lassiter fue enviado por Milt Runnison con unos mestizos a Sinpatch y llevando el cadáver de Fletch Runnison. Y le recordó eso al moribundo.

Busch Runnison afirmó, inclinando la cabeza, porque le era difícil hablar.

Con frases entrecortadas, explicó que Anse no se metía con nadie si no le molestaban y que por eso permitió a los forajidos que se estableciesen en un extremo de Sinpatch.

-Mi padre sabia muy bien que «Fang» Lassiter era cuatrero-dijo-, y sólo después de la muerte de Fletch supo que aquel hombre era aún peor de lo que él creía. En cuanto se enteró de que Lassiter indujo a Pike a realizar el ataque contra las Excavaciones del Hombre Muerto, le ordenó que abandonara Sinpatch.

El moribundo pareció ahogarse y unas gotas de sangre resbalaron por entre sus labios. El terror se reflejó en sus ojos. Pete comprendió, sin embargo, que no se debía al que le inspirase la muerte, sino al temor de no poder terminar la historia.

-Si muero antes de terminar mi relato-dijo Busch-, persiga usted a los Dirk. Son unos indecentes-dijo-. Ellos han tratado de manchar el nombre de los Runnison, porque nos temían. Durante algún tiempo se condujeron bien, pero muy pronto volvieron a las andadas y estoy convencido de que, son los autores de todo lo sucedido.

Busch hablaba ya con voz muy débil y algunas de sus palabras eran inaudibles. Detúvose mientras el dolor le laceraba el pecho y sólo gracias a su gran voluntad pudo conservar sus sentidos.

-Los Dirk atacaron la cárcel de Yellowdust-dijo-, en unión de los mestizos. Les oí hablar y estaban persuadidos de que usted no podría encontrarlos. Querían hacerle creer que los Runnison atacaron la cárcel para salvar a sus parientes. Y cuando usted les descubrió aquí, uno de los Dirk, antes de huir, me metió una bala en los pulmones. Yo fingí estar muerto, pero rogué a Dios que me conservase la vida para contarle todo esto a usted.

Pete movió la cabeza afirmativamente y limpió los labios del moribundo.

Abstúvose de preguntarle, para no causarle innecesarias molestias. El sheriff y sus comisarios escuchaban con la mayor atención el relato de Busch, quien les dijo que Anse Runnison y sus hijos acudieron la primera noche a las Excavaciones del Hombre Muerto, en respuesta a un mensaje misterioso que les daba cuenta de que los Dirck se habían apoderado de Pike Runnison.

Cuando Anse supo que Pike había realizado un ataque contra el establecimiento y que fue causa de la muerte de un hombre, se propuso capturar a ese renegado para castigarlo. En cambio, el viejo Anse no quiso dejarse capturar por Pete Rice o por Teeny Butler.

Más tarde, al enterarse de la muerte de su hijo Fletch, el viejo, se encolerizó.

Retuvo cautivo a Teeny y aun persiguió a Pete Rice para conservarlos como rehenes a cambio de la devolución del cadáver de Pike.

-Pike era un renegado, una mancha para nuestra familia-añadió Busch-, pero los Runnison son justos.- Hizo una pausa para toser-. Reconozco que yo, al lado de Pike, era peor

que mis hermanos.- Miró a Pete Rice y añadió-: Disparé contra usted, sheriff, deseoso de matarle. Me figuré que lo había logrado, pero usted me engañó. Yo le odiaba y éste es el pecado que llevo conmigo.

-¡Bah, no se preocupe!-le contestó Pete Rice-, ya comprendo su estado de ánimo y me hago cargo de que algo le puso como loco.

Busch Runnison pareció perder el sentido, y Pete llegó a figurarse que había muerto, pero el moribundo hizo un esfuerzo y abrió los ojos.

-Yo me hallaba en nuestro pequeño cementerio cuando le vi a usted por primera vez, sheriff. Rezaba allí junto a Fletch. Me enloquecí y, aun sabiendo que mi padre me mataría al saber que había dado a sangre fría muerte a un hombre, no me importó, porque le odiaba a usted.

-Descanse un poco-le aconsejó Pete.

-No. Estaba loco, y no supe lo que hacia. Había recibido un anónimo acusando a Pete Rice de la muerte de mi hermano. Comprendo que era una mentira. No fué usted, ¿verdad sheriff?

Pete movió la cabeza negativamente, diciéndose que, sin duda, aquello era obra del traidor cuya existencia sospechaba en las Excavaciones del Hombre Muerto. Y comprendió también que si lograba cogerlo, se aclararía todo el misterio.

-Sheriff-añadió Busch, después de un acceso de tos-. No puede usted comprender cuánta es mi desesperación por haber intentado matarle. Usted es un hombre verdadero y los Runnison lo han admirado siempre. ¿Me perdona?

-Naturalmente-contestó Pete-. Morirá usted limpio de toda culpa como corresponde a un Runnison. Y castigaremos al bandido que mató a su hermano. Confíe en ello.

La mano de Busch estrechó la del sheriff. Quiso hablar, pero profirió sólo un sonido inarticulado. Luego haciendo un esfuerzo, consiguió decir:

-Por aquí, en una cabaña, hay un hombre preso-dijo deteniéndose a cada palabra-. No sé si los Dirk se lo llevaron o lo han matado como a mi. Cuando le vi, estaba amordazado, pero él trató de decirme algo. Si aun vive, averiguará alguna cosa gracias a él. Y también se convencerá de que los cochinos Dirk han querido ensuciar el nombre de los Runnison.

-¿Cómo era ese hombre?-preguntó Pete Rice.

-Alto y joven. Tenia un arañazo...

-¿En la mejilla?-interrumpió Pete.

Pero Busch Runnison ya no pudo contestarle. Había muerto. Pete movió tristemente la cabeza, se puso en pie e, imitado por sus compañeros, se descubrió. Al parecer, aquel hombre había muerto en paz. El sheriff parecía triste, pero luego sus pensamientos se dirigieron hacia los asesinos de la garra de jaguar. Aquello era muy misterioso.

-Ahora ya tenemos algunas pistas -exclamó de pronto Teeny Butler.

-Y las seguiremos-exclamó “Miserias”-. Se ve que esos Dirk son unos verdaderos cochinos.

-Odian con toda su alma a los Runnison-observó Pete-. Y, con toda seguridad, ellos enviaron aquel muchacho mensajero con el propósito de que la gente estuviese aún más colerizada contra los Runnison, cuya desaparición desean. Pero aun hemos de averiguar muchas cosas.

Al dirigir su mirada a lo lejos, vió un caballo que pacía a la pared oriental del cañón. Llevaba una silla lujosa y muy bien cuidada. Sin duda, aquel caballo perteneció a Busch Runnison.

Pete ordenó a Hopi Joe que cogiera a aquel animal, para cargar en él al desdichado Busch Runnison y entregarlo al enterrador.

-Vosotros acompañadme-ordenó a sus agentes-. Vamos a ver si encontramos la cabaña de que nos habló Busch. Quizá los Dirk han matado a ese preso, pero no creo que se lo hayan llevado. Mirad allí.

Señaló otro caballo aun ensillado. Y le pareció reconocer a aquel animal.

-Seguidme-exclamó de pronto el sheriff echando a correr-. Los sucesos se precipitan. Tengo la seguridad de que ese hombre está ahí dentro... y vivo aún.

A menos de un cuarto de milla de distancia el sheriff encontró la cabaña y, antes de penetrar en ella, vió a través de la puerta a un hombre apoyado en la pared posterior. Acudió rápidamente y le quitó la mordaza. Aquel individuo era John Heritage, y seguía vivo.

CAPÍTULO XXI
GARRAS Y CLÁUSULAS

Aunque John Heritage estaba muy bien atado, no había perdido la serenidad que tanto admirara Pete Rice.

-¡Caramba, mi buen amigo el sheriff!-exclamó.

-Por ahora, solamente sheriff -contestó Pete-. Ha de explicarme muchas cosas antes de que seamos amigos. Ya una vez se escapó de mí, pero eso no volverá a ocurrir.

-No lo creo-contestó Heritage-. Me trató usted mucho mejor que mis últimos raptores.

-¿Quién es ese sujeto que te conoce tanto, patrón?-preguntó «Miserias».

-Dice llamarse John Heritage-contestó Pete-. Y ahora miradlo bien, muchachos-añadió.

-¡Diablo!-exclamó «Miserias» al fijarse en los arañazos de jaguar-. Ese es el hombre de quien nos hablabas. Y los compañeros de ese hombre te dejaron tendido de un garrotazo, ¿verdad? Bueno, pues ahora yo voy a darle una paliza.

-Su indignación es admirable-contestó John Heritage, riéndose-, pero no la merezco.

-Hazle callar, patrón, y háblanos de esos arañazos-rogó Teeny.

-Mucho les interesan los arañazos-observó Heritage-. Mis asuntos nada tienen que ver con ellos; se refieren a cláusulas. Ahora, sheriff, puedo ser un poco más comunicativo que la otra vez-añadió-. Acertó al figurarse que soy abogado y he ejercido mi carrera durante muchos años en Tennessee.

Pete Rice recordó que tanto los Runnison como los Dirk procedían de aquel país.

-Durante los últimos diez años-continuó diciendo Heritage-, tuve mi oficina en Chicago; pero hace pocas semanas fui llamado a Tennessee para ocuparme en un caso muy importante. Tuve que intervenir con los Runnison y los Dirk. Y ahora haga el favor de desatarme las manos-añadió sonriendo.

Las sospechas de Pete acerca de aquel hombre disminuían por momentos, a pesar de los arañazos de jaguar. Cortó la correa que sujetaba los brazos de Heritage y éste se apresuró a coger un cigarrillo y encenderlo.

-Hace muchos años, y antes de mi tiempo, se originó una profunda disensión entre las dos familias que he citado a propósito de una faja de terreno que, a causa de otros acontecimientos, ha llegado a ser muy valiosa.

»La generación anterior de los Runnison y de los Dirk trabajaban juntos aquella tierra. Luego empezaron los disgustos. Las enemistades y las luchas sangrientas. La propiedad que estoy mencionando ha sido objeto de un pleito durante muchos años. Algún tiempo atrás, me vi comisionado para zanjar el asunto a consecuencia del fallo pronunciado por el más alto tribunal del Estado de Tennessee. Primero quise relacionarme con ambas partes por escrito y, dándome cuenta luego de lo complicado del asunto, decidí venir aquí para ponerme en contacto con ellos.

El abogado explicó que primero fue a visitar a los Dirk. No se había imaginado que los descendientes de esta familia hubiesen podido degenerar en unos rufianes vulgares. Les explicó su misión, demostrándoles los documentos apropiados. El Estado había concedido aproximadamente siete octavas de aquel valioso terreno a los Runnison y este fallo se debía en gran parte a dos cláusulas de los documentos legales.

-Había oído hablar del Oeste-añadió Heritage-, pero nunca me figuré encontrar tal salvajismo.

Añadió que el jefe de los Dirk, llamado «Pólvora», lo encerró en una cabaña situada a corta distancia de las habitaciones de toda la familia y en la parte meridional del condado de Gila. Y el viejo Dirk, codicioso a más no poder, ordenó que antes de que Heritaje recobrase la libertad, habría de redactar nuevamente las dos cláusulas en cuestión, a fin de que toda la propiedad fuese a parar a sus manos.

-¿Acaso esta propiedad pasaría a una de las familias en caso de que la otra no tuviese herederos?-preguntó Pete.

-Así es. Lo ha adivinado.

-Ahora comprendo bien-exclamó Pete-. Los Dirk hicieron toda clase de esfuerzos para acabar con los Runnison, pero no se atrevieron a luchar contra ellos cara a cara.

-¿Y a qué se deben esos arañazos que tiene en la cara?-preguntó Teeny.

-Aunque casi resulta molesta esa curiosidad, lo explicaré-contestó Heritage, sonriendo-. El viejo Dirk me encerró en un lugar muy sucio donde no quisiera permanecer un cerdo. Y allí guardaba, también algunos jaguares, bastante grandes y no muy mansos.

-¿Jaguares?-exclamó «Miserias» dirigiendo a Pete una mirada significativa.

-Uno de ellos no era tan manso como yo creía-observó Heritage-. Y esta es la causa de los arañazos.

Añadió el abogado, que frustró los planes del viejo Dirk fugándose, y cuando huía fue cogido por Pete Rice.

-Si, y usted lo hizo atontar de un garrotazo-exclamó «Miserias».

-No es eso, amiguito. Algunos de los Dirk debieron vernos al sheriff y a mí y cuando pasó el primero lo atontaron de un golpe. Y debo añadir-añadió volviéndose a Pete-, que le habrían dado a usted muerte si yo no hubiese comprado su vida. Les di mi ultimátum. En caso de matarle a usted, como se proponían, les aseguré que no colaboraría con ellos para recobrar la propiedad de aquella tierra. Por esta razón le dejaron atontado y yo me convertí en prisionero de ellos.

Pete cortó la cuerda que le sujetaba los tobillos y Heritage se puso en pie.

-Desde luego, mis promesas a los Dirk fueron algo confusas-siguió Heritage.

-Y después del trato que le dieron los Dirk, ya no confiaba usted en nadie-observó Pete-. No le censuro, señor Heritage, pero ya reconocerá usted que su conducta era algo sospechosa.

-De modo que los cochinos Dirk son los autores de todo, ¿verdad?

El sheriff estaba ya persuadido de ello. Sin duda, aquella familia de bandidos era la responsable de todos los crímenes cometidos en las cercanías.

Pero el sheriff no podía limitarse a prenderlos a todos sin distinción, porque quizá alguno fuese inocente.

Por ejemplo, el viejo Nosey McDaniels era un pariente lejano de los Dirk y, sin embargo, fue asesinado. De modo que si hiciera encarcelar a todos tos Dirk, tal vez no aclarara el misterio de la garra de jaguar.

-Bueno, ¿y qué hacemos ahora, patrón?-preguntó «Miserias».

Antes de que el sheriff pudiera contestar, se oyó el ruido de pasos de caballos que se aproximaban. Pete se plantó de un salto en la puerta, empuñando sus revólveres.

Vió un grupo de jinetes astrosos y de malísimo aspecto. Habían pertenecido a la cuadrilla de mestizos derrotada por él. Y Pete supuso que los Dirk los enviaban con objeto de que diesen muerte a John Heritage para que no pudiera hablar. Además, sin duda, se figuraban haber dejado muerto a Bush Runnison y no creían que éste, pudiese hacer revelaciones al sheriff y descubrir el paradero de Heritage.

En cuanto los jinetes divisaron al sheriff, empezaron a blasfemar y, en el acto, Pete disparó sus dos revólveres haciendo emprender a los bandidos precipitada fuga, en tanto que «Miserias» y Teeny salían para apoyar el fuego de su jefe.

Algunos mestizos dispararon a su vez, pero no lograron asustar a Pete y a sus dos comisarios. Sin embargo, los bandidos, confiados en su número, se rehicieron de la primera sorpresa y contuvieron a sus caballos. En cuanto a Pete y a sus compañeros, tiraban para asustarles y esto quizá hizo creer a los bandidos que sus enemigos tiraban muy mal y, naturalmente, recobraron ánimo.

-¡Rendíos!-gritó Pete de pronto, en español-. ¡Estáis cogidos!

Pero los bandidos se echaron a reír y se acercaron al sheriff y a sus compañeros. En aquel momento Pete disparó sucesivamente tres tiros que alcanzaron a otros tantos bandidos. No estaban malheridos, pues el sheriff se había limitado a meter un balazo en el brazo derecho a cada uno. Pero aquello bastó, y todos emprendieron una precipitada fuga.

-¿Por qué no los rematamos?-preguntó «Miserias».

-Sería derramar demasiada sangre-contestó el sheriff-. Pero ya los meteremos a todos en la cárcel. No te apures.

En aquel momento, John Heritage, que durante el combate había permanecido en la cabaña, salió y dijo:

-Es maravillosa la tranquilidad con que han recibido ustedes ese ataque. Yo temí que los mataran.

-¿Matarnos?-exclamó Hicks en tono de supremo desdén-. ¡Vamos hombre!

-Bien. No nos entretengamos más, porque hemos de regresar cuanto antes a las Excavaciones del Hombre Muerto-ordenó el sheriff, a quien se le había ocurrido una buena idea.

CAPÍTULO XXII
EL AGENTE MUERTO

Aun era preciso aclarar la mayor parte del misterio de las Excavaciones del Hombre Muerto. Pero el sheriff confiaba lograrlo.

-Ahora, muchachos-dijo de pronto a sus compañeros-, voy a intentar una cosa. Durante un tiempo, todo el mundo creyó que los Runnison eran enemigos de la ley. Y, por lo tanto, nombro agente mío a Busch Runnison.

-Bueno. A veces, patrón, no puedo comprenderte-exclamó «Miserias»-. ¿Estás loco?

-¡Nunca te oí bromear acerca de un muerto!-exclamó Teeny.

-Ni lo haré nunca-contestó Pete-. Los muertos son dignos de respeto y más cuando en vida fueron hombres verdaderos, como Busch Runnison. Con las palabras que habéis oído he querido honrarlo, porque lo merece. Y ayudará aún más después de muerto. Y estoy seguro de que si viviese aprobaría lo que voy a hacer. Sigamos, pues, nuestro camino.

Cuando va estaban cerca de Yellowdust, Hopi Joe, que iba delante, se disponía a tomar el camino de la población, pero el sheriff le dijo:

-Por ahí no, Joe.

-Pero ¿no me dijo usted que llevase el cadáver al enterrador de Yellowdust?-preguntó el indio.

-Se me ha ocurrido otra idea-contestó Pete-. Ven con nosotros, Joe. Vamos a las Excavaciones del Hombre Muerto, y llevaremos allá el cadáver.

Todos se quedaron muy extrañados y el indio se resignó a obedecer. A dos millas de distancia del almacén de Stein, Pete detuvo su caballo. El camino estaba muy oscuro, pero no quería exponerse a que un jinete cualquiera se diese cuenta de que llevaban un cadáver. Prestó, pues, oído y luego dijo a sus compañeros:

-Ahora avanzaremos a campo traviesa.

-Por ahí no llegaremos a las Excavaciones-observó Teeny.

-No, pero iremos al rancho de Manuel Ibarra, donde nos detendremos un poco.- Volvióse a John Heritage y añadió-: A usted no le conviene ir ahora a las Excavaciones, porque allí hay un espía de los Dirk y es posible que no estuviese usted seguro.

-Haré lo que usted me indique-contestó el abogado-. ¿Qué? ¿Qué se propone usted?

-Dejarle a usted esta noche en casa de Manuel Ibarra, que es muy buena persona y gran amigo mío. Allí estará usted seguro. Mañana por la mañana podrá ir a la Quebrada del Buitre para alojarse en el hotel Arizona. El viaje es demasiado largo para emprenderlo esta noche.

-Muy bien: Pero, ¿adónde lleva usted el cadáver?-preguntó Heritage.

-También Busch Runnison pasará una parte de la noche en casa de Manuel Ibarra.

Disponíase «Miserias» a protestar, pero Teeny le dio un codazo, ordenándole que callara.

El rancho de Manuel Ibarra estaba situado a un cuarto de milla al Noroeste de las Excavaciones del Hombre Muerto. Aquel mejicano, que era un famoso domador de caballos, pudo ahorrar algún dinero en su juventud tomando parte en los rodeos y luego se compró aquel terreno, estableciéndose en él. Era amigo y admirador de Pete Rice.

En cuanto llegaron al rancho; el sheriff ordenó a todos que se detuvieran y que aguardasen unos momentos, pues antes quería hablar con Manuel Ibarra.

Dirigióse, pues, a la casa de éste, y al regresar al lado de sus amigos, parecía muy satisfecho.

-Ahora-dijo-, descargad el cadáver de Busch y tendedlo debajo de ese árbol.

El indio y los comisarios se apresuraron a obedecer. Mientras tanto, Pete se fijaba en un bosquecillo de álamos que había a unos treinta metros más allá.

Aquel lugar estaba oscuro y ofrecía buen acomodo para hombres y caballos.

-Ahora, lo que debéis hacer es esperar. Puede ocurrir algo dentro de poco rato. Y si veis pasar a Manuel Ibarra al galope de su caballo y en dirección a las Excavaciones del Hombre Muerto, no os asustéis, porque eso es parte de mi plan. Ahora os dejo y quizá volveré en breve. Podéis fumar si queréis, ahora. Pero luego no encendáis ni un cigarrillo.

Al galope de su caballo se dirigió a las Excavaciones del Hombre Muerto, mientras revolvía mil ideas en su mente. La llegada de Pete Rice al almacén de Dave Stein siempre llamaba la atención de los mineros y aquella vez también ocurrió así. Dave Stein acudió a su encuentro y le dijo:

-Hemos oído decir que los Runnison atacaron la cárcel para salvar a Busch. ¿Han podido usted y sus agentes apoderarse de esos tunos?

-Ya los cogeremos, Dave-contestó Pete-. Y me figuro que también nos apoderaremos de Busch.

Pronunció estas palabras en voz alta, de modo que le oyesen los curiosos.

Long Tom Shaw, que oyó decir que Pete había regresado, salió a su encuentro. Lazy Jake Reed formaba parte del grupo. Había apoyado el respaldo de la silla en el soportal y fumaba en una mala pipa. Sus ojos demostraban el interés que sentía por las palabras de Pete. El cocinero Zane, que aun llevaba el delantal sobre su redonda panza, se dirigió al almacén

para comprar un cigarro y luego se detuvo para escuchar. También se acercó a Pete el corpulento minero de camisa roja que intentó linchar a Pike Runnison.

Entonces no estaba borracho, mas no por eso manifestaba menor rencor hacia los Runnison.

-Parece que no se da usted mucha prisa en entregar los criminales a la justicia, sheriff-observó-. Debería usted organizar un grupo, valiéndose de nosotros, para destruir de una vez las viviendas de los Runnison en Sinpatch. Esa gente es una manada de coyotes.

-Pronto acabaremos con todos los coyotes-le dijo Pete Rice-. No te impacientes, hombre. Las cosas requieren su tiempo.

-A veces demasiado-replicó el minero-. Ya estamos hartos de todo eso. Convendría atacar cuanto antes a Sinpatch.

-Mira, voy a hacerte una proposición-exclamó Pete-. Mis comisarios están trabajando en otra cosa, pero si dentro de dos días no lo dejo todo aclarado a vuestra satisfacción, os prometo llevaros a la destrucción de las viviendas de los Runnison, en Sinpatch. Yo mismo estoy ya harto de todo eso.

Oyéronse pasos de caballos en el camino que conducía a Sinpatch y Pete y los mineros vieron cómo se acercaba un jinete al galope. Detúvose ante el almacén, pareció dispuesto a decir algo a Dave Stein y luego descubrió a Pete Rice.

El jinete era Manuel Ibarra, y echando pie a tierra se dirigió al sheriff.

-¡Ah, supongo que debo dar cuenta a usted de lo ocurrido! En mi rancho hay un cadáver debajo de un árbol.

-Otro crimen-exclamó el minero de la camisa roja, en tanto que se oía un murmullo general.

-Apuesto cualquier cosa a que será otra fechoría de ese asesino de la garra de jaguar-observó Stein.

-¡Malditos Runnison!-gruñó otro.

-Supongo-dijo Pete dirigiéndose a Manuel Ibarra-, que no ha tocado usted el cadáver.

-¡OH, no! No quiero verme enredado en ningún mal asunto. Por eso he venido a toda prisa a dar cuenta. Y, por ahora, lo he encontrado a usted.

-Haré de modo que el doctor Buckley examine ese cadáver-anunció Pete. El doctor Buckley era el coroner del condado de Trinchera y vivía en la Quebrada del Buitre-. Pero, en fin, si ese hombre está muerto, ya no hay remedio-añadió-, y, por lo tanto, puede esperar.

-¿Qué va usted a hacer, sheriff?-preguntó el cocinero Zane-. ¿Irá esta misma noche a la Quebrada del Buitre?

-Si-contestó Pete-. Ahora, muchachos, no os excitéis. Quizá ese hombre ha fallecido de muerte natural. O también puede ser que haya luchado a tiros con alguien. Es muy posible que eso no tenga ninguna relación con los asesinatos anteriores. Pero, en fin, sea lo que fuere, antes de un par de días estará todo aclarado. Ordeno a todos los presentes que no se acerquen siquiera al cadáver. Y si alguien me desobedece, nos veremos las caras.

-Parece que no le preocupa a usted eso, sheriff-observó el de la camisa roja-. Ahora mismo tendríamos que ir allí a investigar.

-Pruébalo tú u otro cualquiera y ya verás lo que pasa. Ordeno otra vez a todo el mundo que no se meta nadie en eso. Que nadie se acerque allí, pues yo cuidaré del asunto y a mi manera.

-El sheriff tiene razón-observó el cocinero Zane-. Ese hombre ya está muerto y no tiene remedio. Pete Rice hará lo que crea conveniente.

Todos se callaron, porque el cocinero ejercía cierta influencia en ellos y además también les impresionó la amenaza de Pete Rice.

-Vuélvase usted a su casa, Ibarra-dijo el sheriff-, y no se acerque a ese cadáver. Yo me voy a la Quebrada del Buitre. Hasta la vista, muchachos.

Ibarra montó a caballo y Pete lo imitó, tomando la dirección de la Quebrada.

El sheriff se alejó un tanto por aquél camino, pero no continuó por él y cuando estuvo a cierta distancia, tomó, al galope, el camino del Norte. En cuanto llegó cerca del rancho de Manuel Ibarra, llevó su caballo al bosquecillo de álamos y echó pie a tierra.

-Soy yo-dijo-. ¿Habéis visto a alguien por aquí?

-A nadie-contestó Teeny Butler.

-Ya suponía que no habrían tenido tiempo de llegar-observó Pete-. Ahora les recomiendo que no hablen, fumen ni se muevan. Tal vez me equivoque, pero me parece que, dentro de poco rato, habrá jaleo.

Heritage estaba sentado con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, y en cuanto a Miserias y Teeny trataron de dormir un rato. Hopi Joe guardaba la inmovilidad de una estatua y Pete Rice se sentó con los ojos fijos en el árbol al pie del cual estaba el cadáver.

Transcurrieron unos veinte minutos, llenos de ansiedad para Pete Rice. Pasó media hora y el sheriff empezó a impacientarse, pero de pronto, su corazón latió con violencia al ver una figura imprecisa que se acercaba, furtiva, al cadáver y, una vez que hubo llegado, se inclinó sobre él.

-¡Manos arriba!-ordenó el sheriff poniéndose en pie de un salto y echando a correr hacia el intruso.

Los demás siguieron al sheriff y éste les ordenó que encendiesen un fósforo.

Obedeció Teeny Butler y entonces les pudo ver que aquel individuo era el cocinero Zane.

-Dentro de un minuto-dijo Pete a sus agentes-, conoceréis mi propósito cuando nombre agente a Busch Runnison. Se necesitaba a un agente muerto para atraer a ese traidor.

CAPÍTULO XXIII
LA ASTUCIA DE ZANE

El sheriff quitó al cocinero su revólver y luego le metió una mano en el bolsillo y sacó algo de forma rara. Era la garra de un jaguar.

-Ese individuo-dijo a sus compañeros-, es el culpable de gran parte de lo ocurrido por ahí.

-Pero, ¿no eran los Dirk?

-¡OH, sí, pero esos no luchan como los hombre cara a cara, sino como los coyotes! Los Dirk temieron dejarse ver por las Excavaciones del Hombre Muerto, pues su presencia habría parecido rara, y los Runnison vivían demasiado cerca de allí, de modo que tal vez los hubiesen expulsado. Por eso los Dirk buscaron un espía para llevar a cabo sus criminales manejos. Y el espía es el cocinero Zane.

Pete Rice veía ya claro todo el misterio. Fang Lassiter, trabajando en convivencia con los Dirk, influyó en Pike Runnison para que armara jaleo.

Aquel renegado Runnison se puso en realidad a las órdenes de los Dirk y mató a un minero. Zane, a quien sin duda se prometió una buena suma para que trabajase en favor de los Dirk, envió aviso a Anse Runnison de que Pike estaba prisionero en poder de los Dirk. Naturalmente, el viejo Anse se irritó y entonces empezaron las complicaciones.

El mismo Zane capitaneó a las turbas para linchar a Pike Runnison y, en aquel momento, no pareció más culpable que cualquiera de sus compañeros irritados por la muerte de Hard-rock Baker. Pero Zane sabía que si era linchado un Runnison, aunque fuese un renegado como Pike, ello suscitaría la guerra. Los Runnison, que eran pocos, se verían

agobiados por la fuerza mayor de los mineros y, precisamente, los Dirk deseaban la desaparición de los Runnison para apoderarse de la valiosa posesión en Tennessee.

Zane temblaba al oír a Pete Rice mientras daba explicaciones a Heritage y a los agentes. Era evidente que aun había cosas que sólo sabían el sheriff y el cocinero.

-Y ahora vamos a hablar de lo demás-exclamó el sheriff al observar las miradas de extrañeza de sus oyentes. Volvióse a Zane y añadió-: Has sido un espía muy astuto y de tu conducta habría podido resultar la destrucción de los Runnison; pero la suerte no te ha acompañado, y me extraña que te hayas contentado con ser un simple cocinero en un campamento, porque podrías ser un bandido en cualquier ciudad.

-Déjelo usted a mi cuidado-exclamó Heritage, sonriendo-. Será una interesante historia que podré explicar a mi regreso al Este, aunque supongo que se descubrirán otras cosas.

-Muchas-contestó Pete. Y volviéndose a Zane le ordenó-: Ahora procura contestar a mis preguntas.

-No puedes acusarme de nada-contestó el cocinero-. Soy inocente. Por casualidad he venido hacia aquí. Estaba intrigado por el cadáver de que habló Ibarra.

-Y llevabas en el bolsillo una garra de jaguar-replicó Pete-. Oíd: es una cosa muy interesante-dijo volviéndose a sus comisarios. Y les refirió el hallazgo del cadáver del granjero a quien mataron de un tiro por la espalda, dejando luego una garra de jaguar en el pecho. EL asesino debía de ser conocido de Zane, pero ya se averiguaría luego.

Sin embargo, Pete Rice explicó que su examen del cadáver del viejo Noyse McDaniels tuvo un resultado asombroso. Pete Rice estaba ya acostumbrado a examinar cadáveres de hombres muertos a balazos y pudo descubrir que el viejo McDaniels recibió un tiro, que le atravesó el pecho, después de muerto.

-De eso se infiere-añadió Pete-, que el hombre murió de viejo o de causa natural. Zane solía visitarlo, y un día lo encontró muerto. ¿Qué hizo, entonces? Pues, simplemente, meter una bala a través del pecho del muerto.

-¿Y qué?-interrumpió Zane-. Eso no es ningún asesinato. No se puede matar a un muerto.

-No, no se le puede matar-confesó Pete-. Pero ya hablaremos de eso después. Pero tú sabías que el viejo McDaniels era primo lejano de los Dirk y te aprovechaste de su muerte natural para meterle un balazo en el pecho y poner una garra de jaguar sobre su cadáver.

»De eso resultaría la creencia general de que los Runnison eran los culpables. Como sabe todo el mundo, Anse Runnison lleva el apodo de “El viejo jaguar” y también se sabe que odia a los Dirk. Así, pues, procuraste la destrucción de los Runnison para ganar el dinero que te prometieron los Dirk en cuanto entrasen en posesión del terreno de Tennessee.

-Ahora lo comprendo bien, sheriff-dijo John Heritage-. Supuso usted que ese sinvergüenza, repetiría su hazaña al saber que se había encontrado otro cadáver en la vecindad.

-Así lo demuestran sus actos-replicó Pete-. Zane se figuró que por, aquí no habría nadie. Imaginábase que yo había ido a la Quebrada del Buitre. Por consiguiente, se dispuso a disparar contra el cadáver y a poner sobre su pecho una garra de jaguar. Así mañana toda la comarca pediría la cabeza de los Runnison.

Zane lloraba histéricamente. Al fin, comprendió que era preciso confesar de pleno. Dijo que, en efecto, gracias a él, los Dirk pudieron raptar a «Miserias» y también que él había preparado el falso mensaje, diciendo que los Runnison matarían a Teeny. También procuró enredar a los Runnison con la ley y que Pete Rice y sus agentes se dedicaran a atacarlos corno a fieras. Confesó que él mismo puso en libertad al mensajero encerrado en la cabaña, donde le dejara «Miserias».

-Pero, en todo eso, no hay ningún asesinato-exclamó-. No soy ningún asesino. Podrá usted mandarme a la cárcel, pero no hacerme ahorcar.

-No, eso no es asesinato-dijo Pete-. Pero tú mataste a Fletch Runnison, ¿no es verdad?

-Sí, pero fue en lucha leal. No se me puede castigar por eso.

-Mira, Zane, más vale que hables claro-contestó el sheriff-. Quiero saber quién mató al granjero y también a Pike Runnison.

-¡Yo no!-tartamudeó Zane.

-Pues ¿quién fué? Piensa que tu vida corre peligro. Y vale más que no juegues con la ley. ¿Quién cometió esos asesinatos?

Zane estaba aterrado y repitió que no había matado a nadie.

-Bueno, haz lo que quieras-exclamó Pete-. Pero te advierto que en cuanto se sepa todo eso, estarás en peligro de que te linchen. Te conviene que tanto yo como mis comisarios tengamos deseos de protegerte mientras te llevamos a la cárcel de la Quebrada del Buitre.

-Lazy Jake Reed mató al granjero y a Pike Runnison-exclamó Zane, estremeciéndose-. Lazy Jake es un haragán y los Dirk le prometieron mil dólares.

-Bueno, por ahora nada más -dijo Pete-. Vamos a llevar a Zane y a Reed a la cárcel de Yellowdust. Luego iremos en busca de los Dirk.

-Ha llevado usted el asunto como excelente abogado-felicitó Heritage-. En resumidas cuentas me habré divertido en este viaje.

CAPÍTULO XXIV
LOS AGENTES VIVOS RUNNISON

Los tres se dirigieron a Yellowdust, precedidos por Hopi Joe. Poco antes había amanecido, pero aun habían de pasar muchas horas antes de que llegasen a la fortaleza de los Dirk. Tenían una circunstancia en favor, la de saber exactamente dónde se hallaban los Dirk, porque Zane, ya sin ánimo para ocultar cosa alguna, dijo todo cuanto sabia a cambio de su vida, cuando la noche anterior lo encerraron en un calabozo.

Zane había trabajado en estrecha relación con los Dirk y sabía toda clase de detalles acerca de la vida y paradero de éstos. Gracias a la astucia de todos juntos, consiguieron matar a tres Runnison, pero aun quedaban cuatro, el viejo Anse y sus vigorosos hijos Milt, Heck y Linck.

Después de la fuga de Heritage, los Dirk formaron el plan de salir y presentar batalla, confiados en que su número era mucho mayor que el de los Runnison.

Eso fue lo que refirió Zane, y Pete estaba persuadido de que no había mentido. El sheriff habría podido reunir una enorme fuerza, porque todos los hombres honrados de las Excavaciones del Hombre Muerto y de Yellowdust no se habrían negado a acompañarle a atacar a los Dirk.

Pero Pete emprendió en secreto su camino, porque, gracias a los detalles de Zane, conocía el secreto para penetrar en el escondrijo de los Dirk. Y no dijo nada a nadie para que la noticia no llegase a oídos de éstos, que proyectó un ataque por sorpresa.

Cuando la cabalgata daba vuelta a una curva del sendero, vieron que se aproximaba a ellos un jinete, montado en un semental blanco.

-¡Caramba, es Anse Runnison!-exclamó Pete.

El anciano detuvo su caballo en seco y se llevó las manos a las caderas, movimiento que dió un escalofrío al sheriff.

¿Acaso el viejo se había vuelto loco? A su vez llevó la mano al revólver, pero en aquel instante lanzó un grito de sorpresa al ver el acto del patriarca.

Apenas Anse había empuñado sus revólveres, cuando abrió las manos y los dejó caer al suelo. Luego, a su vez, se inclinó sobre la silla, como viejo que era y como si confesara su derrota.

-Haced lo que queráis-exclamó Anse en cuanto el sheriff y sus agentes se hubieron acercado-. Acabo de enterarme de la muerte de mi hijo Busch. Pike era un renegado y mi único pesar es que llevara nuestro nombre. Cuando perdí a Fletch pareció que me arrancaban el corazón, Pero mi preferido era Busch. Era el primogénito y mi propia imagen cuando yo era joven, y ahora... está muerto.

-Lamento su dolor, amigo-contestó Pete-. Pero debo decirle que su hijo murió como un Runnison.

Observó que el anciano se erguía orgulloso. Luego explicó los detalles de la muerte de Busch y también refirió la historia que le había contado, así como la astucia de que se valiera él mismo para atrapar al cocinero Zane.

-Gracias a Busch Runnison -añadió-, vamos a prender a los Dirk. Es muy fácil que los sorprendamos y podamos detenerlos. Nombré comisario mío a su hijo Busch, cuando ya estaba muerto. Y tengo el orgullo de decir que prendió al criminal.

El anciano había vuelto a recobrar su enérgica actitud. Temblaba todo su cuerpo a causa de la emoción y luego rugió:

-¡Los Dirk! ¡Malditos sean! No es la primera vez que nos han acusado de sus crímenes. Pero ya no ocurrirá más. Usted nombró agente a mi hijo muerto y ahora, de todo corazón, voy a pedirle un favor.

-¿Cuál?

-Usted y sus hombres van a correr grandes peligros. ¿No le gustaría tener algunos comisarios Runnison vivos? Denos ese nombramiento a mis hijos y a mí. Sólo me quedan tres, pero son los hombres más firmes y leales que se han conocido. Permítanos vengar la muerte de mis hijos.

-Perfectamente. Lo haré-dijo Pete.

-¡Es usted un hombre, Pete Rice!-exclamó el viejo Anse estrechándole la mano-. Ahora ¿dónde va usted?

Pete se lo dijo, y el viejo replicó:

-Vayan despacio durante media hora, para que yo pueda llamar a mis hijos. Les alcanzaremos dentro de poco rato.

Así fue, en efecto. El viejo Anse y sus tres hijos se situaron al lado del sheriff y sus agentes sin pronunciar palabra. Sin duda su padre los había puesto al corriente de lo ocurrido. Dos horas después, aquella cabalgata de hombres decididos, avanzaba por un sendero que había de condecirlos a la fortaleza de los Dirk.

Esta, según noticias del cocinero Zane, estaba situada en un valle rodeado de altas rocas por ambos lados y que sólo tenia una estrecha entrada, muy bien guardada desde arriba. Pero Pete formó sus planes durante el trayecto.

Llegaron de este modo a corta distancia del valle y, de pronto, el sheriff paró su caballo en seco al oír un grito. Inmediatamente sonó un tiro y el proyectil pasó por encima de las cabezas de los servidores de la ley. Todos echaron pie a tierra, dieron una palmada a sus caballos para que se alejaran y buscaron refugio entre las matas.

Los bandidos siguieron disparando. Una bala rozó la sien de Teeny y Heck Runnison recibió un tiro en un hombro. Pete Rice podía ver a los bandidos que se arrastraban por entre las matas, pero no por eso se mostraron a sus enemigos.

Estos se formaron en línea y prosiguieron su avance. El sheriff descargó por dos veces sus revólveres y luego se amparó en una roca para cargarlos de nuevo. Derribó a dos bandidos, que quisieron atacarlo. Los dos eran norteamericanos y la hez de la gente de la frontera.

Un mejicano trató de meter a Pete, pero fue éste quien consiguió acabar con su enemigo. Entonces los bandidos intentaron la retirada. Seis, habían quedado fuera de combate, muertos o herido. Uno disparó contra Pete, pero él replicó y tuvo la suerte de destrozarle la mano.

«Miserias» arrojó sus bolas contra un bandido que huía y lo cogió por debajo de las rodillas. El hombre perdió el equilibrio y se cayó al fondo del barranco.

Otro, más atrevido, atacó al viejo Anse, pero tuvo la desgracia de no hacer blanco con el último tiro de pistola. Cuando se disponía a huir, Teeny se dispuso a pegarle un tiro, pero en vez de eso, empuñó su látigo y le dió un tremendo golpe en la oreja, de modo que aquel bandido cayó como si estuviera muerto.

Un mejicano que fue a ayudarlo, vióse derribado por un tremendo puñetazo de Teeny. Los tres bandidos que quedaron en pie, comprendieron que no podrían escapar. Así, pues, se rindieron y los Runnison se cuidaron de atarlos y amordazarlos.

No se había oído ningún ruido procedente del escondrijo, porque los Dirk no luchaban si no se veían obligados a ello. Sin duda confiaban en que sus guardianes podrían aniquilar a la pequeña fuerza enemiga y, en caso contrario, ésta tendría que pasar por la estrecha entrada del valle.

Pero Pete, que había imaginado ya su plan, se volvió a sus comisarios y les recomendó que no cesaran de disparar con objeto de que los Dirk se figuraran que aun no había terminado el combate. Mientras los comisarios y los Runnison disparaban tiros al aire, Pete se dirigió a los caballos y regresó con varios lazos.

Precediendo a sus amigos, el sheriff describió un ancho círculo a través de los árboles y de las metas y llegó al fin a una pared rocosa que tenía más de treinta metros de altura. Al otro lado, según los informes de Zane, estaba la fortaleza de los Dirk. Pete tomó las cuerdas, se las pasó por el brazo y arrojó la suya a una roca que había a cuarenta pies de altura. El lazo fue a caer en torno de la punta. El sheriff tiró de la cuerda y luego subió por ella. Una vez en aquella cima, arrojó otra vez el lazo hacia arriba.

Los hombres que estaban abajo comprendieron lo que debían hacer, y Teeny fue el primero en subir y el último Hicks «Miserias». Una vez a aquella altura observaron el valle: Toda la guarnición de los Dirk se había reunido allí atraída por los disparos, dispuestos a recibir a tiros al sheriff y a sus amigos en cuanto avanzaran por la estrecha entrada.

A cada uno de los lados de ésta había un centinela, y un individuo que estaba en el valle les llamó para preguntarles si habían aparecido los enemigos.

-Eso va a ir muy de prisa, señores-dijo Pete-. Dispersémonos. «Miserias» y Teeny, apuntad a los centinelas. Usted, Anse, y sus hijos, cubran a esos hombres que hay abajo. Todos estarán dispuestos a disparar cuando yo dé la señal, pero no tiren si no hay necesidad.

Entre la banda de rufianes se hallaba «Fang» Lassiter y Pete tenía los ojos clavados en él, persuadido de que intentaría la fuga para evitar la muerte en la horca. Pocos minutos después, el sheriff estaba ya dispuesto y gritó a los de abajo:

-¡Tirad los revólveres! De lo contrario os mataremos. Estáis presos.

Algunos retrocedieron asustados, pues los Dirk nunca fueron buenos luchadores, en cambio, los mestizos se dispusieron a resistir y empezaron el fuego.

Los Dirk se reanimaron un tanto y los imitaron y los centinelas también empezaron a disparar, pero los comisarios se encargaron de quitarles, a balazos, los fusiles de las manos. Al verlo, los del valle perdieron el ánimo y arrojaron las armas al suelo. Lassiter y el viejo Dirk y sus hijos trataron en vano de resistir.

Todos ellos y uno tras otro, cayeron a balazos. Así terminó la cosa. La prisión de la banda de los Dirk ya no tendría ninguna dificultad y los Runnison se verían libres de los

ataques de aquella gentuza. También quedaban vengados los asesinatos cometidos en las Excavaciones del Hombre Muerto.

Siempre ha tenido el hombre la costumbre de celebrar los éxitos con un banquete, y así, tres días después de haber metido en la cárcel a todos los componentes de la banda de los Dirk, algunos de los cuales acabarían en la horca, el viejo Anse ocupaba la cabecera de una larga mesa cargada de suculentos platos.

El patriarca de los Runnison miraba orgulloso a la doble fila de invitados.

Dio un puñetazo para reclamar silencio y todos volvieron la mirada en dirección al anciano. Sentábanse a la mesa Long Tom Shaw, Dave Stein, los mineros de las Excavaciones del Hombre Muerto, Manuel Ibarra, las autoridades de Yellowdust y algunos ciudadanos distinguidos.

La otra cabecera la ocupaban el sheriff, sus ayudantes y Hopi Joe.

-Señores-exclamó el viejo Anse Runnison-, este es un momento feliz para un viejo como yo. He tenido grandes penas, amigos, pero así es la vida. Voy a referirme a las glorias del porvenir y no a las tragedias del pasado. Este banquete, como saben todos ustedes, se da en honor de nuestro sheriff “Pistol” Pete Rice, de sus comisarios y del rastreador Hopi Joe. También se celebra un acontecimiento: el cambio de nombre de Sinpatch (senda del pecado) por el de Nueva Esperanza y allí vivirán en adelante los Runnison.

Hubo un aplauso general, y Anse levantó la mano para reclamar silencio.

-Todos sabemos lo que ha hecho Pete Rice y no podremos pagarle nunca el beneficio de habernos librado de una partida de asesinos; sin embargo, ruego a mi amigo que acepte una pequeña muestra de gratitud.

Al mismo tiempo ofreció al sheriff un par de revólveres magníficos adornados con incrustaciones de plata y señalados con las iniciales P. R. en las culatas.

-Estos revólveres-añadió Anse Runnison-, pertenecieron a un antepasado mío, llamado Pike Runnison, que, al revés del que todos habéis conocido con este nombre, era un hombre digno y valeroso. Esas iniciales servirán también para Pete Rice y Dios quiera que tales armas sirvan en adelante para proteger a Pete Rice y a la ley.

Todos aplaudieron, en tanto que Pete Rice contemplaba entusiasmado aquellas magníficas armas.

¡Por su hombría, Pete Rice se las había merecido¡

FIN